

ANTONELLA SINAGOGA
MIGUEL ÁNGEL GARCÍA MORCUENDE

UNA PASTORAL JUVENIL QUE EDUCA PARA AMAR



**UNA PASTORAL JUVENIL
QUE EDUCA PARA AMAR**

Título de la obra original: *Una pastorale giovanile che educa all'amore*

Traductores: Manuela del Carmen Rojas y Miguel Ángel García

Propiedad reservada al Sector para la Pastoral Juvenil, SDB

Salesianos de Don Bosco - Sede Central

Via Marsala, 42

00185 Roma

© Salesianos de Don Bosco

© 2023. EDITORIAL CCS, Apartado 101 F.D. / 28080 Madrid

Diagramación editorial: Nuria Romero

Ilustración de portada: Javier Carabaño

ISBN: 978-84-1379-139-5

Depósito legal: M-3426-2023

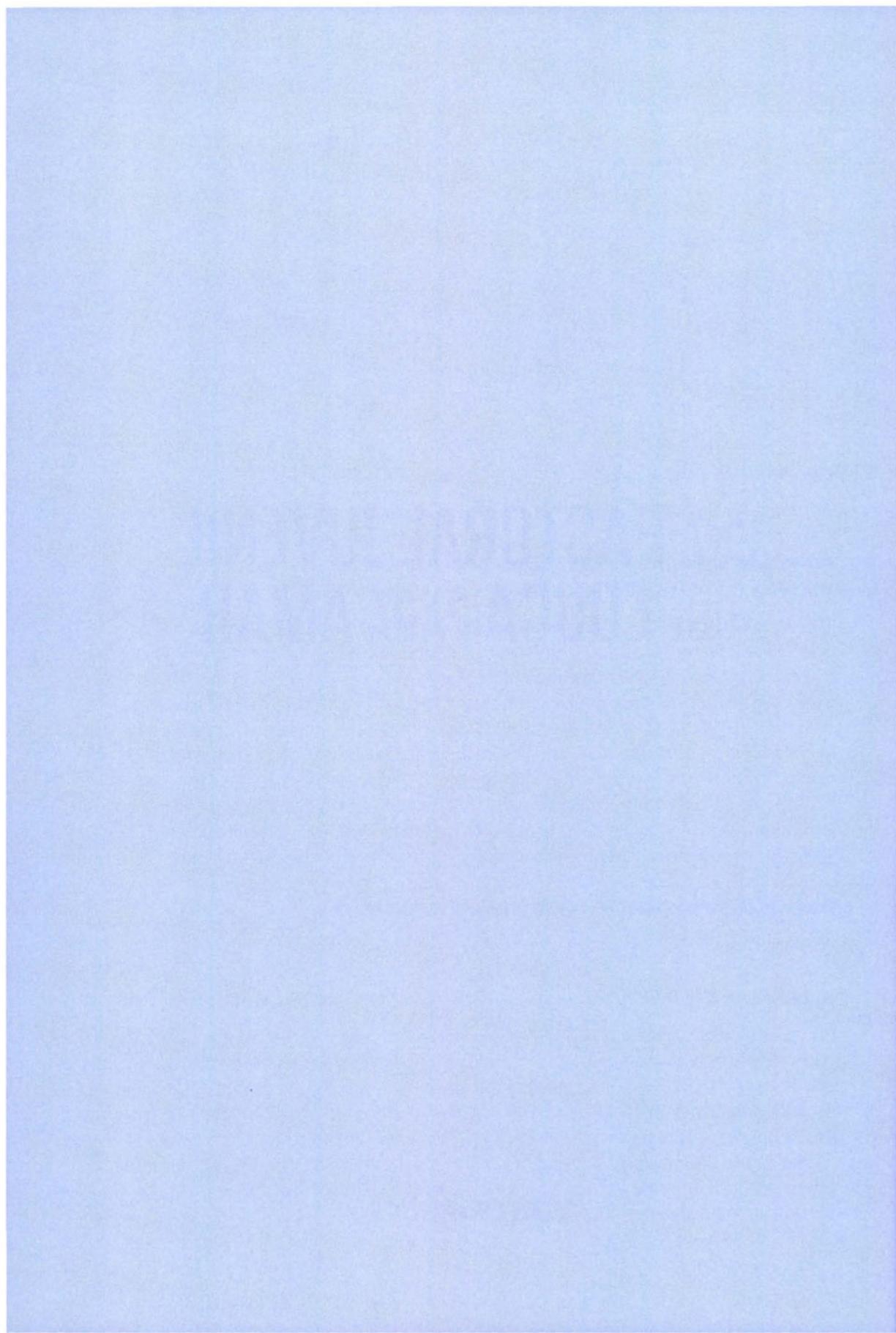
Fotocomposición: AHF, Becerril de la Sierra (Madrid)

Imprime: Villena Artes Gráficas

ANTONELLA SINAGOGA
MIGUEL ÁNGEL GARCÍA MORCUENDE

UNA PASTORAL JUVENIL QUE EDUCA PARA AMAR

EDITORIAL CCS



Coordinadores del proyecto:

Antonella Sinagoga y Miguel Ángel García Morcuende, SDB.

Un agradecimiento especial a quienes han contribuido a la redacción de este documento (por orden alfabético):

Jägers Achim, Lorena Silva Balaguera, Luis Antonio Álvarez Barroeta, Francisco Ballesté, Domenico Bellantoni, Alfonso Bonhomme, Maribel Calderón, Ximena Canelo, Gilson Oliveira Cardoso, Orlando Cassinda, Lina María Plata Castillo, Collasanti Anna Rita, Comisión de Pastoral Juvenil y familia de la ICC, Márcio Luís Costa, Andrés Del Campo, Pina del Core, Renato Ferreira Machado, Pedro Hernández Delgado, François Dufour, Sebastián Ferreyra, Leonardo Gómez Hernández, Paula Guerra, Olga Cuadros Jiménez, Irune López, Stefano Martoglio, Carolina Montero, Zamira Montaldi, Alejandro Musolino, Rodrigo Núñez, Deolinda Luísa Ngueve Mande, Adão José Pacassa Segunda, José Parappully, Luis Manuel Pernas, Carolina Raffo, Tonino Romano, Giovanni Russo, Eric Terlecki, Stefano Tognacci, Fernando Vergara, Manuel Iribarren Vidorreta, Andrew Wong.

Docente de los seminarios web de preparación del tema:

Francisco Javier de la Torre Díaz.

Nuestro agradecimiento a las universidades que han colaborado en el proyecto:

Università Pontificia Salesiana (UPS – Roma), Istituto Teologico «S. Tommaso» (Messina), Instituto Salesiano Pío X (Córdoba), Fundación Universitaria Salesiana (Bogotá), Universidad Católica Silva Henríquez (Santiago), Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador (Cuenca, Quito, Guayaquil), Universidad Salesiana (UNISAL – Ciudad de México), Escola Universitària Salesiana de Sarrià (EUSS – Barcelona), Instituto Superior Dom Bosco (ISDB – Luanda), Universidade Católica Dom Bosco (Campo Grande – Brasile), CES Don Bosco (Madrid), Faculdade Dom Bosco (Porto Alegre), Istituto Universitario Salesiano Venezia, Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

Fuentes

DOCUMENTOS DE LA IGLESIA

- Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 1965.
- Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 1966.
- San Pablo VI, Carta encíclica *Humanae Vitae*, 25 de julio de 1968.
- Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración sobre algunas cuestiones de ética sexual. *Persona Humana*, 29 de diciembre de 1975.
- San Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 22 de noviembre de 1981.
- Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones educativas sobre el amor humano*, 12 de diciembre de 1983.
- San Juan Pablo II, Carta encíclica *Veritatis splendor*, 1983.
- Congregación para la Doctrina de la Fe, *Homosexualitatis problema*, Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la atención pastoral a las personas homosexuales, Roma 1986.
- Congregación para la Educación Católica, *La Evangelización y la Cultura de la Vida Humana*. Documento pastoral del episcopado italiano, 1989.
- Iglesia Católica, *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1992.
- Congregación para la Doctrina de la Fe, *Algunas consideraciones relativas a la respuesta a la propuesta de legislación sobre la no discriminación de las personas homosexuales*, 24 de julio de 1992.
- Conferencia Episcopal Italiana, *Directorio de la Pastoral Familiar*, 25 de julio de 1993.
- San Juan Pablo II, *Evangelium Vitae*, 25 de marzo de 1995.
- Consejo Pontificio para la Familia, *Sexualidad humana: verdad y sentido*, 8 de diciembre de 1995.
- Oficina Nacional de Catequesis de la CEI, *Catecismo de Adultos*, 20 de mayo de 1995.
- Comité Pastoral para el Matrimonio y la Familia de la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos, *Siempre serán nuestros hijos* (Always Our Children), septiembre de 1997.
- Consejo Pontificio para la Familia, *Familia, matrimonio y «uniones de hecho»*, 2000.
- Congregación para la Doctrina de la Fe, *Consideraciones sobre los planes de reconocimiento legal de las uniones del mismo sexo*, 3 de junio de 2003.
- Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la colaboración de hombres y mujeres en la Iglesia y en el mundo*, 1 de enero de 2004.
- Francisco, *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium*, 24 de noviembre de 2013.
- Relatio post disceptationem. III Asamblea General Extraordinaria (Sínodo de los Obispos), 5-19 de octubre de 2014.

Francisco, Carta encíclica *Laudato si'* sobre el cuidado de la casa común, 24 de mayo de 2015.

Francisco, Carta apostólica *Misericordia et misera al concluir el Jubileo*, 20 de noviembre de 2016.

Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Amoris Laetitia*, 19 de marzo de 2016.
Instrumentum laboris de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, 19 de junio de 2018.

Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, 25 de marzo de 2019.
Congregación para la Educación Católica, *Varón y Mujer los creó*. Para una forma de diálogo sobre la cuestión del *gender* (género) en la educación, 2019.

Francisco, Carta encíclica *Fratelli Tutti*, 3 de octubre de 2020.

Congregación para la Doctrina de la Fe, *Responsum de la Congregación para la Doctrina de la Fe a un dubium sobre las bendiciones de las uniones del mismo sexo*, 22 de febrero de 2021.

Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, *Itinerarios catecumenales para la vida conyugal. Orientaciones pastorales para las iglesias particulares*, 2022.

DOCUMENTOS DE LA CONGREGACIÓN

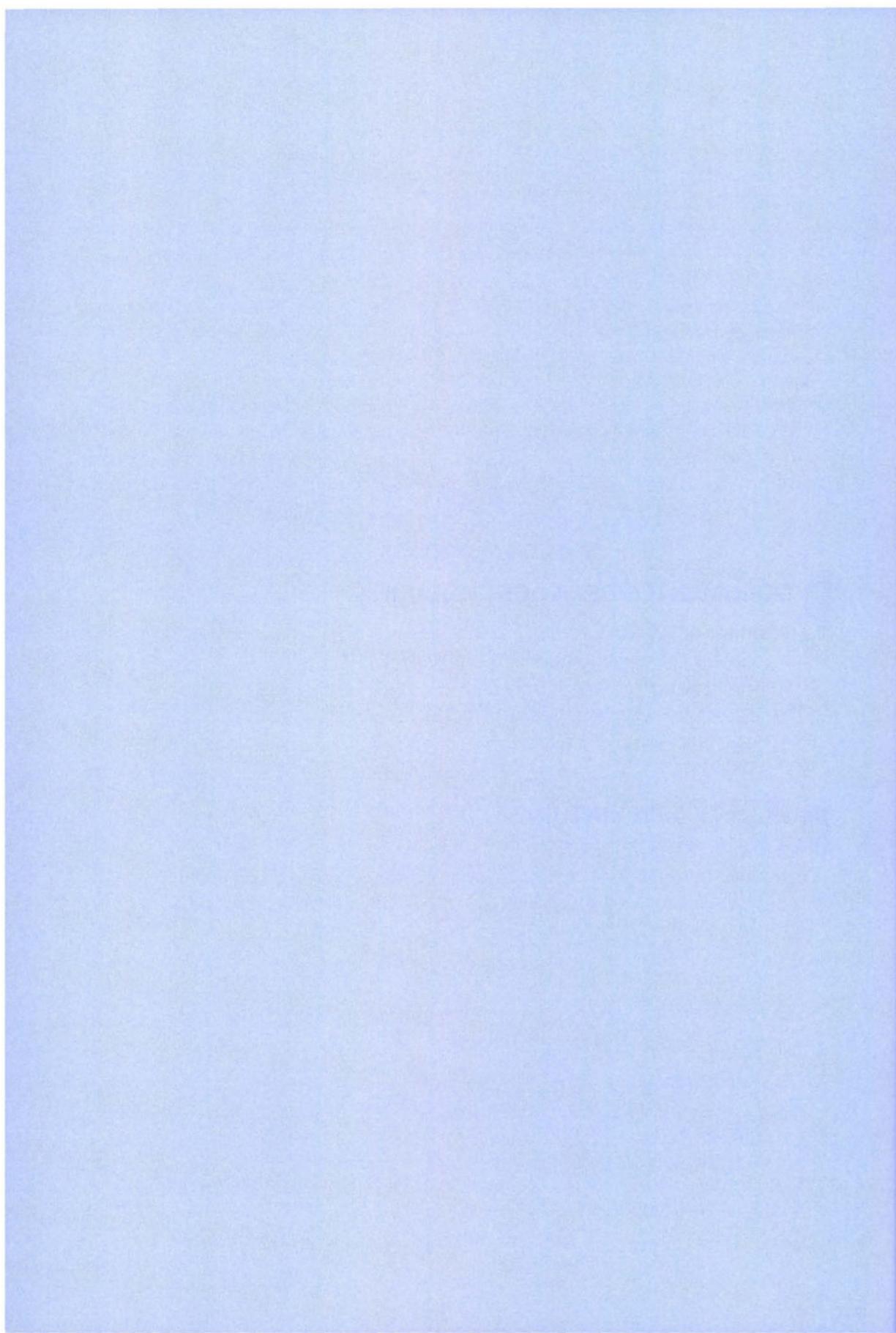
Actas del Consejo General de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco.

Fuentes salesianas. Don Bosco y su Obra, Madrid, Editorial CCS, 2015.

Sector de la Pastoral Juvenil Salesiana, *Pastoral Juvenil y Familia*, Salesianos de Don Bosco, 2021.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

ACG	Actas del Consejo General de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco.
FS	Fuentes salesianas. 1. San Juan Bosco y su obra. Colección Antológica.
PGF	Pastoral Juvenil y Familia.
AL	<i>Amoris Laetitia</i> .
CV	<i>Christus vivit</i> .
EG	<i>Evangelii Gaudium</i> .
FC	<i>Familiaris Consortio</i> .
MF	<i>Varón y Mujer los creó</i> .
FT	<i>Fratelli Tutti</i> .
IL	<i>Instrumentum laboris</i> . XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los obispos.
LS	<i>Laudato si'</i> .
RRD	<i>Relatio post disceptationem</i> . III Asamblea General Extraordinaria.
ICVM	<i>Itinerari catecumenali per la vita matrimoniale</i> (Itinerarios catecumenales para la vida matrimonial).



Sumario

Fuentes	6
<i>Documentos de la Iglesia</i>	6
<i>Documentos de la Congregación</i>	7
<i>Siglas y abreviaturas</i>	7
Presentación	13
Introducción	17

CAPÍTULO 1

COMPLEJIDADES Y CONTRADICCIONES EN EL CONTEXTO ACTUAL

1.1 Orientarse en un mar de culturas	21
1.2 El camino de la escucha	22
• Una sexualidad ambivalente	23
• El riesgo de una objetivación asfixiante	26
• Sexo consumido y objeto de consumo	28
• Una cultura de la satisfacción que apenas presta atención a las consecuencias	31
1.3 Las intuiciones de los jóvenes	33
<i>Preguntas para la reflexión</i>	36

CAPÍTULO 2

INTERROGANTES Y PERPLEJIDADES DE LOS ADOLESCENTES Y LOS JÓVENES

2.1 La adolescencia: la edad de los sueños con los ojos abiertos	37
• Pero ¿qué tareas de desarrollo?	38
2.2 El mundo emocional: manejar con cuidado	41
• El vínculo nace en la vulnerabilidad	42
• Vínculos y corporeidad	42
• La vulnerabilidad y sus implicaciones sociales	43
<i>Preguntas para la reflexión</i>	45

CAPÍTULO 3
**UN BREVE VIAJE POR EL AMOR, LA AFECTIVIDAD
 Y LA SEXUALIDAD**

3.1 Para entender este capítulo	47
3.2 El amor es polifacético	48
• Corporeidad del amor	49
• Psicología del amor	49
• Espiritualidad del amor	50
3.3 El abecé de la afectividad y la sexualidad	50
• Afectividad = capacidad de comunicar y recibir amor	50
• En alas de la libertad responsable: el valor de la sexualidad	54
3.4 Comprender los conceptos y modelos actuales	57
• Dimensión física del cuerpo	57
• Dimensión psíquica	57
• Dimensión sociocultural	59
3.5 Nuevos terrenos de misión	61
• Homosexualidad: de la patología a la orientación sexual	61
• La búsqueda de la identidad nunca es un camino lineal	65
• Una Iglesia accidentada frente a una Iglesia enferma	66
<i>Preguntas para la reflexión</i>	67

CAPÍTULO 4
**COMPONENTES ANTROPOLÓGICOS DEL AMOR
 Y LA AFECTIVIDAD EN LA BIBLIA**

4.1 La Sagrada Escritura: el gran libro de los afectos	69
4.2 Una mirada a la experiencia de Jesús	71
• Sensibilidad hacia los pecadores	73
• Sensibilidad hacia las mujeres	74
• Sensibilidad hacia los niños	75
• Sensibilidad hacia los vínculos y valores familiares	75
• Sensibilidad hacia una sexualidad significativa	76
<i>Preguntas para la reflexión</i>	77

CAPÍTULO 5
**ESPACIOS DE LIBERTAD Y LA LLAMADA AL AMOR.
EL CAMINO DE LA IGLESIA**

5.1 Tradición y enseñanza de la Iglesia	79
• Hacia un diálogo eficaz y valiente con el Pueblo de Dios	79
• Espacios para educación afectiva y sexual en <i>Amoris Laetitia</i>	81
• El corazón del Magisterio en los últimos 50 años	82
5.2 Ética, psicología y antropología cristiana	84
5.3 Enfoques educativo-pastorales que deben ser revisados	86
• Rigorismo o énfasis en la defensa	86
• Liberación sexual	87
<i>Preguntas para la reflexión</i>	89

CAPÍTULO 6
**CRECIMIENTO PERSONAL DEL EDUCADOR SALESIANO.
ÁREAS PARA PROFUNDIZAR**

6.1 La «amorevolezza»: una expresión fascinante de Don Bosco	91
6.2 El amor a la manera de Jesús: una alta medida de la caridad	94
6.3 Actitudes y competencias del educador que acompaña	95
• Adultos de referencia en términos de confianza	95
• Las competencias del educador acompañante	99
<i>Preguntas para la reflexión</i>	104

CAPÍTULO 7
**EDUCAR A LOS JÓVENES EN EL AMOR.
DIEZ CRITERIOS EDUCATIVOS**

7.1 Acompañar de la construcción de la identidad	105
7.2 Acompañar su conciencia y sus decisiones	107
7.3 Educación al autodomínio	110
7.4 Educar los afectos: las virtudes del corazón	112
7.5 Educar para la vida comunitaria	115
7.6 Educar al reconocimiento del límite	118

7.7 Concienciar sobre el poder del continente digital	120
7.8 Acompañar la singularidad y no verla como motivo de exclusión	123
7.9 Una ética básica de las relaciones afectivas	125
7.10 Abordar dos áreas de impacto educativo	128
<i>Preguntas para la reflexión</i>	129
<i>Reflexiones finales para poner en marcha Itinerarios de Pastoral Juvenil</i>	131
<i>Bibliografía</i>	133

Presentación

[1] Don Bosco optó conscientemente por implicarse directamente en la vida y en las situaciones físicas, emocionales, mentales y espirituales de sus muchachos. Muchas de sus historias de abandono y soledad escondían situaciones complejas que él mismo ayudaba a iluminar y orientar. La atención a la dimensión afectiva estaba constantemente contemplada en su Sistema Preventivo, naturalmente con el lenguaje y las claves interpretativas de hace casi doscientos años.

La educación a la afectividad es hoy en día **una oportunidad para, en una clave interpretativa actual, escuchar y acoger** preocupaciones, dudas e investigaciones desde una perspectiva integrada. La afectividad y la sexualidad son dos aspectos esenciales para el bienestar y están destinados a acompañar las relaciones de las personas a lo largo de su vida. Están influenciados por nuestro contexto vital, en el que, sin embargo, nuestras elecciones y nuestros valores personales desempeñan un papel importante.

Como escribe el profesor Javier de la Torre Díaz (2020), deberíamos comenzar a hablar de sexualidad con los jóvenes a la luz de una vela y en un clima de respeto y confianza, en un contexto al mismo tiempo amigable y realista, concreto pero positivo. El tema de la sexualidad surge, en diversas situaciones y momentos, de la intimidad de una confesión, de un deseo de compartir, y requiere que sus rituales y escenarios se aborden abiertamente, dándose un tiempo para afrontar sus etapas y fragilidades.

En nuestra vida, todos aprendemos lo importante que es custodiar ciertas dimensiones vinculadas con nuestra experiencia íntima y, en el fondo, sabemos también cómo humaniza **revelar y confesar ciertos secretos del alma**. Este diálogo entre lo íntimo, lo privado y lo público, este péndulo que oscila entre lo oculto y lo revelado, nos construye como individuos desde dentro, pero también nos destruye cuando bloqueamos los canales de comunicación.

El sujeto se desarrolla y evoluciona a través de estas tres esferas: la pública, la privada y la íntima. Existe un límite sutil entre lo que es íntimo y lo que es privado. Lo íntimo es lo más interno y, por tanto, lo que pertenece más profundamente a algo o a alguien y es, por su propia naturaleza, lo que está oculto. Sin embargo, los individuos crean relaciones en las que se revelan mutuamente lo íntimo: la revelación de lo más íntimo es la intimidad. Se desarrolla en la familia, el amor y la amistad. Por extensión, la exposición de lo que se guarda en lo más profundo del alma, cuando se combina con la respuesta de comprensión y cuidado que la exposición evoca, da lugar a la forma más intensa de intimidad, aquella que normalmente se considera impropia para expre-

sarla hacia el exterior. Debido a estas características, la intimidad está esencialmente arraigada en la esfera privada y personal.

La esfera privada es, por tanto, una habitación secreta y oculta, el lugar en el que solo nosotros podemos entrar, en el que a veces decidimos dejar entrar a otra persona, que nos acepta como somos y nos escucha con sensibilidad y a la que acogemos y escuchamos con gran respeto.

«Admitamos también que es en el lado de la sexualidad donde debemos buscar las verdades más secretas del individuo; que es ahí donde mejor podemos descubrir lo que es y lo que lo determina; y si a lo largo de los siglos creímos que debíamos ocultar las cosas del sexo porque eran vergonzosas, ahora sabemos que es el propio sexo el que oculta las partes más secretas del individuo: la estructura de sus fantasmas, las raíces de su yo, las formas de su relación con lo real» (Foucault, 1997, p. 179).

Nuestros jóvenes, a los que queremos ayudar con toda el alma como lo hizo Don Bosco, no son ángeles a los que debemos acompañar en un proceso de transformación en arcángeles, querubines o serafines. La condición de nuestros jóvenes es corpórea; ellos tienen apetitos, experiencias afectivas y emocionales, viven y expresan su sexualidad de diferentes maneras y, por tanto, deben ser acompañados con esa bondad educativa, que constituyen el pilar fundamental de todo el Sistema Preventivo.

Esta es la tierra a la que debemos viajar. Tenemos que esforzarnos en no caer en el error de acercarnos a los jóvenes sin ver lo que está ante nuestros ojos o soñar con paraísos que no existen y no han existido nunca. Tenemos que acompañar a los jóvenes en el contexto de su realidad cotidiana, en el mundo real en el que viven y se relacionan.

[2] Uno de los objetivos del Sector de la Pastoral Juvenil del sexenio 2020-2026 es **formar a los educadores para que sean capaces de acompañar a los jóvenes en el desarrollo y la maduración de su mundo afectivo y emocional** (cf. ACG 433, 81), mediante la búsqueda de itinerarios y experiencias formativas adecuados para laicos y salesianos a fin de que sepan acompañar a los jóvenes en la educación al amor (CV 81,261) y en el cuidado de la familia (CV 259-267).

A partir de ello, es necesario profundizar en el tema de la educación al amor con los acompañantes de los jóvenes, en primer lugar, para que en todas las inspectorías salesianas se sienten las bases, allí donde no estén presentes, de la construcción de programas de formación bien estructurados en este ámbito importante del desarrollo humano.

Este aspecto se aborda dentro del marco antropológico salesiano, es decir, el que concibe a la persona en la totalidad de sus dimensiones morales, espirituales, sociales, intelectuales y afectivo-emocionales, así como en su libre voluntad de elección y capacidad de discernimiento, como está expresado en el PEPS (Proyecto Educativo-Pastoral Salesiano). Además de estas dimensiones, se atiende a la dimensión corpórea/física como

elemento fundamental. En base a ello y de acuerdo con los delegados de la pastoral juvenil en la Congregación, consideramos que es necesario desarrollar un enfoque educativo y pedagógico más cuidadoso y prudente en este ámbito tan particular.

[3] Estas páginas han sido redactadas a lo largo de **un proceso de discernimiento** de dos años y llevan **las huellas de los diferentes contextos culturales de la Congregación**. En febrero de 2020, se celebraron reuniones regionales con los delegados de la pastoral juvenil de todo el mundo durante las cuales se inició un debate sobre el tema, centrándose en las realidades y necesidades de los jóvenes. A partir de estas ideas, se organizaron reuniones con la presencia de expertos para profundizar en el tema y, posteriormente, se redactó la presente aportación, que no es ni un «tratado teórico» ni un «manual práctico».

Dado que no se trata de un texto académico, es un punto de partida y no de llegada. Por ello, cabe subrayar *la importancia de la prudencia del educador que guía el juicio a la hora de discernir la opción educativo-pastoral concreta y practicable, conforme a las condiciones de los tiempos y lugares en que vive cada joven*. En definitiva, es el resultado de un esfuerzo cuyo objetivo es evidenciar las opciones educativo-pastorales, comprender sus razones y explicar sus fundamentos.

Estas páginas pretenden ser **una herramienta destinada a los educadores para sistematizar conceptos y actitudes** que guardan relación con la educación afectiva y sexual; y hacerlo desde el «entrenamiento para la vida» en la que nos hallamos inmersos, frente a retos y dificultades cotidianas. Esta combinación de conocimientos y actitudes conducirá gradualmente al desarrollo de competencias y criterios (capítulos 6 y 7) que ayudarán al educador para acompañar y guiar a los jóvenes de forma flexible y adecuada en todos los contextos vitales.

- El **primer capítulo** señala el inicio de nuestro viaje en la esfera afectiva y sexual, a través de una lectura de la situación actual en la que, principalmente, el sexo se cosifica, expresa y exhibe mercantilizado, lo cual impide el desarrollo de relaciones auténticas. Son los propios jóvenes los que perciben esta comercialización y distorsión, por lo que sienten la necesidad de contar con guías competentes que puedan transmitir el verdadero valor de la sexualidad y afectividad. Todo ello constituye una responsabilidad para nosotros como educadores, ya que los jóvenes corren el riesgo de tener que recurrir a otras fuentes, si no afrontamos una reflexión profunda y reflexiva sobre estas cuestiones por parte de la Iglesia y la Congregación.
- En el **segundo capítulo**, tras una redefinición de las principales características de la adolescencia y de sus correspondientes tareas de desarrollo, se pasa a la consideración de algunas de las preguntas y perplejidades de los jóvenes respecto a la relación entre los vínculos y la corporeidad.

- En el **tercer capítulo**, presentamos algunas premisas conceptuales para la construcción de un marco teórico que permita enfocar y tratar el tema afectivo y sexual de la forma más completa posible. Dicho marco puede ayudar a transformar un enfoque teórico en una intencionalidad educativo-pastoral. De hecho, las comprensiones poco críticas pueden impedir que el educador aborde estas cuestiones de una manera lo suficientemente equilibrada. Esta atención es esencial para desarrollar una actitud de aceptación de todas las fragilidades humanas, no negándolas, sino reconociéndolas, acogiendo y transformándolas. Por ello se describen lo que constituye para quienes nos ocupamos de los jóvenes (es más, de todos los jóvenes), *los nuevos ámbitos de misión y «puertos» de acogida*: las distintas orientaciones e identidades sexuales.
- Para dar sentido a este delicado y relevante ámbito de la misión educativa, el **cuarto capítulo** explora el gran ejemplo de Jesús, reconociendo cómo, en algunos episodios del Evangelio, creó lugares concretos de acogida, poniendo énfasis en la compasión y aceptación.
- El **quinto capítulo** examina el camino de la Iglesia, centrándose en particular en *Amoris Laetitia*, que sigue la vía del diálogo, dando importancia a la escucha y a la comprensión. Es interesante ver cómo ha cambiado la educación sexual desde *Amoris Laetitia* y *Evangelium Gaudium*, a través de una pastoral que acompaña el vínculo «sexual», que implica atención educativa a la necesidad de aceptación, estima, afecto, cuidado, relación, amor y sexualidad.
- En el **sexto capítulo**, se presenta una serie de reflexiones prácticas sobre las áreas por explorar que atañen al crecimiento personal de los educadores, con el objetivo de ofrecer una formación más específica a todos aquellos que, de distintas maneras, están involucrados en las relaciones educativas y desean adquirir una mayor competencia. Estas páginas se detienen a profundizar y elaborar los desafíos que surgieron en las reuniones de estudio con los delegados de la pastoral juvenil.
- En el **séptimo capítulo**, se abordan, en clave salesiana, diez criterios *educativos* en una perspectiva salesiana, todos ellos relacionados con los temas tratados anteriormente.

Los lectores podrán profundizar en los vínculos entre Escritura, Magisterio, ética, ciencias humanas y vida real. Este proceso de estudio y puesta en común ha brindado y brinda una ocasión para reflexionar sobre un tema complejo, actual y, en algunos aspectos, controvertido de la educación al amor; se trata, pues, de «una obra en construcción» en la que se recogen algunos criterios fundamentales orientados al acompañamiento global de adolescentes y jóvenes hacia una madurez afectiva.

Miguel Ángel García Morcuende
 Consejero General de Pastoral Juvenil
 Roma, 31 de enero de 2023

Introducción

[1] La expresión comúnmente empleada de «**emergencia educativa**», si bien se ha declinado de diferentes maneras en sus acepciones más alarmantes, nos ofrece una oportunidad extraordinaria que atraviesa todos los niveles y contextos de nuestra acción educativa. Hoy en día, las instituciones educativas y evangelizadoras están llamadas a afrontar un reto crucial del que depende el futuro y la calidad en conjunto de la sociedad del mañana.

Esto ha comportado el despertar del interés por la experiencia educativo-pastoral caracterizada a menudo por el miedo al cambio. Sin duda, la educación actual está marcada por la complejidad y el pluralismo cultural: los retos son parte integrante del proceso educativo.

A través de este estudio en profundidad, quisiéramos reflexionar, en particular, sobre cómo los cambios sociales y culturales que se están produciendo pueden constituir un valioso recurso educativo —no exento de riesgos— para purificar las actitudes, restablecer la conciencia y **hacer que la experiencia educativa sea más adecuada para acompañar a cada joven a crecer según su valor y dignidad.**

Queremos encaminarnos hacia una antropología que abarque todas las dimensiones del hombre (biocorporal, psicoespiritual, sociocultural, ético-sexual) que nos permita una mejor comprensión de los cambios que se producen y de la persona misma.

Como madres, padres, catequistas, sacerdotes, religiosas, religiosos, profesores y educadores respondemos a las señales de los tiempos, pero queremos también ser personas que creen en los propios recursos de cada contexto histórico y social. Es por ello por lo que tenemos que esforzarnos para descubrir y asumir la responsabilidad de ser contemporáneos de nuestro tiempo, comprometiéndonos inicialmente, para reorganizar nuestra forma de pensar y sentir.

Como proceso humano, la educación tiene un fuerte carácter innovador que se manifiesta en el diálogo entre el pasado, el presente y el futuro. Para que las nuevas generaciones puedan afrontar el mundo y desarrollar sus posibilidades, el educador transmite un pasado, un acervo cultural valioso. Este es un punto clave en la educación: los educadores, dirá Arendt (1993), por amor al mundo, ofrecen un legado para que los jóvenes, con lo que han recibido, lo transformen y hagan algo nuevo.

[2] De hecho, la primera «atención formativa» para un educador que quiere ser como Don Bosco «padre, maestro y amigo» de los jóvenes es despertar y cultivar su propio corazón, renovando y revalorizando continuamente intencionalidad educativa de fondo.

Educar y educar bien no es algo que se consigue automáticamente. *Los educadores necesitan de una formación y cualificación no solo en el campo de las competencias y buenas técnicas, sino también de conocimientos, actitudes, motivaciones y razones subyacentes. Esta experiencia personal formativa debe ser afrontada, actualizada e integrada.*

Efectivamente, la propia experiencia es una de las mayores dificultades encontradas en la formación y el acompañamiento de los educadores en este ámbito. No es infrecuente encontrar personas adultas que han vivido experiencias afectivas y sexuales negativas, como abusos, relaciones afectivas desordenadas o incapacidad de gestionar las relaciones. Estas vivencias y otras posibles, hacen mella en la esfera afectiva y sexual (entendida como la capacidad de entablar vínculos con otros) de las personas. Por consiguiente, cuando se habla de sexualidad como educadores, estudiantes, catequistas, etc., significa ponerse en juego con las propias vivencias y exponerse a las propias fragilidades, puesto que la única fuente de experiencia con la que se cuenta es la propia y, por tanto, quien no «se cura» de sus heridas difícilmente podrá expresarse y transmitir un mensaje adecuado.

[3] Emprendida con responsabilidad y compromiso, la educación puede ser una extraordinaria aventura humana compartida y mediada a través de actitudes de respeto. Se trata de un evento que marca la madurez de nuestros jóvenes, sea cual sea su condición y sus opciones existenciales. Se puede añadir también que **la educación tiene que ver con una acción generadora**: engendra sentido y plenitud de vida. Es una tarea que implica dos actitudes que se interrelacionan mutuamente: lo maternal y lo paternal.

La educación es una «acción generadora espiritual» que tiene algunas de las características de la maternidad en sentido físico: dedicación, sufrimiento, cuidado, desprendimiento, pasar por la fatiga y el dolor del parto. *Es una forma de dar vida, en sentido físico y espiritual, negándose a sí mismo y acompañando a los demás con gratuidad y firmeza. Todo ello porque la maternidad conlleva la alegría de presenciar el crecimiento y el desarrollo de la persona.*

Una de las características de la condición de progenitor es fijar un valor como objetivo y animar, apoyar y ayudar a construir medios personales para alcanzarlo. Es el arte de brindar confianza, orientando hacia una meta y poniendo afectivamente límites claros que permitan llegar a ella.

Es una espiritualidad que ejerce autoridad y pretende enseñar a caminar en libertad, en la ascesis del diálogo, con la paciencia de volver a empezar siempre y con la humildad de buscar y construir alianzas.

Estos son los rasgos humanos de **una espiritualidad de la educación**, un camino que conduce al desapego progresivo y a la capacidad de generar vida que se experimenta desde el nacimiento hasta la muerte, es decir, durante toda la vida.

En esto consiste también la educación salesiana, cuya centralidad es el joven en crecimiento con el que se entabla un diálogo mediante propuestas, apoyo a sus opciones y corrección de sus errores, con la intención de lograr la construcción de una identidad que sea fruto de una libertad consciente. Implica, en fin, cuidarnos interiormente como educadores para no ser únicamente maestros, sino acompañantes, renovando nuestro corazón para desarrollar, de este modo, esa inteligencia del amor que permite identificar situaciones de malestar visible u oculto, al igual que viejas y nuevas pobrezas juveniles; todo ello sin dejar de apostar por los recursos de cada uno.

Es, en consecuencia, un reto a comprometerse «de corazón», que implica no limitarse a las apariencias, asumir los propios límites y renunciar a la pretensión omnipotente de saberlo todo. Asimismo, aceptar las frustraciones y utilizarlas como vehículo de posibles significados, estimular actitudes de búsqueda y enmendar los errores, evitando juicios condenatorios hacia uno mismo y los demás. Para dar a la educación un «espacio» digno y meritorio, es necesario «ponerse en juego», aventurarse en un terreno donde **la posibilidad de mejorar prevalece sobre la realidad**, donde uno se enfrenta a la ruptura de viejos equilibrios para buscar otros nuevos.

«Don Bosco nos acogía con una predilección única, toda suya: sentíamos su irresistible encanto, pero el lenguaje no encuentra las palabras para hacerlo comprender a quienes lo han experimentado y ni siquiera la imaginación más fervorosa sabe representarlo con imágenes capaces de dar una idea justa. Incluso ahora me parece sentir toda la dulzura de esta predilección hacia mí cuando era joven: me sentía como prisionero de una energía afectiva que alimentaba mis pensamientos, palabras y acciones, pero no sabía cómo describir mejor ese estado de ánimo, que era también el de mis compañeros de entonces [...]. Me sentía amado de una manera que nunca había experimentado y que no tenía nada que ver ni siquiera con el amor tan vivo que me profesaban mis inolvidables padres [...]. ¡Su amor atraía, conquistaba y transformaba nuestros corazones!» (Albera, 1921, pp. 340-342).

En conclusión, como educadores y dada la importancia de la educación, hemos de formarnos en el nivel afectivo y sexual, ámbitos de transversalidad que atañen a la totalidad de la persona.

Complejidades y contradicciones en el contexto actual

1.1 ORIENTARSE EN UN MAR DE CULTURAS

No es fácil definir la identidad de los pueblos, ya que en todas las sociedades nos encontramos con una realidad humana muy variada en su composición, forma de vivir, organizarse y expresarse, además de en constante cambio. La diversidad cultural es una realidad indiscutible que nos permite conocer y convivir con personas de distintas capacidades, posibilidades, situaciones y estilos de vida. Las culturas que nos rodean forman parte de nuestras vidas. Si partimos de este supuesto, cualquier discurso, pero más aún el que se refiere a la educación para el amor, no puede ser universal y adopta, pues, las características de una obra en construcción.

Por consiguiente, no se examinarán las relaciones existentes entre cultura, afectividad y sexualidad de cada región o país; no se pretende estudiar los problemas y las dinámicas sociales y culturales ni las identidades individuales y colectivas de cada territorio.

Se intenta poner de relieve la educación afectiva y sexual como un aspecto fundamental de la educación integral, conectado con todas las funciones y valores del sujeto humano; el sexo, de hecho, es «constitutivo» pero no «exhaustivo» de la persona.

Como educadores y como cristianos, no podemos ignorar que la afectividad y sexualidad constituyen uno de los núcleos estructurantes y esenciales de la personalidad humana, una realidad luminosa del ser humano. No se reduce a unos pocos momentos y comportamientos, sino que, por el contrario, constituye el modo de expresión global de la persona en el entramado de sus relaciones con los demás y con el mundo. Aunque pueda parecer que un término prevalece sobre el otro, en realidad, afectividad y sexualidad no pueden separarse, so pena de una concepción artificial de la vida.

- La dimensión biológica se hace patente en la diferenciación sexual, en los mecanismos de reproducción y crecimiento, así como en los distintos ciclos del cambio físico.
- En cuanto a la dimensión psicológica, esta se expresa en el conjunto de emociones y sentimientos que genera, en la evolución hacia la propia madurez y experiencia, en las vivencias emotivas que proporcionan seguridad y comunicación interpersonal.
- Por lo que se refiere a la dimensión sociorreligiosa de la esfera afectiva y sexual, esta se manifiesta en las relaciones y por medio de algunos dinamismos: la entrega y donación de sí mismo, la apertura hacia los demás y al mundo.

En consecuencia, **se desea entregar a los jóvenes una visión positiva de la afectividad y la sexualidad**, pero, al mismo tiempo, comprender cómo estos dos aspectos son vividos en el mundo juvenil. A partir de nuestro Sistema Preventivo, podemos ayudar a los niños, adolescente y jóvenes a desarrollar sus recursos interiores y habilidades que les ayudarán a vivir serenamente esta importante dimensión humana. De ahí el papel desempeñado por el sistema educativo salesiano que se resume en la bondad amorosa («amorevolezza», en palabras de Don Bosco) y que adquiere aquí todo su sentido: debemos empezar a educar al amor.

1.2 EL CAMINO DE LA ESCUCHA

El trabajo diario con los jóvenes no concede pausas ni satisfacciones triunfalistas, ya que nos interpela permanentemente. Como educadores, es necesario emprender un viaje de exploración en su universo afectivo y emocional para tomar conciencia, de primera mano, de las verdaderas experiencias que afectan su vida interior.

Nos hace falta una acción tan sencilla y, a veces tan infravalorada, como es la escucha. En la cultura de la actividad frenética y del ruido constante, asumir la actitud de escuchar es un reto que ofrece recompensas inestimables: cuanto más nos entrenamos en la escucha, más aumenta nuestra capacidad de atención, se fortalece nuestro lado intuitivo y se abre paso la claridad en nuestra mente y en nuestro corazón.

«Tenemos que practicar el arte de escuchar, que es algo más que oír. Lo primero en la comunicación con el otro es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad»

dad, sin la cual no hay un verdadero encuentro espiritual. Escuchar nos ayuda a identificar el gesto y la palabra adecuados que nos sacan de la condición tranquila de espectadores» (EG 171).

Por tanto, antes de acompañar, opinar y aconsejar, es necesario **escuchar y entrar en su universo...**, porque es un «mundo» y una concepción diferente a la nuestra en la que debemos situarnos. Un viaje que hemos de emprender con los pies descalzos, conscientes de que el suelo que pisamos es sagrado (Éx 3,5).

Como ya se ha observado, la afectividad y la sexualidad que viven los jóvenes reside en el descubrimiento, en la curiosidad, en lo visible. Y como personas implicadas en la pastoral juvenil de la Iglesia, quizá deberíamos reflexionar hasta qué punto la norma, el ideal supremo, el deber, la preminencia del pecado, la mancha o la culpa ya no pueden ser la perspectiva adecuada, si bien esto no conlleva la renuncia a los valores verdaderos. *La actitud ha de ser la de los discípulos en la Ascensión: con los pies en la tierra y la mirada en el cielo.*

Hace falta asumir con valentía y riesgo el componente «subjetivo» de los jóvenes respecto a la afectividad y sexualidad. Por tanto, trataremos de describir algunos de sus rasgos distintivos hoy, ya que, para entablar un contacto real con los adolescentes, es necesario penetrar **en su espacio físico e incluso digital**. Es oportuno poner nuestra atención en la realidad concreta, porque **la llamada y las exigencias del Espíritu resuenan también en los acontecimientos mismos de la historia**, a través de los cuales la Iglesia comprende de modo más profundo el misterio único de la afectividad y la sexualidad de la persona. De ahí la importancia de partir, ante todo, de la realidad y de algunos datos característicos que caracterizan la esfera afectiva y sexual.

Es por este motivo que consideramos importante referir aquí lo que hemos escuchado de los informes elaborados por las diferentes regiones geográficas de los Salesianos de Don Bosco. Intentaremos, pues, plantear estas cuatro reflexiones que no se apartan totalmente de la realidad concreta, porque, como decía Paul Valéry (1956) de forma metafórica, «*lo más profundo del hombre es la piel*», es decir, lo que se ve. En efecto, la piel es, precisamente, lo que envuelve nuestro cuerpo, lo que nos une y, a la vez, separa de los demás.

Una sexualidad ambivalente

[1] La sexualidad debe tener como fin intrínseco el amor. La sexualidad, si se vive mal, puede ser una fuente de malestar porque es ambivalente: puede integrarnos y enriquecernos o, por el contrario, desintegrarnos y destruirnos. En consecuencia, la conciencia humana se debate en una tensión entre dos polos opuestos, con la dificultad de alcanzar una síntesis, es decir, de restablecer un correcto equilibrio y armonía.

«La sexualidad puede elevar y dignificar el cuerpo o dañarlo y degradarlo. Todo depende de cómo se conciba y se entienda: como principio amoroso de benevolencia, es decir, de donación, o como principio amoroso de concupiscencia, es decir, de posesión y disfrute del otro» (Imbamba, 2010, p. 67).

La genitalidad disociada de lo afectivo y relacional puede degenerar en instrumentalización, degradación y egoísmo. De hecho, hoy en día es muy común utilizar el término sexualidad en lugar de genitalidad. Se trata de un término más completo y se refiere a la capacidad humana de establecer y fortalecer los vínculos relacionales y afectivos con los demás. La genitalidad es un término más restrictivo que se refiere a la dimensión física de la sexualidad, excluyendo la dimensión relacional y afectiva.

No siempre la vivencia de la sexualidad es un factor humanizador. Sabemos que tener una relación con una persona no significa necesariamente tener sexo. Sin embargo, algunos solo conciben un vínculo bajo esta perspectiva. Cualquier tipo de relación interpersonal no puede ser un imperativo, sino que debe estar libre de toda coacción, violencia, presión. En el caso de la relación sexual, no todas sus expresiones son siempre sanas ni toda ausencia de dicha relación es insana. Descubrimos un valor esencial en saber descubrir el tiempo oportuno para tener relaciones sexuales plenas, sabiendo poner límites y metas a dicho tipo de encuentros íntimos.

El sexo es un modo más de comunicación con la pareja, pero no es ni el único ni el principal. Nunca es bueno poner desde el principio el sexo en el centro de una relación. Aprender a cultivar las relaciones más allá de la genitalidad amplía los horizontes, porque concentrarse solo en este tipo de placer sexual puede conducir a apegos obsesivos, repetitivos, incontrolados y desintegradores. La genitalidad no siempre eleva y renueva, y sabemos que en materia sexual puede haber comportamientos compulsivos en los que falte una total libertad y abunden muchos engaños y autoengaños.

No todo es compatible ni todo es admisible. La comunidad cristiana debe ser un lugar donde los jóvenes aprendan a vincularse más allá de los mitos del placer, la «libertad» y la novedad, que no siempre ayudan a construir una relación; un espacio para la construcción de una conciencia crítica que conduzca a los jóvenes a buscar también el cuidado de la vida interior espiritual.

Es necesario «educar a los adolescentes a la afectividad y la sexualidad en vista de la futura llamada a un amor generoso, exclusivo y fiel (ya sea en el matrimonio, en el sacerdocio o en la vida consagrada)» (ICVM 41). La intuición de los jóvenes les hace ver que en la sexualidad también entran en juego el afecto, la ternura, el apego y la fidelidad.

[2] Asimismo, cabe poner de relieve un dato importante: según datos estadísticos, en algunos contextos, **una buena parte de los jóvenes inicia cada vez más pronto su actividad sexual** y, a menudo, lo hacen sin reflexionar y sin una preparación adecuada. No sitúan adecuadamente esta experiencia en la propia biografía personal.

En este período en el que la maduración y el acceso a la vida adulta son procesos que crecen lentamente, hay una descompensación entre madurez y estatus social y entre maduración biológica y conductas sexuales, lo cual trae aparejados problemas y riesgos: para algunos, el intercambio sexual activo se convierte en «la licencia» para la vida adulta, es decir, se vive como una forma de confrontarse y ganar estatus entre pares, más que en un camino para conocer las propias preferencias y las ajenas.

En realidad, las primeras experiencias sexuales podrían representar una «impronta» para la futura sexualidad. Debiera ser primordial cuidar el bienestar experimentado en las primeras experiencias y sensaciones de carácter sexual que permiten responsabilizarnos y reconocer los aspectos positivos y placenteros en nosotros mismos. El riesgo está ligado al fracaso de tal proceso. A veces se tratan con mucha simplicidad los temas referidos a la sexualidad, se experimentan multiplicidad de vivencias que pueden hacernos pensar que estos primeros cambios en los hábitos sexuales conllevan una mayor estabilidad en los jóvenes. Sin embargo, creemos que es lo contrario: existen muchas ansiedades e incertidumbres que alimentan sentimientos de vergüenza e inadecuación y que pueden originar malestares y problemas disfuncionales en el futuro.

Se experimenta la sexualidad como *un hito en la validez social y pierde solidez su significado* como proceso de desarrollo y expresión de la identidad afectivo-sexual.

Por tanto, el riesgo tiene que ver con el impacto del «estreno» sexual en la persona. Al principio, el pensamiento se concentra exclusivamente en el «qué» hacer, qué conducta se quiere tener, sin caer en la cuenta de que lo que realmente importa es el efecto y el significado de esa experiencia en la persona. Del resultado de esta comprensión dependerá, al menos en parte, la capacidad futura de entrar en una relación adulta y de llevar a cabo la tarea gradual de la autonomía y la capacidad de relacionarse con otras personas. Cuando estas experiencias de «debut» sexual marcan negativamente, se corre el riesgo de quedar atrapados en una espiral peligrosa donde la persona se pone a prueba (se justifica) cada vez más; peor aún, puede llegar a evitar cualquier confrontación consigo misma y permanecer encerrada defensivamente en el aislamiento.

Por eso, este es un matiz importante: más que el debut en sí, que al final puede resultar una experiencia fugaz frustrante o desagradable, lo que cuenta es el recorrido sucesivo, es decir, cómo se elabora esa iniciación y cómo se continúa. De ahí la importancia del acompañamiento.

El riesgo de una objetivación asfixiante

[1] La evolución de la sociedad ha cambiado profundamente el concepto de sexualidad y lo ha reducido casi a una actividad. Aquí también es preciso diferenciar el término «sexualidad» del término «actividad sexual». El primero se refiere específicamente a los aspectos psicológicos, sociales y culturales de lo sexual, mientras que el segundo concierne a las conductas que involucran directamente lo corpóreo sexual.

Estos dos conceptos, muy utilizados y a veces confundidos, están intrínsecamente ligados, de tal manera que uno es la condición previa del otro. Efectivamente, todos los aspectos psicosociales ligados a la concepción y expresión del sexo, entendidos en el más amplio sentido, ejercen una influencia sobre los comportamientos y las actividades sexuales. Todo lo que una persona realiza pertenece a su esfera sexual puesto que vive lo que experimenta como un ser sexuado, es decir, como un hombre o como una mujer, sin embargo, no todo lo que implica la sexualidad se traduce en una relación física.

De un tabú completamente asfixiante que ni siquiera permitía una educación responsable en el ejercicio de la sexualidad humana, se ha pasado a una permisividad radical en la que no se valoran los comportamientos y, en cambio, la explotación erótica y pornográfica deterioran los proyectos de vida exitosos que deberían proporcionar un uso responsable de la sexualidad.

El cambio de actitud, **el paso del «prohibicionismo» a la «libertad sin límites»**, de la reticencia exagerada a la vulgarización de las experiencias, nos hace pensar que esta evolución nace sin prestar atención al estudio sereno de algunas cuestiones aquí expuestas, al análisis cuidadoso de los elementos biopsicosociales que entran en juego.

[2] En pleno siglo xx, **hemos estudiado y profundizado en la sexualidad**. La larga historia de la sexología ha marcado nuestras sociedades. En algunos contextos, la mayoría de las grandes figuras y sus aportaciones siguen siendo miradas con recelo. Numerosas aportaciones teóricas y metodológicas de algunos especialistas (Sigmund Freud, Wilhelm Reich, Havelock Ellis, Alfred Kinsey, William Masters y Virginia Johnson, Viktor E. Frankl, Oswald Schwartz y Rudolf Allers, Michel Foucault y Zygmunt Bauman, entre otros) aún no han sido tenidas en cuenta en su totalidad. La elección del vasto y variado panorama de los autores de referencia es fundamental, pues de ello deriva también la reflexión posterior.

De algunas de sus teorías hemos aprendido muchas cosas que han dejado huellas en nuestro pensamiento, como, por ejemplo, que la sexualidad evoluciona a lo largo de los años (infancia, adolescencia, edad adulta, vejez); que tiene una diversidad de dimensiones (genéticas, hormonales, gonadales, anatómicas, cerebrales, psicológicas, sociales, etc.); que hay comportamientos sanos y problemáticos, intolerables y violentos (abuso, violación y acoso); que hay diferentes fases en el ciclo de la respuesta sexual; que hay problemas sexuales causados por distintas patologías o circunstancias. Por tanto, se hace necesario comprender que la sexualidad es una realidad dinámica como todo en el ser humano.

Mientras que tal comprensión del fenómeno de la sexualidad humana ha permitido caminos de crecimiento, autenticidad y reconstrucción en la persona, se observa, sin embargo, que hoy en día *el sexo está más que nunca cosificado, pensado, investigado y analizado*. El sexo es expuesto en los medios de comunicación sin dejar nada oculto, secreto y en el misterio, impregna la imaginación y estimula el deseo.

La cosificación (objetivación) es un fenómeno que despersonaliza al ser humano, lo valora y cotiza en función de una parte de sí mismo, el cuerpo en este caso, dejando de lado los aspectos como la personalidad, la dignidad, las emociones, la afectividad y la historia personal que lo hacen único y distinto de los demás y que son necesarios para su autorreconocimiento y para ser reconocido en su totalidad. El sexo acontece en nuestro propio cuerpo y todo lo que ocurre en nuestro propio cuerpo tiene un impacto diferente, nos afecta de un modo distinto.

La cultura actual corre el riesgo de ser una cultura sembrada de *inputs* y desinformación, dominada por un desequilibrio a favor de los aspectos espontáneos, epidérmicos y emocionales, orientada con preferencia a gratificar la necesidad de «sentir» y «probar», en detrimento de aquellos aspectos éticos y afectivos vinculados con los valores profundamente arraigados en su interior. Hablamos del riesgo de una sociedad hipersexualizada, un mundo erótico y «genitalizado», si se puede decir, estimulado y excitado en exceso en los medios de comunicación y en la sociedad, y en el que no cabe ni el dominio de sí ni la discreción ni el pudor cuando se trata de sexo. El sexo, más bien, se exhibe abiertamente y sin miramiento, se mercantiliza y se magnifica de forma desproporcionada. La objetivación presenta un cuerpo disociado de la totalidad de la persona, expuesto y exhibido en público como un objeto para ser mirado. De esta manera, se destierra y se hace invisible la esencia de la sexualidad.

No hay necesidad de reprimirse ni de callar. El sexo se ostenta, se hace público, se convierte en imagen y se magnifica. El cuerpo se exhibe en público y se hace alarde de él. Con la «expresión pública» y la «objetivación que deshumaniza», la dignidad de la sexualidad no se vislumbra.

[3] Para entender la complejidad de esta distorsión y objetivación, cabe reflexionar, ante todo, sobre los efectos de la creciente difusión de las tecnologías informáticas en todos los aspectos de la vida actual. El uso descontrolado de las redes sociales puede tener consecuencias emotivas, sociales, financieras e incluso judiciales, además de contribuir a la difusión no deseable de los propios datos personales.

Las propiedades de los medios digitales constituyen un gran atractivo para los adolescentes. Teniendo en cuenta que muchos aspectos del desarrollo de los jóvenes están influidos por estos intercambios virtuales, comprender los procesos de construcción de las modalidades de relación de los adolescentes no puede separarse del análisis de esta interdependencia entre vida en línea y vida *offline*.

De hecho, los jóvenes se esconden y se refugian dentro de una segunda vida (*second life*) que posibilita la red social; en algunos casos eluden su incapacidad de mantener una conversación cara a cara. Desde esta perspectiva, la pantalla cumple la función de un escudo protector detrás del cual se hace posible ocultar las propias debilidades y fragilidades.

Un primer aspecto que considerar es el efecto provocado por la difusión de imágenes de audio y vídeo que proponen algunos modelos estéticos poco realistas e inalcanzables para la mayor parte de la población, no tanto porque muestren una belleza inusual e impecable en la que aparece un mínimo esfuerzo y atención al cuerpo, sino porque, al contrario, **exaltan una belleza artificial, atenta a reducir estéticamente los defectos**. Si a esto se añaden poses seductoras y sexualmente provocantes, el efecto cosificador se amplifica. En películas, series de televisión, música, videojuegos y otras expresiones artístico-culturales, amplifican estas ideas de autorrepresentación e inspiración cultivadas por las actuales generaciones juveniles.

También hay que destacar otro cambio significativo: entre las nuevas psicopatologías que han surgido en los últimos diez años se encuentra la «adicción a Internet», o adicción a la red, un fenómeno que aumenta cada vez más entre los jóvenes. Efectivamente, el uso excesivo de las nuevas tecnologías puede inducir a perder el contacto con la realidad y, de esta manera, desplazar los intereses de la vida real a un mundo virtual. Este proceso puede adquirir implicaciones preocupantes hasta el punto de convertirse en una verdadera adicción totalmente comparable a la dependencia de sustancias tóxicas; de hecho, el individuo ciberadicto puede **buscar compulsivamente relaciones, sexo, información o juego de apuestas**.

Sexo consumido y objeto de consumo

[1] Como escribe Horvat en la frase inicial de su libro *La radicalidad del amor* (2016): «Todo intento de hablar o incluso de escribir sobre el amor está inevitablemente ligado a una profunda dificultad, a una ansiedad: las palabras son siempre insuficientes. Sin embargo, aunque nuestro intento se parezca a un salto en el vacío, debemos atrevernos a hablar del amor, con todos los riesgos que conlleva. Debemos intentarlo de nuevo, fracasar de nuevo, fracasar mejor». Muchos de los que hoy en día escriben sobre el amor —continúa Horvat— lamentan el hecho de que el discurso sobre el amor se haya vuelto muy individualizado («enamorarse»), «positivizado en la sexualidad», donde el énfasis está puesto en la eficacia y en el «consumo» del otro.

En la actualidad, algunos adolescentes tienden a defenderse de las relaciones que comprometan y puedan obstaculizar sus planes personales. En el ámbito del deseo, gana

cada vez más terreno el modelo de una sexualidad orientada a la gratificación inmediata, una experiencia placentera sin compromiso, así como aquellos hábitos de satisfacción personal que no generen vínculos estables.

En esta sexualidad volátil, lo único que cuenta es lo que conforta, lo que divierte y lo que hace reír. La relación entra en esta dinámica destructiva. Todo radica en «divertirse juntos», pero solo mientras duren el entretenimiento, la novedad, las risas y la sintonía. Cuando comiencen los problemas, los malentendidos, las obsesiones, el dominio del otro y los sentimientos nocivos, es muy probable que se decida apostar por otros lugares y otras personas.

[2] Es el **«paradigma de la experimentación»** a través del cual parece que los jóvenes tienden a evitar las elecciones definitivas, animados por el deseo de dejar abiertas más posibilidades y ser libres para repensar sobre lo elegido. En efecto, la experimentación forma parte de la adolescencia y juventud y, pese a que es buena y necesaria dentro de sus limitaciones, la dificultad actual es que, con la caída de las prohibiciones, el panorama se ha ampliado tanto que hay pocas líneas rojas que no se puedan traspasar. Los jóvenes tienden a comprometerse con una continua exploración de lugares, espacios, tiempos, relaciones y experiencias donde poner a prueba aspectos de sí mismos para luego tratar de asumirlos de forma coherente.

Este vaivén de experimentaciones sexuales pone duramente a prueba el proceso de integración de la identidad sexual, durante el cual el adolescente intenta unificar y dar un sentido a diversos aspectos como, por ejemplo, sus emociones colmadas de libido y sentimientos hacia otras personas. Y además se conforma según las normas, los valores, la ética y las demandas sociales, según los roles que se espera desarrollen los jóvenes y sus recursos psicológicos, sociales y contextuales para lograr esta integración.

Existe una obligación compulsiva y muy sentida de experimentar todo lo que se conoce, incluidos los juegos sexuales, los intercambios de pareja, los comportamientos que no se corresponden con la propia orientación deseada, incluso los exhibicionistas o los relacionados con la parafilia. *Muchos jóvenes perciben esta presión según la cual quienes no consumen algo en el ámbito de la sexualidad se pierden una experiencia fundamental.*

Esta experimentación continua no está determinada únicamente por el deseo de haber elegido a la pareja «apropiada», sino, sobre todo, por una *tendencia basada en la autorrealización*. Durante este proceso, se someten las distintas relaciones a un continuo examen hasta encontrar la que pueda sostener el propio repliegue narcisista, entendido como buscar en el otro todos aquellos afectos y atenciones que siempre se han deseado. Este tanteo continúa hasta abrirse a un encuentro auténtico con el otro y a una relación hecha de cuidados recíprocos, lealtad y compromiso. Se experimen-

tan las relaciones, pero en la propia piel, con los propios deseos, las propias ilusiones e intimidades. De este modo, la parte de uno mismo que se expone en estas relaciones se vive en una especie de «ensayo y error».

Como sostiene Andreoli (2004), los jóvenes deben procurar no consumir el deseo de unión en este experimentalismo superficial desprovisto de proyectos. Al dirigirse a los adolescentes, afirma: «Debéis tener cuidado de no malgastar vuestra vida, de no desaprovechar esa parte vuestra que interviene en el amor y que, a veces, os involucra totalmente. Por eso hay que saber esperar, no precipitarse en una relación simplemente por miedo de no encontrarla o de quedarse solo, sin amor. Lo que separa el tener o no tener el objeto del amor no es un abismo, sino una mirada que puede derribarte en un instante. El amor es una experiencia extraordinaria [...]» (p. 235).

[3] En este sentido, incluso la decisión de entablar una relación permanente, en muchos casos, se pospone cada vez más, como si los jóvenes quisieran tomarse tiempo y disponibilidad para probar otras alternativas y prefirieran no tomar decisiones importantes demasiado pronto en su vida. De esta manera, se orientan hacia opciones temporáneas que comportan vínculos transitorios de afectividad y dilatan la integración de su identidad sexual.

Por consiguiente, las relaciones se basan en la inmediatez y con la perspectiva de sacar provecho del momento. Lo único importante es **vivir el presente**. Con la afirmación: «Nos amamos y nos deseamos, por tanto, no hay razón para no hacer el amor», la relación sexual es para la pareja más importante que tener intereses comunes, pasar el tiempo juntos y, aún más, compartir convicciones. Se trata de la fidelidad al presente, al disfrute del aquí y ahora (véase el concepto de «poliamor» de Jacques Attali, 2008). Vivimos en un mundo incierto en el que prima la fugacidad, la evasión y el lema del *carpe diem*. Con tal perspectiva, lo que se vive en el presente no influirá en el futuro, por lo que las experiencias son momentos aislados. Todo lo que antes parecía válido puede no serlo ahora y una relación «para toda la vida» parece algo completamente fuera de lugar.

Por otra parte, se ha acentuado **el valor de la novedad**, el cambio, la velocidad, la movilidad y el zapping. *El imperativo es divertirse y sentirse vivo*. Esto está relacionado con la frase hedonista de «soy yo todo y ahora», el deseo de experimentar, el capricho deseable, la gratificación instantánea. Véase el concepto de «amor líquido» de Zygmunt Bauman (2003).

[4] Por consiguiente, experimentar este tipo de sexualidad no une ni construye un vínculo y no ayuda en la edificación de una relación. Podemos afirmar, sin lugar a duda, que en algunos jóvenes el sentimiento de soledad es hondo, un juego entre **la soledad y la búsqueda de reconocimiento y afecto**. Cuando dejan sus hogares, es para buscar otros vínculos, entre la realidad y la imaginación, fuera del marco familiar, aun-

que no siempre establecen relaciones significativas. En «un mundo sin hogar» (título del libro de Peter Berger *et al.*), la relación afectiva y sexual se convierte en el centro psicoafectivo, la compensación de otras frustraciones.

El reconocimiento afectivo, el deseo de vínculos, de relación, de afecto o de contacto se busca más o menos conscientemente, pero sin vínculos incondicionales.

En los rincones más profundos de la persona, se oculta **una soledad emocional**, que es ausencia de relaciones significativas y una soledad social, es decir, la carencia de relaciones de afiliación que genera el sentimiento de no ser aceptado por los otros, cuando, en el fondo, lo que cuenta más en la existencia es el afecto y el reconocimiento. A todos nos hace falta una figura a quien adherirse, queremos estar «apegados» (vínculo-relación-intimidad).

Otra característica de la juventud es permanecer solteros. Podríamos hablar, entonces, de un amor «fragmentado» dentro de una larga cadena de historias pasajeras y relaciones estables. Probablemente hay mayores exigencias en la elección de la pareja y, a menudo, las separaciones se deben a las grandes expectativas que se habían puesto en ella, o bien, a que la otra persona era una «pareja-objeto» que no correspondía al cariño y a las necesidades profundas.

Una cultura de la satisfacción que apenas presta atención a las consecuencias

[1] Otra de las cuestiones de la sexualidad en la adolescencia se refiere al hecho de que **rara vez se presta atención a los riesgos**. El problema es que el período de la adolescencia tiene una duración mayor y esta exposición a los riesgos dura más años. Los beneficios del comportamiento sexual son inmediatos y seguros, mientras que sus efectos colaterales se producen a largo o medio plazo y son solamente probables (enfermedades, embarazos no deseados, obsesiones y trastornos psicológicos, problemas de salud mental, exposición a situaciones peligrosas como la violencia o los abusos, casos de suicidio...). Los jóvenes subestiman esta dimensión de la salud y la viven con descuido. La mayoría de los adolescentes no se considera de ninguna manera o remotamente en riesgo, si bien, como diremos, este es uno de los rasgos distintivos de la adolescencia.

Cabe recordar, por ejemplo, que en algunos contextos los adolescentes **ven contenidos pornográficos por primera vez alrededor de los 12 años** y que casi 7 de cada 10 de ellos **consumen estos contenidos con frecuencia**. Dicho consumo se lleva a cabo en la intimidad a través del uso de los teléfonos móviles y se focaliza en conteni-

dos en línea gratuitos, basados, en su mayoría, en la violencia y la desigualdad. Para muchos adolescentes, la pornografía es el único recurso para aprender sobre sexualidad; es más, muchos no tienen otra información sobre cuestiones afectivo-sexuales.

En un mundo tecnológico lleno de posibilidades y sin una educación afectivo-sexual incluida en los planes de estudio, *la pornografía se convierte en maestra y en una clínica de la sexualidad para los adolescentes*. El peligro no es que vean pornografía, sino que su deseo sexual se construya sobre la base irreal, violenta e injusta de la ficción. Como también es peligroso que estén convencidos de que no deben tenerse en cuenta el consentimiento, las preferencias y los deseos propios y ajenos.

Algunas de las consecuencias son los casos de adicción a la pornografía; otras, las situaciones de aislamiento que ocasionan dificultades para socializar; en otras ocasiones, la presión que se recibe para realizar lo que se ve y cuando la pareja no lo admite, se recurre a la prostitución.

Las redes sociales también son, a veces, lugares donde la pornografía está presente. Algunos, como Omegle o Only Fans, son utilizados por adolescentes o incluso niños. Entonces, ¿cómo podemos informar, comunicar y educar sobre el amor en la era de Internet, Tinder u OnlyFans? La pornografía, en definitiva, distorsiona la visión de la sexualidad e induce a los jóvenes a creer que las relaciones físicas y afectivas deben seguir lo que ven en el mundo virtual y resultan como modelo. Todo ello trae aparejados muchos problemas.

[2] Un alto porcentaje de los comportamientos de riesgo se produce también **bajo la influencia del alcohol, seguido de las drogas y las sustancias psicotrópicas**. Con las drogas y el alcohol, no solo falta el control, sino también la información y la intencionalidad. Precisamente, dado el estado de conciencia alterado de los implicados, las consecuencias pueden ser relaciones sexuales no claramente consensuadas o muy cuestionables. En las peores derivas, el desenlace de muchas relaciones sexuales puede ser el acoso, la presión, la burda seducción e incluso, en algunos casos, la violación.

Se trata, fundamentalmente, de los mismos, o muy similares, mecanismos psicológicos que se encuentran tanto detrás del consumo de sustancias como del consumo de experiencias sexuales: placer instantáneo, evasión de realidades dolorosas, presión social, etc.

Aunque se refiere al matrimonio, creemos que esta frase es universal:

Toda crisis oculta una buena noticia que hay que saber escuchar afinando el oído del corazón (AL 232).

En párrafos anteriores, hemos intentado, simplemente, releer la experiencia de los jóvenes. En medio de tantas fallas, terremotos y encrucijadas, los jóvenes son, sin embargo, los «centinelas y sismógrafos» (IL 51) de todos los tiempos. Su intuición les permite descubrir verdades fundamentales que, a veces, no son fácilmente evidentes:

- Con su sensibilidad, no dejan de comprender que no podemos comunicar y exteriorizar todo nuestro mundo emocional y sexual, que hay una esfera privada e íntima que hay que salvaguardar.
- Con su sensibilidad, no dejan de percibir que la alegría es mucho más que ir de diversión en diversión, de novedad en novedad, de cuerpo en cuerpo, de experiencia en experiencia, y que las fusiones o los abrazos no consisten en atrapar al otro para poseerlo.
- Con su sensibilidad, no dejan de percibir que el sexo, los juegos sexuales y la mercantilización del cuerpo solo nos dan a cambio soledad; que la monarquía absoluta del sexo devora la vida; que el placer nos anima al apego excesivo y, al quitarnos libertad, hace difícil tomar caminos distintos; y que no hay vida más triste que la de quienes acumulan trofeos y proezas sexuales, sin tener con quién compartir un hogar.
- Con su sensibilidad, no dejan de advertir, entre sus propias crisis, que la sexualidad puede ser algo maravilloso, pero puede ser también dolorosa, incluso destruir por dentro, provocar desolación, deshumanizar y desintegrar si carece de un trasfondo afectivo, identitario y de interacciones interpersonales, culturales y sociales.

La sexualidad es un gran don y una gracia, pero los jóvenes sienten, en el fondo, que si no se vive bien, puede turbar la razón, violar, acosar, destruir, instrumentalizar y hasta entrapar. Los jóvenes viven en medio de nuestro mundo pleno de contrastes: se vive entre las culturas, la familia y el trabajo; entre las religiones y el ateísmo; entre los vínculos y las rupturas; y en medio de una enorme variedad de posibilidades de Internet. Estas encrucijadas, intersecciones e interacciones les abre el camino hacia nuevas ocasiones y nuevos rumbos.

En cuanto componente esencial de los proyectos humanos, la sexualidad cumple también una función personalizadora. Estamos en contacto con este ámbito durante

toda nuestra vida, desde el nacimiento, la infancia, la adolescencia, la juventud, la edad adulta, la madurez y la vejez. La forma en que se desarrolla el proceso varía de una persona a otra, conforme con las condiciones de los distintos contextos sociales, económicos y familiares. A la juventud le hace falta tomar conciencia de que la sexualidad, cuando se utiliza de forma racional, dignifica y humaniza.

«La sexualidad, el sexo, es un don de Dios. No hay tabúes. Es un don de Dios, un regalo que el Señor nos da. Tiene dos objetivos: amarse y generar vida. Es una pasión, es un amor apasionado. El verdadero amor es apasionado (Francisco, Audiencia del 18 de septiembre de 2018).

El papa Francisco nos muestra el camino: «Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, se abren nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, otros modos de vida, signos más elocuentes, palabras cargadas de un nuevo significado para el mundo de hoy» (EG 11). **El camino es siempre el de las raíces y las alas, no solo las raíces (valores) y no solo las alas (libertad).**



EN RESUMEN

Es difícil decir si esta generación experimenta la sexualidad mejor o peor que la anterior; tampoco conviene caer en la tentación de afirmar que «cualquier pasado fue mejor». Solamente podemos descubrir y decir que esta generación vive la sexualidad tal como la experimenta y tomar esto como un punto de partida para posteriores búsquedas y descubrimientos. Acoger y no juzgar, aunque sin renunciar al ideal. Puesto que no todo puede ser definido como positivo o mejorable, es imprescindible **un discernimiento más equilibrado de la realidad** que nos ayude a valorar tanto los aspectos que resultan menos positivos como los más válidos. Dada la relevancia y complejidad del fenómeno en cuestión, el rol que cumple la educación afectiva y sexual es aún más crucial para echar por tierra los mitos, aminorar las distorsiones cognitivas y, sobre todo, acompañar a los jóvenes por la vía de la autenticidad pues solo «la verdad os hará libres» (Jn 8,31).

Hoy en día, detrás de una relación en dificultad e, incluso, de los episodios de desviación, el riesgo es el consumo. La adolescencia, que debería ser la época de descubrimiento gradual del deseo y del cuerpo, se ve desconcertada, no solo por las primeras experiencias, sino por el acceso prematuro a la oferta pornográfica de Internet donde, precisamente, se muestra y practica el sexo

más allá de una relación. Esto puede alterar todo en la mente del adolescente, pues este corre el riesgo de considerar al otro como un objeto de consumo y no como un sujeto de amor. Efectivamente, en la sociedad se considera el «consumo» como un derecho por obtener siempre, en cualquier caso y por cualquier medio. De ahí que el sexo, además de consumo, es visto simplemente como un mero servicio o prestación.

Se hace necesaria una educación a las relaciones para restituir valor al enamoramiento, al romanticismo, a la seducción, a los ritos de paso, a la belleza de los sentimientos expresados a través de palabras y gestos. *Una educación sentimental conduce al conocimiento sano y al amor.*

La complejidad actual de la vida de nuestros adolescentes, determinada por el hecho de que junto a la familia y la escuela existen **contextos de fuerte impacto emocional** (como los vinculados al grupo de iguales, los medios de comunicación, las ofertas de consumo de todo tipo). Actúan sobre su imaginación, que se empeña en perfilar un «yo» ideal que pueda encajar en la realidad. De esta manera, la constelación de posibilidades se enriquece, pero también hace más difícil lograr una integración satisfactoria.

Sin embargo, en el proceso de autoconstrucción, el adolescente no puede prescindir de los padres, profesores y adultos que le ayuden a reconocer y perseguir sus objetivos, a humanizar la vida, siendo coherente consigo mismo y no dejándose llevar por las presiones del mundo que le rodea. Una figura de referencia que le ayude a buscar una dirección hacia la cual encaminarse, a crear relaciones significativas, a planificar el futuro y a consolidar su identidad.

En efecto, nuestra tarea es acompañar a los jóvenes en sus intuiciones y deseos de relacionarse y comprender la jerarquía de sus valores de nuestros contextos educativos. Y aunque los valores cambian, la tarea educativa consiste en acompañar el discernimiento de dichos procesos de transformación. Pese a los antecedentes transmitidos por la sociedad, centrados más en la actividad sexual que en el valor de la sexualidad, es de fundamental importancia **promover una identidad integrada y madura** a fin de que los jóvenes sean capaces de tomar decisiones responsables en su vida sexual y sentimental.



PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Una sensación de malestar, de fatiga, al abordar estos temas, es ciertamente común, también porque se podrían tocar cuerdas personales sensibles o recordar experiencias cercanas propias. Como educadores y adultos debemos ser conscientes de que estos temas no siempre son cómodos y no siempre tenemos preparadas todas las respuestas ni la certeza de que la verdad está solo y siempre de un lado. Las preguntas ayudan a comunicar mejor y son una excelente herramienta para una comunicación eficaz; hacer y plantear preguntas es un arte fundamental que sirve para entrar en la mente y el corazón de los demás (pero también para leer la propia vida), **con una actitud no prejuiciosa, sino de misericordia y de acogida**, primero con nosotros mismos y luego con los demás.

Ecós y preguntas que surgen después de leer este capítulo:

1. Pensando en tu adolescencia y juventud, ¿en qué medida te sientes provocado en general por lo que has leído? ¿Hay elementos en los que te ves reflejado que puedas haber experimentado?
2. Como educador, ¿le das importancia a la escucha activa, empática y sin prejuicios? Intenta evaluar tus puntos fuertes y tus áreas de desarrollo y mejora.
3. En tu opinión, partiendo de la realidad que te rodea, desde un punto de vista emocional y afectivo, ¿qué está cambiando a nivel personal, social y comunitario?

Interrogantes y perplejidades de los adolescentes y los jóvenes

2.1

LA ADOLESCENCIA: LA EDAD DE LOS SUEÑOS CON LOS OJOS ABIERTOS

[1] Es importante contextualizar el período de la adolescencia y la juventud a través de los aportes de la psicología del desarrollo, integrando la influencia y la interacción de las dimensiones física, social, emocional, cognitiva y espiritual de cada joven junto con los entornos en los que vive cotidianamente (algunas de los cuales se desarrollan en nuestro texto). Todo esto puede ayudar a generar instancias de acompañamiento propositivo.

Definir la adolescencia no es tarea fácil. Se trata de un período decisivo del desarrollo humano que, si se vive bien, permite sentar las bases para el crecimiento armonioso de la personalidad. Es una fase en continua transformación, ligada más que ninguna otra fase a los cambios culturales y sociales. Sus límites son tan difíciles de determinar que han dado lugar, a lo largo de años de estudio, a diversas definiciones e intentos de delimitación temporal.

La adolescencia, del latín '*adolēscere*', crecer, desarrollarse, representa uno de los momentos más frágiles de la vida humana en el que no se es ni niño ni adulto, sino que se siente, por un lado, la necesidad de renegar de la infancia y de todo lo que pertenece a la niñez y, por otro, se busca una identidad estable como adulto.

Por lo general, **los primeros comportamientos típicos de la adolescencia surgen a partir de la preadolescencia, en torno a los 11-12 años**, aunque ya a los 10 años se empiezan a mostrar los pequeños cambios que la caracterizan. Durante esta etapa, el preadolescente suele tener curiosidad por adquirir conocimientos sobre cualquier tema, para luego convertir sus intereses en acción; prefiere interesarse por lo concreto y presente; además, tiende a mantener inalterada su relación de estima y amor incondicional hacia sus padres.

Posteriormente, comienza, sin embargo, una fase más delicada y transformadora, que podemos definir, como «adolescencia», es decir, ese período de la vida entre la infancia y la edad adulta, durante el cual se producen una serie de *cambios radicales que afectan a la maduración biológica, al desarrollo cognitivo y a las relaciones y los valores sociales: cuerpo, mente y comportamiento.*

De un modo indicativo, se puede decir que la adolescencia comienza con la pubertad y termina con la consecución de la capacidad de establecer una relación emocional duradera y la capacidad de orientarse hacia un determinado campo profesional.

[2] Hasta los años setenta, sobre todo a partir de estudios de casos clínicos, se consideraba esta edad como un período de profunda crisis y conflicto. En cambio, según estudios más recientes y desde una perspectiva psicosocial, se trata de una fase en la que, si bien hay que afrontar tareas arduas y laboriosas, a veces dolorosas, estas se distribuyen, en la mayoría de los casos, a lo largo de los años, por lo que, con posibles buenos resultados y gracias a la guía de los adultos, pueden afrontarse de una en una.

Las tareas de desarrollo acompañan y caracterizan todo el ciclo vital como ámbitos en los que la persona se ve abocada a comprometerse para alcanzar aquellas competencias (cognitivas, afectivas y relacionales) que le permitan superar la fase que está atravesando y entrar en la siguiente. La tarea de desarrollo de los adolescentes, que puede adoptar la forma de cometidos específicos y diferenciados en función de las culturas a las que pertenecen, es la de construir de forma autónoma su propia identidad, que es individual, pero, al mismo tiempo, social.

Pero ¿qué tareas de desarrollo?

a) **Percepción del yo corpóreo.** Uno de los primeros y más influyentes acontecimientos que afectan al adolescente es la transformación del cuerpo. Es importante recordar que la adolescencia coincide con el período de la pubertad, es decir, un período en el que se producen numerosos cambios físicos, especialmente en lo que respecta a los caracteres sexuales. Estos cambios no suelen ser fáciles de aceptar para el adolescen-

te que, inevitablemente, se enfrenta a ideales de belleza cada vez más reconocidos como prioritarios. Estas comparaciones suelen generar sentimientos de inadecuación y vergüenza, sentimientos que luego se experimentan en la interacción con los compañeros. **La PRIMERA tarea de desarrollo del adolescente consiste, entonces, en la aceptación del cuerpo sexual.** Este cuerpo es algo que hay que cuidar, por lo que el adolescente pasa de sujeto pasivo de los cuidados y atención de los padres, a ser protagonista de cómo tratar su propio cuerpo.

b) Separación/identificación. Uno de los mayores retos para el adolescente es independizarse de sus padres, no solo desde el punto de vista familiar, físico y social, sino también afectivo. En este proceso, el adolescente se ve movido por sentimientos contradictorios: por un lado, siente un impulso que le motiva a tomar una dirección distinta a la original, un impulso para lograr la independencia de las representaciones mentales que tiene de sus padres; por otro lado, sin embargo, sigue sintiendo la llamada de la profunda unión experimentada durante la infancia con las figuras parentales. **La SEGUNDA tarea evolutiva por realizar en la adolescencia es el proceso de separación de los padres,** un proceso que favorece la construcción de una identidad privada y personal.

Es importante hacerse autónomo de los padres. El proceso es muy largo y, a menudo, el adolescente y el joven oscilan entre la autonomía y la dependencia. Los padres pueden acelerar u obstaculizar el proceso de autonomía. Por ejemplo, el establecimiento de una nueva familia, con la entrada de una nueva pareja, puede acelerar el proceso de independencia.

c) Identidad. El adolescente no elige el proceso de transformación de su cuerpo, pero percibe el paisaje interno que habita en él: sensaciones, emociones, pensamientos. En esta esfera, al menos, puede ejercer su control, ¡se convierte en el dueño de su mente! *El pasaje de la no elección a la elección está, precisamente, allí donde se construye a sí mismo, su nueva identidad.* Por ello, la **TERCERA tarea evolutiva: la construcción de la propia identidad.**

d) Reconocimiento del yo. Establecer un contacto con los contenidos mentales personales permite reconocerlos como propios y darse cuenta de que pueden ser diferentes de los de los demás, o similares, pero los míos son míos y los de otro son de otro. Esta es la **CUARTA tarea evolutiva: percibirse a sí mismo como un sujeto distinto y único** para captar las emociones, entenderlas, pensar en ellas. Solo cuando establezco un contacto con las emociones, las pienso, las rechazo o las identifico, les doy un sentido y comprendo así mi experiencia interior. ¡Así es como me conozco a mí mismo! Durante esta etapa, los jóvenes comienzan a entrenarse para reconocer sus emociones.

e) Nacimiento social. Cada adolescente está llamado a definir su rol en el contexto en el que vive, un rol que puede indicar la dirección que debe tomar para construir su futuro. La construcción del propio yo social tiene lugar, principalmente, a través de las relaciones con los compañeros. Por eso la escuela y los deportes/aficiones son las realidades en las que los adolescentes se enfrentan a este reto. A la luz de esta observa-

ción, podemos entender por qué la escuela, los eventos sociales y los centros juveniles desempeñan un papel tan central para los jóvenes. **La confrontación con los demás es, precisamente, la QUINTA tarea evolutiva.**

f) Definición de valores. Para construir su propia identidad, el adolescente debe elegir también los valores de referencia que constituirán su propio sentido ético y sus ideales. La búsqueda de valores tiene lugar a través de los encuentros con los demás, en particular, con figuras distintas de los padres, por ejemplo, profesores, entrenadores, amigos, sacerdotes, etc. A partir de estos encuentros, el adolescente tiene que realizar una síntesis que le permita **crear su propio sistema de valores, la SEXTA evolutiva.** Este proceso es hoy más complejo que hace unas décadas, ya que las personas son bombardeadas desde la infancia por diferentes modelos de valor, muchos de ellos también lanzados por estrategias de *marketing*, a través de los medios de comunicación de masas e Internet. Dicha amplitud de opciones puede hacer que el proceso de síntesis para crear una línea ética propia sea más agotador y dispersivo.

La expresión de la afectividad y la sexualidad no son únicamente lo que tiene que ver con el cuerpo cambiante, sino que representan algo más complejo. También son el resultado de la transmisión de valores culturales y familiares, no solo de valores morales, es decir, lo que está bien o lo que está mal, sino, sobre todo, de los «valores de relación», que implican, necesariamente, estar en relación con el otro. Si logramos entender que la sexualidad conlleva esta riqueza y complejidad, podremos comprender fácilmente que la primera forma de educación sexual crece dentro de un buen vínculo con y entre las figuras parentales y, por tanto, comienza cuando los niños entran en la pubertad; las transformaciones del cuerpo exigen la explicación de los padres sobre lo que está sucediendo, ya desde la edad infantil.

Queda claro que **esta etapa de la vida, pese a sus características de ambigüedad e incertidumbre, es funcional y necesaria para crecer y afrontar el mundo real.** Es la época en la que se aprende a relacionarse de diferentes maneras según los contextos, a ser tolerante e inclusivo, a entender las necesidades de los demás de diferentes maneras según el entorno social. Es la fase, que continúa en la juventud, en la que se identifican los objetivos y se toman decisiones vitales en el ámbito laboral, social y sentimental. Tener un proyecto de vida es fundamental, pero también lo es poder cambiar de dirección: de hecho, algunos objetivos no se consiguen, otros se sustituyen por otros. En este sentido, la orientación de un adulto de referencia que sepa escuchar, aconsejar y guiar es fundamental.

El ser humano necesita sentirse «seguro» antes de sentirse vulnerable. Sin embargo, la vulnerabilidad es la cuna del amor, la pertenencia, la alegría, el valor, la empatía, la responsabilidad y la autenticidad.

El término «vulnerabilidad» da cuenta de la fragilidad y la riqueza de la vida humana: dependemos de los demás en todo momento. Desde que nacemos, somos sujetos frágiles que necesitamos que otro nos acoja y proteja. **La vulnerabilidad es la condición de la interdependencia:** nuestras vidas son compartidas. Esto lo experimentamos en la época de la pandemia a causa del Covid-19.

«Una tormenta inesperada y violenta nos ha tomado desprevenidos y nos hemos encontrado en la misma barca, frágiles y desorientados, aunque, al mismo tiempo, importantes y necesarios para remar juntos y confortarnos mutuamente. En esta misma barca estamos todos. Y nos damos cuenta de que no podemos seguir adelante cada uno por su cuenta, sino todos juntos. Nadie se salva solo» (Francisco, Plaza San Pedro, 20 de marzo de 2020).

Son las emociones las que nos hacen vulnerables y aparentemente más frágiles. «*Toda emoción, por definición, nos hace vulnerables, cambia nuestro cuerpo, nuestra experiencia consciente, nuestro funcionamiento cognitivo y nuestro mundo de necesidades*» (Jódar, 2013, pp. 81-98). Las emociones como tales no tienen un valor moral, por ello es saludable concedernos el permiso de poder sentir las y de animarnos a reconocerlas.

Al hacernos conscientes de ellas, también podemos regularlas, expresarlas y transformarlas en un medio de relación con los demás. Efectivamente, las emociones, en sí mismas, no son «ni buenas ni malas», no obstante, si están bien «educadas», aprendidas y concientizadas, adquieren un significado adaptativo, porque conocerlas e integrarlas a nuestra conciencia, nos hace más asertivos y empáticos, incluso con nuestras propias fragilidades.

El amor, por ejemplo, nos hace más vulnerables porque nos expone a la fuerza de su emoción, al miedo al rechazo, a los celos, a la dependencia emocional, a la posibilidad de estar fuera de control y al riesgo de ser herido o no correspondido.

Por eso no podemos hablar de emociones buenas y malas, en sentido moral, sino positivas y negativas, según el tipo de afecto que generen, o funcionales y disfuncionales, según seamos capaces de gestionarlas o no. Las emociones son, moralmente, neutras, pero nos ofrecen información sobre lo que nos ocurre y cómo lo estamos viviendo. Otra cosa es lo que decidimos hacer con lo que sentimos, y es ahí donde está en juego la moral.

El vínculo nace en la vulnerabilidad

Los seres humanos no son islas. Los vínculos primarios y afectivos son esenciales y constitutivos del ser humano, «forman parte del desarrollo humano normal que, si bien implica una falta de individualidad, confieren también seguridad y orientación al individuo» (Fromm, 2002). Vivir con vínculos afectivos nos hace felices, nos valoriza y nos hace madurar. **Los vínculos nos hacen más pacíficos, amables, comprensivos, sanos y felices.** Es en las relaciones vivas donde nos hacemos responsables, amamos, maduramos, nos reconocemos y cuidamos.

Los vínculos siempre requieren una elección, una forma de relacionarse, una respuesta al otro. Nuestros vínculos nacen en la vulnerabilidad. Lo que nos humaniza no es estar «ciegos» o «sordos» a la llamada del otro, lo que humaniza es mirar y escuchar: apuntar a la calidad relacional, a la confianza mutua, al respeto de las diferencias y a la promoción de la autoestima. **Es importante asumir la vulnerabilidad como una condición común y como el lugar original de vínculos profundos entre los seres humanos.**

La vulnerabilidad es sentirse frágil y «abrirse» a la posibilidad de crecimiento y aceptación. Por tanto, *la vulnerabilidad no es pasividad, sino apertura a la posibilidad de encuentro y comunión.* Podría definirse como un «hospital del corazón», que tiene la capacidad de «acoger» y «recibir» todo en su pureza, pero también de «liberar», ayudando a salir al encuentro del otro.

No es casual que, en el ámbito de la fe (y de la psicología de la religión), el tema de la vulnerabilidad se refiera al reconocimiento y la aceptación de nuestra condición de criatura humana.

La vulnerabilidad significa que cualquiera puede ejercer violencia sobre mí. Sin embargo, la exposición a la vulnerabilidad no es igual para todos puesto que, aunque partamos de la misma vulnerabilidad, inherente a la condición humana, se vive de forma desigual. No debemos negar la vulnerabilidad (la nuestra y la de los demás), sino reconocerla.

Vínculos y corporeidad

El redescubrimiento de la vulnerabilidad también está profundamente ligado a la integración de la corporeidad y la relación. ¿Es posible educar y cuidar a alguien evitando el contacto físico, manteniendo la distancia? Nuestra respuesta sobre la legitimidad de lo dicho es negativa: no es posible curar a distancia, sin contacto, sin corporeidad.

Por otra parte, **la vulnerabilidad está vinculada con una «inclinación» a proteger físicamente al sujeto más frágil.** Como ha señalado a menudo el filósofo y académico

francés de origen judío-lituano, Emmanuel Lévinas, sufrir por otro es cuidarlo, soportarlo, ponerse en su lugar, consumirse por él. No podemos permanecer pasivos o inmutables ante la vulnerabilidad de los demás, sino que debemos responder con solidaridad.

La propia parábola del buen samaritano (Lc 10:29-37) no es principalmente una historia moral sobre cómo debemos tratar a los demás, sino la historia central de nuestra propia redención, es decir, lo que Cristo ha hecho por nosotros. Estamos llamados, en un reconocimiento mutuo, a *ver en Cristo al que se ha hecho vulnerable por nosotros para que podamos ser salvados*.

De hecho, las tres primeras acciones del buen samaritano son ver, detenerse y tocar. En ellas se esbozan las tres primeras acciones de misericordia. La práctica de la misericordia es la inclinación, el cuidado para curar las heridas. Para Jesús, mirar y amar eran lo mismo: el samaritano se acerca, vierte aceite y vino, venda las heridas del hombre, lo monta sobre su propia cabalgadura y lo lleva a un puesto seguro.

Sin la compasión, no podemos comprender los sufrimientos ni las alegrías de los demás, no somos capaces de indignarnos ni percibir las injusticias. Los «analfabetos sentimentales» quedan fuera de los ámbitos del sufrimiento y la felicidad, el encuentro y la humanidad, la moral y la justicia.

La vulnerabilidad y sus implicaciones sociales

[1] Llegamos a la existencia a través del otro (que nos ha engendrado) y adquirimos una identidad mediante nuestra relación con la alteridad. **Esto significa que, en la construcción de nuestra identidad, somos inseparables del otro.**

No estamos atados unos a otros porque somos seres racionales. Antes de la capacidad de pensar, compartimos, por el hecho de existir, la interdependencia, la sociabilidad, la corporeidad y la vulnerabilidad.

Estamos vinculados porque desde que nacemos **vivimos expuestos unos a otros, necesitados de reconocimiento.**

Para Lévinas, la responsabilidad hacia el otro, que nace de la preocupación, es «más antigua que cualquier pecado» (Lévinas, 2004, p. 225). Es decir, *somos responsables antes de ser libres*. El otro cuestiona mi libertad y despierta mi conciencia moral. El otro cuestiona mi libertad al mismo tiempo que me la propone: me obliga a posicionarme ante él.

[2] También somos sujetos lingüísticos en la medida en que necesitamos el lenguaje para interactuar (ya sea en forma de discurso o no). Nuestra primera inmersión en el discurso lingüístico es el momento en que nos nombran al nacer y nuestra identidad em-

pieza a tomar forma, ligada a un nombre. A pesar de su carácter general, el nombre nos da singularidad. Más importante que el nombre que recibimos es el nombre que nos damos a nosotros mismos y la forma en que respondemos a la pregunta: ¿Quién eres? ¿Influyen en nuestra identidad los nombres que nos dan? ¿Nos reconocemos en ellos?

El reconocimiento es el principio de la existencia social puesto que nos introduce en el lenguaje como sujetos que pueden hablar (y nombrar a otros). En el encuentro con el otro, se nos define y nos definimos a nosotros mismos. Es entonces cuando *podemos estar encasillados (y etiquetados) en conceptos en los que no nos reconocemos.*

Por consiguiente, no somos ni dueños ni meros productos del lenguaje, más bien, **somos vulnerables a la forma en que los otros nos nombran.** Necesitamos el lenguaje para existir socialmente (igual que necesitamos relacionarnos con los demás), pero una utilización nociva del mismo puede hacer daño. Esto explica que, a veces, admitamos ciertos insultos, porque al menos nos introducen en el discurso social y nos dan un lugar en el espacio público («Hate speech» o discurso del odio). Básicamente, es preferible ser subestimado que no ser tenido en cuenta en absoluto.

[3] El lenguaje ofensivo puede manifestarse con una descripción, con el silencio o con un nombre. En este sentido, los insultos son más llamativos, pero también el silencio o ciertos eufemismos pueden ser una forma de ofender una realidad que no se quiere reconocer. **El lenguaje que oprime u ofende no solo es señal de violencia, sino que en realidad es una agresión.** Como hemos señalado antes, ser nombrados nos constituye. Esto significa que necesitamos el nombre, pero no la ofensa.

El insulto es la palabra con la que se nos hiera. Pero no solo herimos con las palabras, también podemos herir con el tono en el que hablamos o sin tener en cuenta el contexto. Un nombre nos permite entrar en el discurso, pero nos degrada y perturba sin poder reaccionar cuando se utiliza como insulto. Quien es herido por el lenguaje, ve minado su valor y se hace visible la fragilidad de su posición social. En el caso de los jóvenes, esto es significativo, ya que están en el proceso de buscar significado a su personalidad. El hecho de que nos consideren nos introduce en el circuito del reconocimiento social, a diferencia del rechazo que puede llevarnos a sentirnos usados, dejados de lado o etiquetados como personas insignificantes y de escaso valor.

Debemos responsabilizarnos de nuestras palabras, porque pueden condicionar nuestra existencia y la de los demás. Somos parte del lenguaje y no podemos desconsiderar la responsabilidad inevitable de nuestra manera de usarlo. ¿Quién es el responsable del insulto convencional: el que lo creó o el que lo sigue pronunciando? Tal vez yo no sea responsable del origen del insulto, pero sí de su repetición.



PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Ecos y preguntas que surgen después de leer este capítulo:

1. Mirando inevitablemente el cuerpo (forma física) de los demás compañeros y amigos y, a la vez, los modelos sustancialmente perfectos físicamente que propone la sociedad del consumo y de la apariencia, ¿podríamos pensar en educar a los jóvenes en la belleza de las imperfecciones, como algo exclusivo que les caracteriza de forma original? ¿Cómo?
2. No solo el lenguaje no verbal sino también el verbal es importante, ya que el primero puede estar cargado de significados, de aprecio, de gratificación, pero también de ofensa o de humillación. ¿Cuánto cuidas, como educador, tu forma de hablar? ¿Crees en la importancia de un lenguaje y una actitud honestos, sinceros, respetuosos, auténticos y atentos a los juicios? ¿Crees que puede tener sentido educar en este aspecto?

Un breve viaje por el amor, la afectividad y la sexualidad

El debate sobre la educación al amor, la afectividad y la sexualidad se entremezcla con múltiples estudios de diferentes enfoques. La clave como educadores es, precisamente, asumir **una concepción antropológica adecuada que arroje luz sobre la complejidad de sus dinámicas**. Estas páginas están dedicadas a quienes se enfrentan con la exigente tarea de educar a los jóvenes hacia una visión serena y real del amor, la afectividad y la sexualidad.

3.1 PARA ENTENDER ESTE CAPÍTULO

La diferencia entre el hombre y la mujer es hoy en día objeto de debate por parte de las distintas ciencias humanas que, al poner en duda la diferencia natural entre hombre y mujer, reivindican el derecho, incluso desde el punto de vista jurídico, de redefinir la diferencia de otra manera. Ante este panorama, no solo no permanecemos indiferentes, sino que nos enfrentamos a la tarea de intentar **ordenar los conceptos y delimitar el ámbito de las teorías y reflexiones** que, en este caso, es un campo de investigación variado y delicado. Es conveniente que, como educadores, recordemos críticamente estas principales categorías en curso que definen la identidad sexual humana.

La dimensión afectiva está íntimamente interrelacionada y nos permite englobar lo corpóreo y lo genital, lo espiritual y lo emocional, la inteligencia y la comunicación. Al representar la «columna vertebral» de la persona, el desarrollo de niños, adolescentes y jóvenes debe ser afrontado también en este campo de la educación afectiva.

Como educadores en línea con los principios cristianos, estamos llamados a acompañar a los jóvenes diciendo no a la ideología y sí a la investigación, no a la discriminación y sí al acompañamiento, no a la antropología de la «neutralidad» y sí a la antropología de las diferencias (cf. MF).

Sin embargo, para dialogar con otras instancias, es necesario comprender **el mapa de los principales conceptos que atañen a la esfera afectiva y sexual** de los adolescentes, sin la pretensión de elaborar un manual sistemático e integrado.

3.2 EL AMOR ES POLIFACÉTICO

La persona no se limita a «tener» relaciones, sino que, a imagen del Dios uno y trino, «es» relación. En el origen de todo el Misterio de Dios está la relación.

Desde el punto de vista antropológico, sin vínculos sociales, emotivos e interpersonales, el desarrollo de la persona como tal es incompleto e inadecuado. En el proceso de desarrollo de estos vínculos, su principal motor es la emotividad positiva, especialmente cuando se trata de emociones y sentimientos de afiliación, cuidado y protección donde el amor es esencial (Orehek, E., *et al.*, 2017).

El amor es el corazón y lo que permite la relación entre las personas. El amor aparece como revelador del yo y como revelador de la unión entre el yo y el tú. El amor conduce a la empatía y esta nos ayuda a captar la esencia vital del otro con el que entablamos una relación.

El amor que conduce a la comunión no puede definirse con un concepto único y universal, por tanto, podemos encontrarlo bajo diferentes expresiones. No siempre es fácil descifrar lo que se pone en marcha cuando advertimos que amamos, pues implica intimidad, sentimientos compartidos, afinidad y confianza, pero también compromiso, fidelidad y responsabilidad. *El verdadero amor siempre comporta un respeto y una aceptación de otro, y ello deriva del reconocimiento de la dignidad intrínseca que lo habita.*

Exploremos, pues, brevemente, los componentes del amor.

Corporeidad del amor

La «corporeidad del amor» exige prestar atención al llamado lenguaje del cuerpo. Estamos llamados a desarrollar relaciones profundamente humanas, sin tener miedo de amar también con el cuerpo, manifestando **ternura y cordialidad**, lo cual no significa sentimentalismo. Dios mismo ha querido hacerse carne (*sarx*) para poder tocarnos y ser tocado por nosotros, para morar entre nosotros (*Jn* 1,14). Jesús expresó la corporeidad del amor de diversas maneras, desde tocar y dejarse tocar, hasta lavar los pies y darse como alimento: desde las bodas de Caná hasta la Última Cena. Por consiguiente, la corporeidad del amor también estará en juego en el juicio final, donde Cristo se reconocerá en el cuerpo de los hambrientos, los desnudos, los encarcelados, etc. Mateo (25,31-46) recuerda a los cristianos de todos los tiempos las últimas consecuencias de su encarnación, es decir, la corporeidad del amor.

Psicología del amor

«Solo se ve bien con el corazón» (Antoine de Saint-Exupéry) es un concepto profundamente bíblico. Dios lo pide como primer y fundamental mandamiento, exigiendo ser amado «con todo el corazón». **Pero para amar con todo el corazón, primero hay que dejar que el corazón sea afectado.** No conviene olvidar que el corazón bíblico (לֵב, *leb*) es la sede del pensamiento, la voluntad, las emociones y las motivaciones, y no solo el corazón del romanticismo del siglo XVIII. Un buen ejemplo de ello es el buen samaritano que, a diferencia del sacerdote y el levita, «vio y se compadeció». La psicología del amor es ver *más allá* de las apariencias, ver *en el interior*, comprender y compadecerse. No se trata de un conocimiento epidérmico, sino de una comprensión profunda. Un ejemplo lo encontramos en el Buen Pastor que llama a las ovejas por su nombre, las conoce personalmente, una por una (*Jn* 10,3). Conocer es simpatizar e incluye «deponer» el propio mundo y puntos de vista.

En palabras de Robert Sternberg (2014), **el amor es una de las más intensas y potentes emociones humanas**, a través de la cual se puede llegar a las relaciones estables, con tal de que se comprenda cómo se diferencia de otros sentimientos, estados y procesos como el enamoramiento, la amistad, el cariño o la ternura. De acuerdo con Sternberg, el amor se explica sobre la base de tres pilares que forman una triangulación indisoluble e interdependiente: la intimidad, la pasión y el compromiso. Estos tres componentes surgen y se despliegan con diferentes ritmos, siendo algunos más rápidos e intensos al inicio de las relaciones para luego estabilizarse, mientras que otros, como el compromiso, se establecen de manera paulatina y se fortalecen en función del desarrollo de la relación.

Espiritualidad del amor

Este título no debe entenderse con una perspectiva espiritualista. En su significado fundamental, «espiritualidad» se refiere al «espíritu», es decir, a lo que en el hombre constituye el elemento supremo y unificador, que en la perspectiva bíblico-cristiana es la participación del Espíritu Santo, Amor eterno y sustancial que une mutuamente al Padre con el Hijo. La relación está en el origen de todo. **La espiritualidad es una dimensión que da al ser humano la capacidad de entrar en armonía con Dios y con Él ir hacia los demás.**

Es el amor incommensurable y gratuito del Padre que Jesús nos entregó en la cruz, ofreciendo su vida por nuestra salvación. Este amor, por la acción del Espíritu Santo, *ha irradiado una luz nueva en la tierra y en cada corazón humano que la acoge*; una luz que revela los rincones oscuros y las dificultades que nos impiden dar los buenos frutos de la caridad y la misericordia.

El Espíritu Santo es una presencia íntima, pero al mismo tiempo envolvente, llena de ternura, que se recibe y percibe a través de la experiencia del silencio y la oración interior. Capturado por la fuerza creadora del Espíritu, el amor en acción, el Espíritu nos impulsa a ensanchar nuestro corazón, suscita la comunión, sigue operando en la historia del mundo y en la nuestra personal, hecha de pequeños y grandes gestos. Es en esta donación, precisamente, que nuestra vida se ve interpelada. Por tanto, la «espiritualidad» es el dinamismo que orienta y unifica las diversas expresiones del amor.

3.3 EL ABECÉ DE LA AFECTIVIDAD Y LA SEXUALIDAD

La afectividad = capacidad de comunicar y recibir amor

[1] Emociones, sentimientos y estados de ánimo son palabras que se utilizan habitualmente como sinónimos, pero que hacen referencia a diferentes aspectos de la afectividad.

- Las *emociones* son reacciones momentáneas de gran intensidad que van acompañadas de manifestaciones neurovegetativas, como sudoración, temblor, rubor, etc.
- Las emociones son más elementales, pero al ser elaboradas por la persona, se transforman en *sentimientos*. Se interpretan, pues, en el pensamiento según los conocimientos previos y el sistema de creencias de la persona. Los sentimientos, a su vez, remiten a estados afectivos relativamente de larga duración, pero, al mismo tiempo susceptibles de modificación en el tiempo.

- El término *estados de ánimo* se refiere a los rasgos emocionales casi estables y recurrentes que derivan de nuestro temperamento y de las características de nuestra personalidad. Los estados de ánimo no son reacciones puntuales y estímulos definidos como las emociones, sino, más bien, la tonalidad afectiva de base que distinguen los sentimientos de fondo con los que una persona tiende a acercarse al mundo.

La afectividad es una dimensión fundamental del desarrollo humano y abarca **un conjunto de emociones, de estados de ánimo y sentimientos hacia personas, situaciones o estímulos que influyen en las acciones humanas, el comportamiento y las maneras de relacionarse, establecer vínculos, divertirse y amar.**

Por tanto, nuestra afectividad, en efecto, influye y está profundamente influenciada por las relaciones que conforman y nutren el tejido de nuestra personalidad. Como veremos más adelante, resulta fundamental ayudar a los jóvenes a construir y valorar relaciones profundas en las que puedan aprender a gestionar su propia afectividad y desarrollar una buena inteligencia emocional. Es necesario, entonces, comprender los procesos y las dinámicas internas que se producen en la vida cotidiana.

¡Somos seres humanos!, lo repetimos. Y como tales, vivimos de relaciones, nacemos de una madre, vivimos en una comunidad. *Nuestra necesidad más básica, además de la subsistencia, es la seguridad emocional, que incluye la experiencia de ser aceptados incondicionalmente (te quiero, te acepto y te apoyo tal y como eres), amados con afecto (calor, caricias, abrazos que producen conexión), apreciados (estimados) y cuidados (disponibilidad, dedicación) por personas que percibimos como fiables.*

A un mismo nivel está la necesidad de «amar» («amar» y «ser amado», dos necesidades psicoafectivas básicas en el ser humano), así como las necesidades básicas de comer, beber y evacuar en el nivel biológico. En el recién nacido y en los primeros meses de vida, ambas necesidades, biológicas y psicoafectivas, pueden mejorar la vida o empeorarla.

En su carta de 1884, Don Bosco afirmaba que los jóvenes no solo debían ser amados, sino que ellos mismos tenían que darse cuenta de que eran amados. Aquí encontramos la certeza de que no basta con ser aceptado, hay que estar seguro de serlo. No basta con ser valorado, hay que sentirse apreciado. Si en los jóvenes no se satisface esta necesidad, vivirán abandonados, solos, marginados, rechazados, aislados e impotentes. Es necesario poder expresar aprecio y afecto, ya que se deben satisfacer ambas direcciones (dar y recibir) para que haya integración.

[2] Una de las primeras y cruciales tareas a las que se enfrenta un niño, desde el punto de vista relacional, es entablar un **vínculo de apego** con su cuidador principal, la madre u otra figura (véase la teoría del apego de John Bowlby y su posterior evolución en la psicología del desarrollo). El apego y el desarrollo emocional, en particular, están vinculados

a un desarrollo emocional y sexual saludable. Por tanto, el vínculo de apego se define como una relación duradera y emocionalmente significativa con una persona concreta. Necesitamos figuras de apego para tener seguridad, pertenencia y crecimiento.

De las figuras de apego se aprenden actitudes hacia la vida afectiva; se aprende asimismo a interpretar lo que se puede esperar del mundo, de la vida, de las personas, de las relaciones; lo que concierne la igualdad de derechos y la complementariedad humana entre los géneros; se aprende también el respeto, las formas de expresar el afecto, el lenguaje, la intimidad.

Por consiguiente, en los estilos de apego y de gestión de la afectividad, así como en los estilos de amar y sentirse amado existe una relación. El estilo de apego seguro es, de hecho, más autónomo, tiene mayor capacidad de intimidad y compromiso, y de satisfacción y estabilidad; tiene menos conflictos y más soluciones, es más positivo y capaz de humorismo, con menor necesidad de aprobación.

Cuando los niños son pequeños, aprenden a modular sus propios estados emocionales a través de los de sus padres. En otras palabras, tienden a comprobar que los adultos significativos que les rodean sienten lo mismo que ellos y, por tanto, tienden a imitarlos. Vigotsky (1987) sostiene que la imitación es, además del juego, una de las formas fundamentales del desarrollo cultural del niño y se produce en proximidad de sus padres y personas de referencia. Solamente este reflejo mutuo les permite aprender a construir un mecanismo interior eficaz y competente.

Es deseable que **esta sintonía empática continúe, primero en la preadolescencia y, luego, en la adolescencia** (Palmonari, 2011), como ya se ha visto anteriormente, en figuras de referencia, relaciones intensas y enriquecedoras, disponibilidad a la escucha e interpretación adecuada de las necesidades y los deseos de quien afronta un camino de crecimiento. El descubrimiento de los propios órganos reproductores y su utilidad, la fantasía sexual, el autoerotismo, el deseo y el descubrimiento del placer son aspectos que forman parte de un proceso normal de autoconocimiento y desarrollo psicosexual del individuo, especialmente durante la pubertad.

En ausencia de un control adecuado y de una gestión eficaz de sus emociones —hoy en día hablamos de «autorregulación emocional»—, los impulsos internos de los adolescentes están a merced de «fuerzas internas oscuras». Pueden quedar atrapados en comportamientos regresivos, buscando fuera de sí mismos objetos, sustancias y situaciones dotados de poderes «mágicos» a los que acaban confiando la gestión de su yo y de su vida.

[3] Por todo ello, necesitan también, para no vivir socialmente aislados y aburridos, ampliar su mundo con sus compañeros y la comunidad. Necesitan **pertenecer a un grupo, compartir proyectos, divertirse juntos y entablar amistades**. Los amigos

constituyen relaciones voluntarias que requieren reciprocidad y que, por tanto, obligan a los muchachos a salir de sí mismos. Necesitan experimentar el deseo de disfrutar de la emoción y el placer del contacto, de la intimidad amorosa, de sentirse comprendidos, de la conexión emocional, de la capacidad de expresar y comprender las emociones compartidas que dan lugar al apego y al cuidado mutuos.

Desde la perspectiva del desarrollo, las relaciones de amistad en la infancia y adolescencia aportan elementos clave para el desarrollo socioemocional, no solo a través de las interacciones positivas entre amigos, sino también a través de los conflictos y las tensiones que pueden surgir. Se refuerzan de este modo aspectos cognitivos, emocionales y sociales que se ponen en juego a través de las distintas actividades que comparten los grupos de amigos en las que reconocen aspectos comunes y diferencias. Las dinámicas que se instalan como prácticas regulares entre amigos impactan de esta manera en el desarrollo de la identidad, el autoconcepto positivo, la autoestima, las estrategias de resolución de crisis, la autonomía y la forma en que reciben y ofrecen apoyo social.

En ocasiones, surgen entre amigos circunstancias que favorecen el aprendizaje social, impulsado por la oportunidad de tomar conciencia de las diferencias y similitudes interpersonales. Los desacuerdos y las críticas dentro de los entornos protegidos emergen como dispositivos de aprendizaje importantes cuando contribuyen a la regulación de las emociones.

Construir una relación madura, comprometida y amorosa, es, quizá, una de las tareas de desarrollo más compleja. Es en la capacidad de relación donde las personas van dejando evidencias de su madurez psicoafectiva.

El amor se expresa en forma de enamoramiento, que es muy diferente del amor real, no solo como atracción física, sino también y, sobre todo, como un bagaje pleno de riqueza emocional. **El enamoramiento o infatuación se limita a los elementos externos de la pareja**, que gusta por su atractivo, por el modo como se comporta y se controla, mientras se descuidan los aspectos profundos y espirituales. En este caso, el amor no se refiere a la persona valorada por su singularidad, más allá de sus limitaciones, y no se reduce al deseo recíproco. Por otra parte, muchas veces el enamoramiento no se refiere siquiera a la persona concreta, sino a la imagen o proyección que se realiza de ella o sobre ella. En cambio, como vamos a ver más adelante, el amor profundo conduce al amor fecundo, un amor que se extiende, se irradia, se expande y se abre a los demás.

Las motivaciones que impulsan a los jóvenes a iniciar una relación de pareja también varían según el sexo. Como escribe G. Pietropolli Charmet (2000), para las chicas, la necesidad social de visibilidad parece ser una motivación significativa a la hora de

elegir pareja y, al mismo tiempo, están muy influidas por el deseo de sentirse amadas y admiradas. Para los varones, en cambio, la relación de pareja puede generar, a veces, sentimientos de miedo y ansiedad: por un lado, está el deseo de actuar en términos de cortejo y habilidades masculinas; por otro, la relación de pareja puede conllevar el riesgo de ver comprometidas muy pronto la libertad y autonomía que se acaban de conquistar.

En resumen, *la afectividad se vive en tres dimensiones: la dimensión relacional, la dimensión amorosa y la dimensión sexual.* Ahora vamos a examinar esta última.

En alas de la libertad responsable: el valor de la sexualidad

[1] La sexualidad atraviesa todos los aspectos de la vida humana, pero acontece en segundo lugar, ya que primero se establece el sexo biológico, determinado por la identidad genética del individuo y las consecuencias en cascada que esta identidad conlleva (hormonas, glándulas, anatomía específica). Como dijimos, hay una diferencia entre lo genital, el sexo y la sexualidad. La sexualidad podría definirse como el lenguaje, la capacidad del ser humano de vincularse con los demás, establecer un puente y una conexión. Con mis actos, acciones, gestos y relaciones conmigo mismo y con los demás, expreso mi ser, interioridad, sentimientos, etc. En este lenguaje, **lo genital es solo una palabra en el diccionario de la sexualidad.**

La belleza y la profundidad de la sexualidad humana tiene mucho que ver con el corazón y la necesidad de afecto, pero hay que reconocer que no es un concepto fácil de definir. **La sexualidad es un elemento fundamental de la personalidad.** Es un modo de ser, manifestarse, comunicarse con los demás, sentir, expresar y experimentar el amor humano. Es una fuente de placer corporal y espiritual que va más allá de lo reproductivo y lo privado y se enriquece con los vínculos interpersonales; da valor a la calidad de vida, está asociada con la manera cómo las personas se relacionan y se dan afecto. La sexualidad implica una experiencia que forma parte de las necesidades humanas en términos de intimidad y privacidad, y es el signo y lugar de apertura, encuentro, diálogo, comunicación y unidad de las personas entre ellas.

La sexualidad se refiere tanto a las prácticas de interacción íntima y reproductiva, como a los aspectos psicosociales del género masculino y/o femenino, incluidas las formas de expresión de dicho género y la experiencia interior del individuo. *La esfera sexual afecta a toda la vida relacional del individuo.*

Desde su nacimiento, el ser humano es acogido y atendido en su propio contexto según las características de cada uno; a medida que crece, se construye su propia identidad sexual, caracterizada por un conjunto de variables en el que intervienen su relación con el entorno familiar, la cultura en la que está inserto y la interacción con los demás.

Es así como, a partir de una visión holística de la sexualidad, la educación sexual de nuestros jóvenes debe abordar una serie de aspectos como, por ejemplo, las relaciones interpersonales, el cuerpo, la cultura, la responsabilidad, el placer, la identidad psicosexual, la salud sexual y reproductiva, así como los derechos humanos.

[2] La sexualidad tiene alma, tiene su propio código interno, una especie de ADN que revela su naturaleza y sus funciones. Por eso:

- Ante todo, es **energía**, algo extremadamente preciado que otorga fuerza, dinamismo y creatividad a lo que hacemos en todos los niveles, incluido el espiritual, y en la relación con Dios. No es únicamente algo oscuro y ambiguo ni una tentación diabólica ni una realidad biológica o psicológica necesaria que impone un ejercicio particular de la pulsión genital, sino que se trata de una realidad educable que involucra la libertad y la responsabilidad de la persona, que debe integrarse con la totalidad del sujeto y ponerse a su disposición. Podemos decir que la madurez genital es una meta que puede alcanzarse sin la ayuda de la propia voluntad, mientras que la madurez afectiva requiere un largo e imprevisible período de tiempo para desarrollar una capacidad de donación y de relación. De hecho, la madurez afectiva, al contrario de la genital, no es un punto de llegada estático, sino un equilibrio dinámico que se construye durante toda la vida.
- Una energía **abierta a la alteridad**, la que va en la dirección del otro, es la segunda característica de la sexualidad, es decir, te ayuda a vivir la relación respetando la diversidad del «tú», sin reducirla a tus propias necesidades y exigencias o a tus propios intereses, sino dándote la libertad de relación contigo mismo y con quien es diverso de ti, sin caer en las distintas formas de homologación con el otro, más o menos posibles en todos los estados de vida. Basta pensar en todos esos intentos de hacer al otro similar a uno mismo en ideas, gustos y tendencias para hacer de él «un prosélito», como diría el papa Francisco; o también en esa tendencia a encerrarse en el propio grupo con los que tienen tu mismo punto de vista, con los 99 del redil y sin buscar a los que se han extraviado; o en la inclinación a no enfrentarse nunca a la diversidad en sus varios niveles; en el hecho de evitar cuidadosamente las periferias para no dejarse formar y provocar, con la certeza de no tener nunca nada que aprender del otro.
- Es, asimismo, una energía que **crea complementariedad** entre las experiencias, conocimientos, representaciones y valores en el campo afectivo-sexual. La energía afectiva-sexual es lo que permite que la relación se viva no desde arriba, sino, realmente, en términos de igualdad y complementariedad, dando cada uno su propia contribución, acogiendo y solicitando la de los demás, como si se activa-

ra el mismo mecanismo en el otro, de manera que la relación sea siempre algo original y nunca estéril.

- Por último, es una **energía fértil**, precisamente porque aprovecha la aportación de personas únicas-individuales-irrepetibles. Esta es la última característica de la sexualidad y es la que sintetiza todas las demás: cuando la relación se vive en términos que respetan esta energía afectivo-sexual, nace invariablemente algo nuevo.

En suma, «Dios mismo creó la sexualidad, que es un don maravilloso» (AL 150). No obstante, *el impulso afectivo-sexual tiene su propia «gramática», su propia ratio u ordo, o su propia objetividad*, con características a las que corresponden modos y actitudes precisas, decididamente relacionales, de ahí que empuje a las personas a abrirse a los demás e impida su aislamiento en sí mismas. Implican relación, separación de sí mismo hacia el otro, «trascender hacia el otro más allá de sí mismo», en un equilibrio de funciones (dar y recibir) y de polaridades que representan el yo y el tú.

¿Cómo no ver una singular armonía entre esta perspectiva y la antropología cristiana?

Bendecir la sexualidad (= captar y vivir su valor positivo, aunque sea solo o, sobre todo, en el plano humano) significa crear ya un equilibrio en la dinámica relacional y en la vida afectivo-sexual de los adolescentes y jóvenes, siguiendo con atención respetuosa la individualidad y la experiencia única del joven.

[3] Puede ser útil destacar algunos de **los procesos que se ponen en marcha en la educación al amor**, especialmente en lo que atañe a la sexualidad:

- el paso de una sexualidad que parecía ejercerse solo con fines de procreación a una sexualidad como lenguaje de la persona;
- el pasaje de una sexualidad centrada solo en el propio placer a una sexualidad centrada en el placer mutuo, la autodonación y la comunicación;
- la transición de una sexualidad que solo se relaciona con el matrimonio, a una sexualidad autónoma, incluso para muchas personas que no se casan;
- el paso de una sexualidad ignorada y silenciada a un mayor conocimiento científico de la sexualidad;

Para comprender mejor y ser capaz de emitir juicios personales sobre diferentes conceptos y modelos, es necesario formularlos de manera que la terminología utilizada en los debates actuales se entienda sin ambigüedades. Se trata de una tarea considerable si se tiene en cuenta la abundancia de dicha terminología. Por ello, el objetivo de estas páginas es, precisamente, proporcionar una información clara sobre estos temas.

El planteamiento de la cuestión del género genera confusión justamente con el propio término que lo evoca. El mantenimiento del término inglés en otras lenguas sugiere que las traducciones no son fieles al significado original. De hecho, el término inglés 'gender' no tiene, a veces, equivalencia en otras lenguas.

La confusión semántica que rodea al término *género* se complica aún más por la vaguedad del concepto, que puede compararse con una percha en la que se cuelgan y superponen diferentes formas de entenderlo. Para orientarnos en esta nebulosa semántica y conceptual del término *género*, es útil recordar al menos las principales categorías que, por diversas razones, se incluyen en la compleja definición de la identidad sexual humana (Fumagalli, 2017).

Dimensión física del cuerpo

Una primera categoría, relativa a **la dimensión física del cuerpo**, es la del sexo biológico, que viene dada por componentes genéticos, somáticos y cerebrales.

El sexo genético y biológico puede ser masculino (XY, genitales masculinos), femenino (XX, genitales femeninos) o intersexual (cromosomas mixtos, genitales de ambos sexos o difíciles de distinguir, niveles hormonales que no coinciden con los genitales, etc.). Si bien no existe mucha información al respecto, las personas intersexuales existen en un porcentaje del 1,7% de la población mundial, que corresponde, por ejemplo, al de las personas que nacen pelirrojas. Esto significa que no es raro encontrarse con personas intersexuales, aunque no se hable mucho de ellas. Son personas que no se clasifican ni como hombres ni como mujeres porque tienen características de ambos sexos, ya sea en el órgano genital, las hormonas o los cromosomas.

Dimensión psíquica

[1] La categoría de **identidad de género** se refiere a la percepción de uno mismo de acuerdo o no con su sexo biológico. Esta categoría, que indica el sentimiento psíquico del propio ser sexual, se denomina de forma más inmediata con el término *gender* o

género. En palabras de Batini (2011), podemos decir que es la relación que un individuo tiene con su ser biológico, es decir, cómo se siente y percibe a sí mismo en relación con su sexo biológico, apropiado o inapropiado. La identidad de género, por tanto, se refiere a la percepción y conciencia que una persona tiene de ser varón, mujer o intersexual.

La percepción de un individuo puede coincidir con la de su sexo biológico: hombre en un cuerpo masculino y mujer en un cuerpo femenino; pero no es necesariamente así ya que hay individuos que se sienten disonantes, es decir, que tienen una percepción de sí mismos que no coincide con su anatomía sexual. Por tanto, la identidad de género es *la sensación psicológica de sentirse hombre o mujer, o ambos, o ninguno de los dos*.

En resumen:

- *Cisgénero* se refiere a una persona que se identifica con el sexo biológico asignado al nacer.
- *Transgénero* (*trans*: más allá de, al otro lado de, y género): es alguien que se identifica con un género distinto al asignado al nacer. Este término incluye también a otras personas que van más allá de la declaración de no conformidad con su sexo biológico y que pueden haber iniciado una transición al sexo con el que se identifican. En este caso, es más correcto referirse al término transexual.
- *No binario* es quien no se identifica plenamente con el «género de nacimiento» o con otro género. Es posible que esta persona no se vea a sí misma en ninguno de los roles comunes asociados a los hombres y a las mujeres y que experimente una mezcla de ambos.

Vinculadas a la identidad psicológica de género están las categorías de *orientación sexual*, que indican la dirección del propio deseo sexual, y las de *comportamiento sexual*, que se refieren a la modalidad de su actuación.

[2] La orientación sexual es la dirección hacia la que tiende la sexualidad, el patrón de atracción sexual, erótica o amorosa, hacia un determinado grupo de personas definido por su género o sexo. La diversidad reconocida en nuestro tiempo nos abre a una variedad de orientaciones que conforman la sexualidad humana, pero aquí describiremos las tres más conocidas:

- *Heterosexual*: se refiere a las personas que se sienten emocional y eróticamente atraídas por personas del sexo opuesto.

- *Homosexual*: la psicología ha optado principalmente por concebir la homosexualidad como el tipo de orientación sexual que se define como la atracción sexual, afectiva, emocional y/o sentimental preferente y relativamente estable hacia individuos del mismo sexo.
- *Bisexual*: se refiere a las personas que se sienten emocional y eróticamente atraídas por personas del mismo y del otro sexo.

Aunque estos términos se siguen utilizando, se han añadido otros a la lista. Las investigaciones sugieren que no deben considerarse como categorías, sino como un *continuum* o gradación en cuyos extremos estarían la atracción única y exclusiva por personas del sexo opuesto (totalmente heterosexual), la atracción única y exclusiva por personas del mismo sexo (totalmente homosexual) y el término medio entre ambos polos (bisexualidad). La asexualidad, en cambio, se refiere a una atracción mínima o ausente, independientemente del objeto de la misma.

Dimensión sociocultural

[1] Otra categoría, relacionada con la dimensión sociocultural, es la del **rol de género**, que indica el conjunto de características y comportamientos sexuales que una sociedad espera y promueve en un individuo. Son las expectativas y las normas que una sociedad ofrece a los individuos para que puedan acreditarse e integrarse en esa sociedad. Uno de los ejemplos clásicos es la inscripción de un recién nacido en el registro con un nombre masculino o femenino, que es ya la forma en que la sociedad opera y reconoce una distinción.

De hecho, la evolución y adquisición personal de la identidad sexual, y más directamente del rol y de la identidad de género, está fuertemente influenciada —como lo han demostrado las investigaciones sociológicas y antropológicas culturales— por la cultura social en la que vive la persona. **Dicha influencia se ejerce, sobre todo, a través de la «socialización»**, es decir, el proceso por el que los recién nacidos se convierten en miembros de la sociedad. En este proceso de socialización, se pueden reconocer dos etapas principales que corresponden, respectivamente, a la socialización primaria y a la secundaria.

La socialización primaria se produce en *el entorno familiar durante los primeros años de vida del individuo* en los que adquiere las habilidades sociales básicas. La socialización secundaria, que generalmente comienza con *la escolarización*, dota al individuo de las habilidades sociales específicas para asumir su papel en la sociedad a la que pertenece.

La influencia del entorno sociocultural en la formación de la identidad sexual comienza ya, emblemáticamente, en la socialización primaria con la imposición de un modelo sexual que asigna al niño el sexo al que pertenece. Las actitudes y el comportamiento del padre y de la madre desempeñan así un papel importante, transmitiendo modelos de identidad sexual, ante los cuales los hijos y las hijas deben posicionarse, en el delicado equilibrio entre el desapego a la figura materna, válido para ambos, y la identificación con el progenitor del mismo sexo, que para las hijas es la misma madre y para los hijos, el padre.

En la socialización secundaria no solo juegan un papel importante las relaciones asimétricas con las figuras educativas, sobre todo, del ámbito escolar, sino también las relaciones con el grupo de iguales, hoy de gran atractivo gracias al desarrollo de las redes sociales. Dicha socialización aportará elementos para confirmar o impugnar, en todo caso para (re)definir la identidad sexual adquirida en la familia, fomentando algunas experiencias y censurando otras, como en el caso emblemático, por su función iniciática, del autoerotismo y las primeras experiencias sexuales. La influencia de la cultura social en la identidad sexual ha fijado ampliamente los géneros masculino y femenino en configuraciones perfectamente definidas y diferenciadas.

Sin embargo, lo que ha ocurrido a lo largo de los siglos ha favorecido la aparición de cambios significativos en la época contemporánea, que se han traducido, principalmente, en transformaciones consistentes de los roles sociales de género, masculino y femenino, pero también ha realizado una identidad psicológica de género «fluida», que llega a cuestionar el propio código binario, masculino y femenino.

[2] La distinción entre sexo y género nos introduce en el corazón del tema de la **ideología de género**. Como este último término ha sido discutido durante mucho tiempo de forma controvertida, es fundamental una confrontación crítica con el tema.

Hay programas educativos y también formas de activismo político que se manifiestan profundamente problemáticas. Según estas perspectivas, la supuesta naturalidad de las diferencias entre hombres y mujeres, así como el sistema tradicional de género son un producto exclusivo de la cultura. Para esta ideología, la rígida dicotomía de los roles en la sociedad y la familia, las pautas de comportamiento de hombres y mujeres y sus respectivos perfiles psicológicos no son más que **la respuesta a un sistema de expectativas sociales y de distribución del poder**, en resumen, el resultado de la construcción social. Esta perspectiva también propone ampliar el número de géneros y, de esta manera, dar lugar a varias identidades sexuales posibles, elegidas a gusto y modificables en varias etapas de la vida. El sexo biológico se convierte así en algo irrelevante, líquido y, por tanto, susceptible de cambios por autodeterminación varias veces durante la vida. Se trata de una reivindicación de la identidad sexual como opción individualista.

En el gran contenedor de los llamados «estudios de género» nació esta deriva que ofrece respuestas parciales e inadecuadas a muchos problemas reales. En el fondo, la ideología de género no valora la totalidad de la persona y la riqueza de su existencia, al contrario, privilegia reductivamente ciertos aspectos en detrimento de otros.

En conclusión, la cuestión es antropológica (cf. AL 56), ya que la sexualidad es una realidad compleja que atraviesa toda la condición humana. Está muy claro que no puede reducirse a las estructuras genitales y a las funciones reproductivas, sino que debe entenderse como parte de una visión global de la realidad humana, porque es la persona en su totalidad la que se sexualiza, a nivel biológico, psicológico y espiritual.

3.5 NUEVOS TERRENOS DE MISIÓN

Homosexualidad: de la patología a la orientación sexual

[1] Los Padres Sinodales escriben en el n. 150 del Documento Final del Sínodo de los Obispos (27 de octubre de 2018): «Hay cuestiones relacionadas con el cuerpo, la afectividad y la sexualidad que necesitan una elaboración antropológica, teológica y pastoral más profunda [...]. Entre ellas destacan las relativas a la diferencia y armonía entre las identidades masculina y femenina y a las inclinaciones sexuales. En este sentido, el Sínodo reafirma que Dios ama a todas las personas y también a la Iglesia, renovando su compromiso contra toda discriminación y violencia por motivos sexuales».

Ni el enfoque de «ley y doctrina» ni la posibilidad de aperturas progresivas influenciadas por los medios de comunicación, indican el camino correcto por seguir. Los jóvenes piden equilibrio y verdad. El deseo de autenticidad los pone de nuevo en contacto con el corazón, en una difícil interacción con la realidad fuera de ellos, pero también con tensiones y contradicciones en su interior. Los homosexuales y los heterosexuales no son diferentes en este sentido, y la Iglesia católica está en condiciones de proponer a ambos el mismo camino: **las emociones, los sentimientos y las razones son un misterio que hay que comprender y escuchar.**

En todas las páginas de los evangelios se manifiesta que el camino hacia Dios se abre a toda persona y que los enemigos de Dios han sido siempre los que se orientan exclusivamente a la condena, a la cerrazón y a la división.

[2] **La comprensión actual de la homosexualidad** en las sociedades occidentales es el resultado de una combinación de ideas históricas, creencias morales y religiosas y, más recientemente, de aportaciones científicas de diferentes disciplinas que han tratado de arrojar luz sobre este fenómeno (Baile, 2008). Tradicionalmente, este concepto se ha situado, y aún lo está para gran parte del mundo, en el centro de un triángulo más o menos equilátero cuyos vértices han sido la inmoralidad, el delito y la enfermedad (Berástegui Pedro-Viejo, 2016).

De hecho, la psicología y, más específicamente, la investigación científica y la práctica consensuada de la psicología, han transitado teóricamente desde considerar la homosexualidad como un «comportamiento desviado y patológico» que debe ser condenado incluso con dureza, pasando por etiquetarla como una enfermedad «mental», a considerarla como *una variante de la expresión de la sexualidad del individuo*.

Conviene recordar que fue solo en 1974 cuando la Asociación Estadounidense de Psiquiatría (American Psychiatric Association) eliminó la homosexualidad de su lista de enfermedades mentales en el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM, en este caso en su segunda versión) y que la Organización Mundial de la Salud no la retiró hasta 1990, con su décima Clasificación Internacional de Enfermedades (ICD-10).

La homosexualidad resiste a ser definida de forma concluyente. Efectivamente, la forma de definirla influye mucho en el contexto valorativo en el que se entiende y en las diferentes corrientes ideológicas y posiciones de la antropología sexual en las que se enmarca (Baile, 2008).

La condición homosexual ha sido identificada durante mucho tiempo como inmadurez, tal y como postulaba el psicoanálisis. Sin embargo, los enfoques más integrados dicen que tanto los homosexuales como los heterosexuales pueden tener sexualidades maduras o inmaduras, dependiendo de otras variables que no incluyen el sexo del objeto de deseo preferido. Por ello, **trabajar para promover una mejor salud sexual en todas las personas es uno de los retos de los educadores.**

La causa de la homosexualidad ha sido también muy debatida. Podría tratarse de una combinación de factores y también podríamos encontrar diferentes vías, diferentes procesos causales y diferentes grados de consecución y maduración de dichos procesos que conducen a lo que se denomina homosexualidad. La homosexualidad no es una cosa única ni un grupo homogéneo de personas, ni una forma única de experimentar la sexualidad (Sánchez, 2006; Martín-Holgado, 1999). Cabe subrayar aquí nuestro intento de aclarar que no se puede hablar «homosexualidad» y «heterosexualidad» como si fueran condiciones únicas y homogéneas. **Hay personas heterosexuales y personas homosexuales.** Se podría hablar más adecuadamente de «homosexualidades», haciendo referencia a las particularidades propias de los diversos procesos de construcción y desarrollo de cada tipo de homosexualidad.

A lo largo de su desarrollo, las personas buscan ejes de referencia y una identidad personal en distintos niveles (raza, generación, orientación sexual, credo, nivel social) que les permita comprenderse a sí mismas y dar sentido a su realidad, situarse frente al mundo y a los demás, y desarrollar una actividad y un rol en el mundo en el que viven. Esta amalgama de identidades que interactúan entre sí será la que acabe conformando su personalidad que, ciertamente, en base a sus características físicas, psicoló-

gicas, históricas y existenciales, dará lugar a una persona genuina que buscará ser coherente consigo misma. Se cae en el reduccionismo cuando se sostiene que se trata de una orientación que se elige «simplemente» en un «acto de voluntad», independientemente de las evidencias biográficas, genéticas, hormonales, gonadales, cerebrales o independientemente de mis deseos, mi vida familiar y mi libertad. **No es una experiencia más ni un juego ni la decisión de un momento.**

[3] Para hablar de orientación sexual, sabemos que no basta con fijarse en los sentimientos y la atracción sexual. Cuando hablamos de una persona homosexual, nos referimos a alguien que, además de sentirse atraído por personas de su mismo sexo, ha llegado a la conclusión de que es homosexual, es decir, la persona experimenta el significado y el sentido de su energía sexual en esta dirección. Por eso es tan importante considerar el proceso que le ha llevado a descubrirla, asumirla y aceptarla, así como las decisiones y opciones que está tomando para vivirla de forma más o menos exteriorizada. **La persona homosexual existe.** Ciertamente, en el ámbito psicológico y espiritual siempre sería importante al menos escuchar y entender cómo la persona llegó a definirse como tal, sin pensar que se trata únicamente de un reto.

La actitud cristiana no puede tolerar que se estigmatice a una persona. Lo que el Evangelio nos inspira hoy es una nueva mirada que va más allá de la visión negativa y paternalista que considera a los homosexuales como personas inmaduras.

[4] *Amoris laetitia* subraya aspectos importantes, como la dignidad de toda persona «independientemente de su orientación sexual», el compromiso de evitar «toda marca de discriminación injusta» y «toda forma de agresión y violencia», **la garantía de un acompañamiento respetuoso a las familias** «para que quienes manifiestan tendencias homosexuales tengan la ayuda necesaria para comprender y realizar plenamente la voluntad de Dios en sus vidas» (AL 250).

Efectivamente, el apoyo a las familias es importante en el momento en que el niño o el joven presenta dudas o se plantea interrogantes sobre la homosexualidad. Estos momentos pueden provocar crisis familiares iniciales y todas las personas involucradas deben ser apoyadas. La mayoría de las familias pasa por varios momentos, como la negación (ya se te pasará), el enfado (hacia los nuevos amigos), el *shock*, la negociación (me da igual, pero no vayas a ciertos sitios), la angustia (el estigma de ser padre o madre de un homosexual), la tristeza (por las expectativas frustradas), la culpa (no lo descubrimos a tiempo) y la aceptación.

La comunidad cristiana debe fomentar las medidas que luchen contra todo tipo de discriminación y violencia sobre la base de un profundo respeto por cada persona. Sin embargo, ha de darse un paso más: después de la discusión presentada como un resumen de los trabajos de la primera semana del Sínodo Extraordinario de 2014, el Informe propuso en el número 50 que «las personas homosexuales tienen dones y cualidades que ofrecer a la comunidad cristiana» y se pregunta:

¿Somos capaces de acoger en nuestra pastoral a quienes tienen orientaciones sexuales diversas y garantizarles un espacio de fraternidad? A menudo *desean encontrar una Iglesia* que sea un hogar acogedor para ellos. ¿Nuestras comunidades son capaces de serlo, *aceptando y valorando* su orientación sexual, sin comprometer la doctrina católica sobre la familia y el matrimonio?

El mismo Informe, en los dos puntos siguientes (nn. 51 y 52), bosqueja las consecuencias de esta perspectiva al explicar que «la cuestión homosexual nos desafía a una seria reflexión sobre cómo elaborar caminos realistas de crecimiento afectivo y de madurez humana y evangélica».

La propia sexualidad (y dentro de ella la orientación, incluida la homosexual) es una dimensión llamada a integrarse en la plenitud de la existencia. La percepción de sentimientos u orientaciones homosexuales en uno mismo (y no solo la práctica de actos homosexuales) puede producir en la persona, especialmente en el joven que está construyendo su identidad, el sentimiento de estar mal hecho, defectuoso o impuro. Estos sentimientos pueden llevar a la autoculpabilización y al rechazo de sí mismo.

Será necesario acercarse, como Jesús, y ayudar a curar la herida, tocándola sin miedo a ser «impuro» y vertiendo sobre ella el aceite de la aceptación y el vino de la acogida de Dios. Experimentar el amor y el afecto de Dios puede significar, para quien tiene dificultad de aceptarse y amarse, el primer paso en el camino que conduce a **sentirse como un hijo amado de Dios**. Es por ello por lo que en la Iglesia debemos favorecer entornos afectivos seguros, en los que cada persona pueda aceptar su realidad, asumirla y compartirla para que, como dice el papa Francisco, podamos «acompañarlas a partir de su condición» (Entrevista al Padre Spadaro, agosto de 2013).

«Deben ser recibidos con respeto, compasión y gentileza. Se evitará a su respecto toda señal de discriminación injusta» (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2358).

El desafío actual es ofrecer a las personas homosexuales **un acompañamiento de calidad en los niveles personal, grupal** (donde puedan compartir sus inquietudes y dificultades comunes) **y comunitario** (recordando el proverbio africano: «Para educar a un niño hace falta la tribu entera»). **La comunidad cristiana debe ser un lugar donde todas las personas sean protegidas, respetadas y acogidas**. Esto no implica, por ejemplo, que los adolescentes deban ver la homosexualidad como una experiencia más que hay que vivir, un juego por experimentar o una elección. No se puede banalizar la homosexualidad.

La búsqueda de la identidad nunca es un camino lineal

[1] Como se ha descrito anteriormente, la incongruencia de género (en el año 2021 la OMS ha cancelado el término disforia), la transexualidad o transgenderismo es una condición que se presenta con **la falta de congruencia entre la identidad sexual propia y la asignada**, lo que puede conllevar un profundo malestar e incomodidad respecto a las características sexuales del propio cuerpo, que se siente como extraño o extraño al propio sentido de identidad sexual. El mismo sentimiento de extrañeza se siente con respecto a los comportamientos y las actitudes que son típicos del propio sexo, dentro de los cuales el sujeto no se reconoce.

El origen de la incongruencia de género aún no está claro. Hay varias causas que pueden influir de forma decisiva, desde la etapa fetal, la infancia (relaciones familiares) y la pubertad. Lo cierto es que la persona siente desde hace tiempo el deseo de vivir en otro cuerpo, en otro sexo, con otra ropa, y comportamientos de ser diversos; tiene un malestar constante frente a su propio cuerpo. Puede aparecer en la infancia, pero más de dos tercios de los casos que aparecen en la infancia desaparecen después de la adolescencia. Es más que una inconformidad con los roles de género (en la ropa, en el juego). El malestar con su anatomía sexual es más común a medida que se acerca la pubertad.

Como educadores debemos recordar que la adolescencia es un período de cambio y es importante ser cautelosos durante este período de transición y desarrollo. La homosexualidad o la incongruencia de género surgen en la conciencia del sujeto en diferentes etapas de la vida y es necesario estar atento a los diferentes caminos de construcción de la propia identidad sexual (algunos lo descubren en la infancia, otros en la adolescencia y otros en la edad adulta).

Durante este recorrido, hay momentos de incertidumbre y duda, de comprobación y angustia, de vergüenza y estigma con emociones muy diferentes que se resuelven de distintas maneras antes de aceptar la propia identidad sexual, así como se vive. La construcción de la identidad sexual pasa por varios procesos, que pueden durar más o menos en el tiempo, como la autodefinition, la revelación a los demás, la socialización y la aceptación.

La búsqueda de la identidad nunca es un camino lineal, no hay procesos automáticos, sino recorridos individuales. La mayoría de los adolescentes son personas que se preguntan: «¿Soy o no soy yo?» y que comienzan a tener sus propias experiencias sexuales que pueden o no ayudarles en su búsqueda: «Me siento homosexual pero mi primera experiencia fue un fracaso».

En cuanto a la búsqueda de la identidad, debemos ser conscientes de que algunas personas tienen un camino muy difícil en el que, por desgracia, la depresión y los suicidios marcan muchas biografías. Un educador no puede dar explicaciones simplistas;

nuestras comunidades deben ser un hogar, una morada y, a menudo, un hospital para estas personas, protegiéndolas de la marginación y el estigma, reconociéndolas, acompañándolas y amándolas.

[2] Los adolescentes y los jóvenes necesitan personas que les ayuden a entender quiénes son cuando tienen dudas, a buscarse a sí mismos con sinceridad. Este acompañamiento es vital.

Cuando escuchamos con el corazón, esto es lo que ocurre: la otra persona se siente acogida, no juzgada, libre de narrar su propia experiencia y su camino espiritual (Homilía del papa Francisco 10 de octubre de 2021).

Acompañar significa caminar junto a otro, con una comprensión empática de lo que la otra persona está experimentando. Deben respetarse sus sentimientos, escucharlos, reconocerlos y no liquidarlos diciendo, por ejemplo, que los superarán y olvidarán con el tiempo. En algunos casos lo harán, pero en otros no.

El acompañamiento es esencial en un entorno en el que existe el miedo a la respuesta de la familia, a la pérdida de apoyo económico, al rechazo de los amigos, a la marginación en la escuela, etc. Necesitan personas de confianza que los acompañen a ellos y a sus familias en este proceso. La mayoría pasa por varias etapas en la búsqueda de comprensión y aceptación, por eso las comunidades cristianas deberían ser lugares donde encuentren apoyo y puedan atravesar con fuerza las fases de este proceso.

Pero la buena intención no basta. La formación de los agentes de pastoral es fundamental, aunque existen casos en los que será necesario derivar a la persona hacia profesionales de la psicología que puedan ayudarlo de una forma más cualificada en su proceso de descubrimiento y construcción de la propia identidad. Esto no significa romper la relación educativa ni de acompañamiento con esa persona, pero sí significa reubicarla. Así, la dimensión espiritual y de acogida incondicional seguirá siendo parte importante del acompañamiento, pero elementos más concretos a nivel psicológico o terapéutico tendrán que ser abordados por personas capacitadas para ello, si queremos estar seguros de no causar daños mayores.

Una Iglesia accidentada frente a una Iglesia enferma

Como dijo san Juan Pablo II, debemos salir de la «introversión eclesial» (Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Oceania*, 22 de noviembre de 2001, 19) y, por tanto, son motivo de apostolado, algunas de las fronteras existenciales que tenemos hoy en nuestro mundo y también en la Iglesia. Son las periferias del mundo y de la existencia, las nuevas fronteras como las define el papa Francisco. De hecho, afirma con valentía: «Salgamos, salgamos a ofrecer la vida de Jesucristo a todos. [...] Prefiero una Iglesia accidentada, herida y sucia por salir a la calle, que una Iglesia enferma por estar encerrada y cómoda aferrada a su propia seguridad. [...] Si hay algo que debe inquietarnos

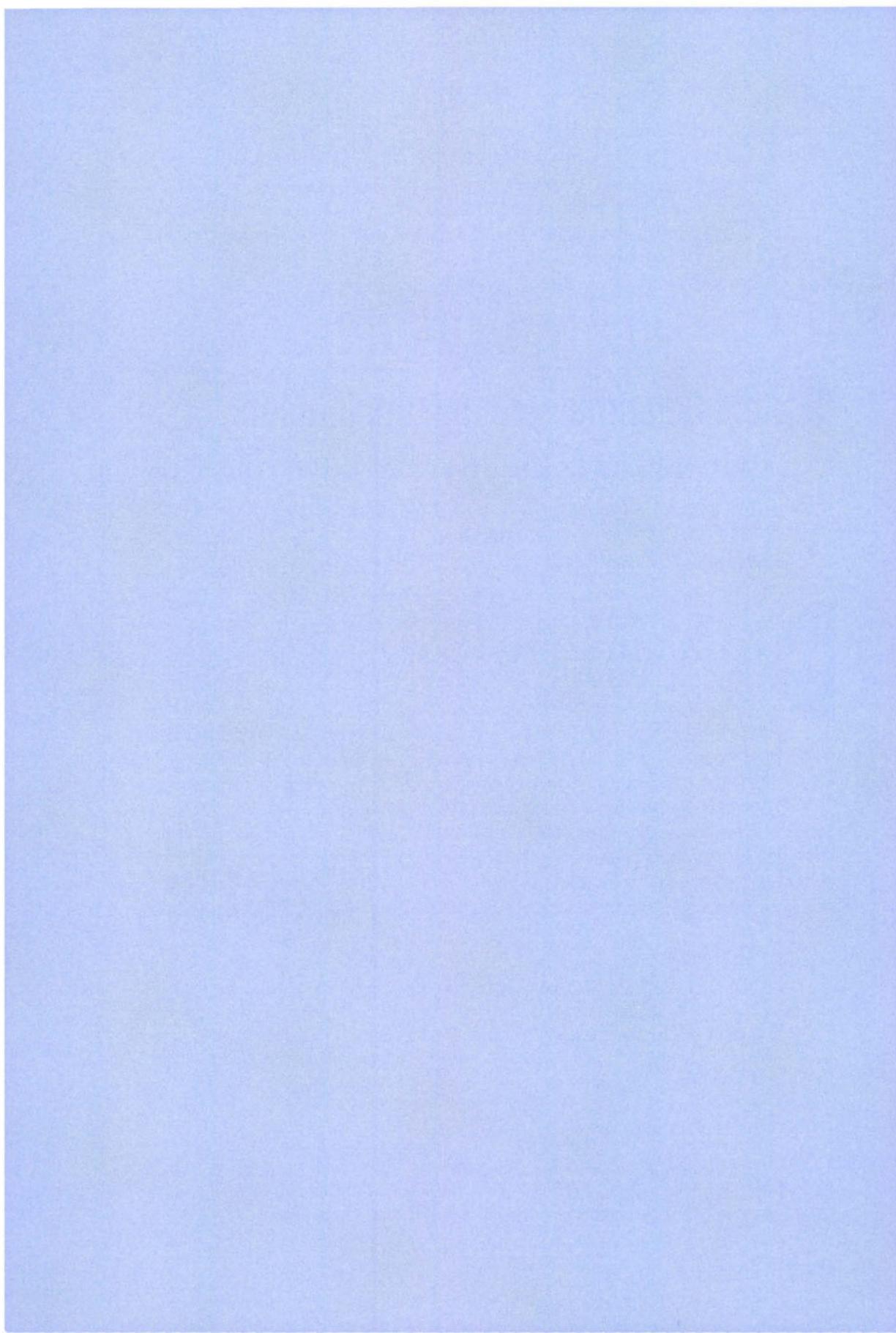
santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros viven sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los acoja, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el miedo a equivocarnos, espero que nos mueva el miedo a encerrarnos en estructuras que nos dan una falsa protección, en normas que nos convierten en jueces implacables, en hábitos en los que nos sentimos cómodos, mientras fuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cesar: “Dadles vosotros de comer” (Mc 6,37)». (EG 49).



PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Ecos y preguntas que surgen después de leer este capítulo:

1. ¿Qué consideraciones y respuestas emocionales te suscitó este viaje entre el amor, la afectividad y la sexualidad?
2. Reflexionando sobre la sexualidad en general, con respecto a las ideas que podías tener hace unos años cuando aún eras adolescente o joven, teniendo en cuenta la cultura a la que perteneces y tus experiencias vitales, ¿qué entiendes y qué diferencias crees que hay, si es que las hay, sobre los términos y conceptos de: afectividad, sexualidad, sexo, genitalidad?
3. El tema de la homosexualidad es un tema que normalmente genera incomodidad, miedos, rechazo, dudas, fobias, actitudes enjuiciadoras, condenas injustificadas y lejos de la debida aceptación, de la comprensión, del debido respeto, del acompañamiento: ¿cómo te posicionas al respecto? ¿Cómo propones el diálogo con los adolescentes y los jóvenes?



Componentes antropológicos del amor y la afectividad en la Biblia

4.1

LA SAGRADA ESCRITURA: EL GRAN LIBRO DE LOS AFECTOS

[1] En la Biblia encontramos normas fundamentales o trascendentales (por ejemplo, la fe-caridad como expresión de la responsabilidad y el compromiso ético del creyente) y normas categóricas, que se refieren a comportamientos concretos (por ejemplo, la prohibición del adulterio y la fornicación). Pero, sobre todo, se presenta como **el gran libro de los afectos**: las historias humanas de hermanos y parejas son complejas y, a veces, incluso conflictivas, pero siempre humanamente densas. Hablan de tristezas y alegrías, de cuerpos que se encuentran y chocan, de trayectorias relacionales y amistades que cambian con el paso del tiempo, de fidelidades y traiciones.

En el Antiguo Testamento, Dios utiliza a menudo la metáfora conyugal para expresar su amor por el ser humano y, en particular, por el pueblo elegido. En el Nuevo Testamento, la relación amorosa de Jesús con la humanidad, iluminada por su elección del celibato, emerge de cada encuentro y cada relación. *El Evangelio del Reino pasa por la capacidad de amar y dejarse amar.*

En efecto, es importante, como momento introductorio del discurso, aclarar el *código semántico básico*, es decir, el léxico antropológico bíblico, que atraviesa las voces del deseo y de la pasión, de la búsqueda y de la experiencia del amor.

[2] El discurso sobre los componentes antropológicos del amor debe confrontarse, en primer lugar, con el doble relato de la creación, donde encontramos **los elementos indispensables de la antropología bíblica: carne, espíritu y palabra.**

- En el primer relato del *Génesis*, el hombre es creado directamente por la Palabra de Dios, como todas las demás criaturas. Por octava vez resuena el estribillo: «Y Dios dijo». Y sus palabras aquí son especialmente solemnes, en primera persona del plural: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (*Gén 1,26*).
- El segundo relato de la creación (*Gén 2:4b-25*) no es menos importante para la antropología bíblica. Como un hábil artista, Dios moldea al hombre/mujer (*Adán*) a partir del polvo de la tierra (*adamah*). El ser humano está mezclado con el barro, es radicalmente *terrenal*. Pero se le *da vida* de forma diferente a la del animal gracias al «aliento» que Dios le insufla directamente: «Y sopló en su nariz un aliento de vida» (*Gén 2,7*). La interioridad de Adán proviene de la propia interioridad de Dios. Dios le hace respirar su propia vida. A partir de ese momento, el ser humano queda marcado simbólicamente y realmente por esta función tan primordial: la respiración. Y su respiración, su vida, será vida y aliento en y desde Dios. Pero ese soplo de vida procedente de Dios le permite trascenderse a sí mismo y, en última instancia, amar.
- La canción de amor más antigua de la Biblia es: «Ella es carne de mi carne», exclama el primer hombre enamorado (*Gén 2,23*). La presencia de la mujer «despierta» al hombre, lo saca de su sueño (cf. *Gén 2,21*) y lo hace hablar. «Carne de mi carne» es una expresión que indica parentesco y un pacto singular. El componente físico, corporal, connota de manera muy concreta el amor del hombre y la mujer. En realidad, la unión conyugal pone en práctica el plan original del Creador, que Jesús reitera y confirma: «Y los dos se convertirán en una sola carne» (*Mc 10,6-9*).

Pero la carne es una dimensión esencial de la experiencia misma del amor divino desde que el Verbo se hizo «carne» (*Jn 1,14*). El cristianismo es la religión de la «encarnación», ¡la única que va tan lejos! *Porque el amor humano —incluso cuando no se expresa mediante relaciones sexuales— no puede prescindir de la carne.* Mientras estemos en este mundo, el amor a Dios está también siempre «en la carne», con todo lo que ello conlleva: «Mi alma tiene sed de ti», dice el salmista a Dios, «mi carne te anhela» (*Sal 62,2*).

Por otra parte, no podemos ignorar el valor negativo de la palabra «carne» que se encuentra en varios textos de la Escritura. La conexión carne/pecado, particularmente enfatizada en la literatura paulina, ha tenido una fuerte influencia en una cierta educación religiosa, contribuyendo a la connotación negativa de la sexualidad. Hoy existe más bien un problema de comunicación. Es decir, la necesidad de traducir la categoría bíblica de la carne (con sus diversos significados) al lenguaje actual, que prefiere hablar de cuerpo y *corporeidad* (cf. CV 81).

¿Cómo vivió Jesús la afectividad? ¿Qué relaciones tenía con su familia, con los discípulos y las mujeres que le seguían, con sus amigos, con su traidor y sus perseguidores? El mundo griego conoce tres palabras para hablar del amor: *erôs*, *philia* y *agapê*, que designan respectivamente la pasión erótica, la amistad y la entrega. ¿Cómo se expresa en él la dinámica de estas tres palabras? ¿Qué nos enseña el Maestro sobre este tema y qué significa para un cristiano seguir sus pasos?

Algunas vías de comprensión podrían ser útiles puesto que conciernen la corporeidad, la psicología y la espiritualidad del amor en el sentido de que implican cuerpo/carne, alma y espíritu; *erôs*, *philia* y *agapê* podrían ayudar.

Jesús, como hombre verdadero, vivió las cosas con una carga emocional (AL 144).

[1] Cuando apareció en la escena pública con poco más de 30 años, era **un hombre capaz de establecer relaciones afectivas maduras y liberadoras**. Conocemos la gran riqueza de los sentimientos de Jesús porque los expresó sin dificultad. El evangelista Juan presenta las relaciones de afecto particular que lo unen a sus amigos de Betania. Lázaro es «su amigo» (Jn 11,3). Y el cariño que le tenía Jesús se manifiesta abiertamente en sus lágrimas, que ya no pueden contenerse cuando María se arroja a sus pies y repite: «¡Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto!». El evangelista señala que Jesús se conmovió profundamente y rompió a llorar, hasta el punto de que los presentes dijeron: «¡Ved cómo le ha amado!» (Jn 11:32-35).

La intimidad con Jesús, al hacernos partícipes del amor de Dios, nos implica en su forma de amar al prójimo que, según la parábola del buen samaritano, no es prójimo porque responda a determinadas características sociales, étnicas, religiosas, etc., sino porque se hace próximo a nosotros por el amor misericordioso de Dios. *Y puesto que la misericordia es el amor que se dirige a los desdichados, el amor misericordioso que, sin duda, «debe llegar a todos, sin excepción» (EG 47), privilegia a los más desafortunados entre los hombres.*

[2] Jesús sabe dialogar con hombres y mujeres de diversas categorías sociales. Es un predicador apasionado del Reino de Dios y **se ocupa de la totalidad de la persona, cuerpo y alma**. Toca y se deja tocar, besar y perfumar. Llama la atención su profunda humanidad. Nunca humilla a su interlocutor, sea hombre o mujer. Como David, está lleno de alegría por Dios y de un amor que atrae. Los marginados y oprimidos se sienten especialmente fascinados por él porque se sienten acogidos, interpelados, nunca juzgados: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os haré descansar» (Mt 11,28).

[3] Se podrían leer todas las enseñanzas de Jesús, su misma relación con Dios y el fundamento de toda su existencia en términos de afectividad y ternura. **Jesús concibe la relación entre todos los hombres y Dios en términos familiares:** somos hermanos e hijos del mismo Padre. A partir del Sermón de la Montaña, vemos, ante todo, la alegría que acompaña al deseo de amar según Dios. En realidad, la primera aparición en público de Jesús es un grito de alegría: «¡Bendito!».

Las Bienaventuranzas son una nueva forma de ver, pero también de sentir y amar la vida. La palabra utilizada por Jesús para designar la situación de beatitud (*makários* en griego, *ashrè* en hebreo) expresa una felicidad muy profunda, es decir, la alegría que es el fundamento de la existencia y que viene de Dios. La lengua griega utiliza la palabra *eudáimon* para designar la alegría que se puede obtener de una vida humana satisfactoria, la alegría de los sentidos y de la amistad. Pero los *bienaventurados* no son simplemente los contentos o los afortunados. Jesús da espacio a la libertad, a la alegría de los que son capaces de ver las cosas desde otro punto de vista, el de Dios y el de su Reino.

[4] En esta perspectiva hay que entender las indicaciones que da sobre una «justicia mayor» (Mt 5,20), que incluye la valentía en pos de la reconciliación y el dominio de sí mismo, la renuncia a la violencia e incluso el amor a los enemigos (5,21-48). Esta ampliación del campo de acción apela al Dios de la creación que ama no solo a los buenos sino también a los malos. Efectivamente, el sol sale para todos, justos e injustos, buenos y malos. En esta experiencia tan positiva como universal, **Jesús basa el principio fundamental de su ética del amor: la *imitatio Dei*.** «Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para *que lleguéis a ser hijos de vuestro Padre...*». Observamos que la filiación divina se ve aquí como una evolución, como una exigencia ética existencial. El parentesco se reconoce por la *semejanza*. En otras palabras, el rostro de Dios se refleja en los hombres y las mujeres que, en los violentos surcos de la historia, superan el odio con el amor: «¡Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios! Convertirse en hijos e hijas de Dios es, entonces, una tarea que os pertenece y compromete vuestras opciones de amor.

[5] Sin embargo, si algo caracterizó la vida pública de Jesús fue **su rechazo al comportamiento legalista y farisaico:** la ley está al servicio del hombre y no al revés. Y manifestaba plena comprensión por los que sufrían, por los que habían caído, se habían equivocado o habían fracasado. Todos ellos encontraron siempre en Jesús una acogida y una nueva oportunidad. Por eso, la afectividad de Jesús encuentra una fuerte expresión en su *pathos*, compasión y pasión por el pueblo de Dios. El divino Maestro *baja* de la montaña para hacerse cargo de todos los sufrimientos y enfermedades (Mt 8,17) y llama a los que lo siguen a hacer lo mismo.

La compasión es el alma de su misión: «Al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas porque estaban cansadas y postradas como ovejas sin pastor» (Mt 9,36; cf. Mc 6,34).

[6] Jesús sigue el camino del diálogo y la proximidad. Se podría leer todo el Evangelio desde la perspectiva de la amistad que Jesús cultivó libremente con hombres y mujeres. Además de mantener una actitud de acogida hacia todas las personas que encontraba en su camino, Jesús estableció **una relación especialmente intensa con la comunidad de sus discípulos**, con los que compartió su vida en profundidad.

Todo esto podría resumirse en la convicción de Jesús de que el afecto mutuo es el mejor signo del verdadero discipulado (*Jn 13,35*). Recordamos el discurso de despedida de Jesús según el relato del evangelista Juan: «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos. Sois mis amigos si hacéis lo que os mando. Ya no os llamo siervos, porque un siervo no sabe lo que hace su amo, sino que os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (*Jn 15:13-15*).

A continuación, ofrecemos **cinco características de Jesús** que representan su particular sensibilidad y que aún hoy pueden convertirse en escenarios en las actitudes cristianas que en el acompañamiento individual y comunitario encuentran fundamento y expresión.

Sensibilidad hacia los pecadores

Ciertamente no es casualidad que, en la redacción de Lucas, **la parábola del buen samaritano** sea la primera de las quince parábolas que Jesús relata en su camino a Jerusalén. De hecho, casi al final del viaje, cuando Jesús llega a Jericó, encontramos otra página solo en Lucas: el encuentro con Zaqueo, el publicano (*19,1-10*). Ese buen samaritano que es Cristo baja a Jericó para buscar y salvar lo que estaba perdido.

En Jesús se manifiesta la compasión de Dios por la humanidad sufrida y extraviada, sobre todo, su extraordinaria emoción fruto de la alegría divina. Dios encuentra su alegría en cuidar al hombre y a la mujer, en recuperar lo que estaba perdido (cf. *Lc 15*). Jesús en su humanidad nos mostró personalmente a un Dios cuyo nombre es misericordia.

No es un Dios frío ni desapegado, encerrado en la torre de marfil de su voluntad inmutable, sino un Dios profundamente involucrado en la historia humana, *un Dios irremediablemente enamorado de sus criaturas*, a quienes no deja de buscar cuando se pierden.

Jesús entra en relación con todos, acepta las invitaciones a comer incluso de los fariseos y ama de verdad a todos. Es amigo de personas honestas y notables, como los amigos de Betania (en Lucas, el episodio de Marta y María sigue inmediatamente a la parábola del buen samaritano), pero también es **amigo de conocidos publicanos y mujeres de mala reputación**. A menudo es Jesús quien toma la iniciativa y se convierte en mendigo por amor: como en el pozo de Jacob con la mujer de Samaria (*Jn 4,5-26*) o como en Jericó con el publicano que le miraba asombrado desde el sicómoro: «Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que parar en tu casa» (*Lc 19,5*). Los observantes de la Ley lo

denigran como «comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores» (Lc 7,34). Pero Jesús no duda en llamar a su séquito a Levi-Mateo, el recaudador de impuestos de Cafarnaún, y no le da vergüenza de sentarse a su mesa en compañía de muchos de sus amigos publicanos: «No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos. Ve, pues, y aprende lo que esto significa: quiero misericordia y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mt 9,12-13).

Sensibilidad hacia las mujeres

Trata a las mujeres como personas cuya dignidad debe ser respetada y no como alguien peligroso de quien hay que mantenerse a distancia. En el contexto sociohistórico de Jesús, la mujer tenía un estatus inferior al del hombre. Los cristianos deben distinguirse por el trato adulto e igualitario de hombres y mujeres. Entre las páginas inolvidables está el encuentro con la pecadora en la misma mesa de Simón el fariseo, una escena que hay que saborear en detalle, una de las más duras del Evangelio, tanto por el contexto en el que se produce como por la embarazosa complicidad del Maestro (cf. Lc 7,36-50). Lucas, como artista de la narrativa, consigue pintar la escena y los personajes con gran habilidad, jugando con la fuerza de los contrastes. Lo imprevisto pone en evidencia dos actitudes opuestas y pone al desnudo la verdad de los sentimientos.

La mujer, una conocida pecadora de la ciudad, se expone en primera persona. Decidida y concentrada en lo que quiere hacer, entra en escena como protagonista, armada con «un alabastro de unguento». No presta atención a las miradas de los comensales porque está totalmente absorta en los sentimientos que expresa a los pies del Maestro, donde llora todas sus lágrimas: ¡un baño de lágrimas! Y cuando termina de llorar y se da cuenta de que los pies del Maestro están mojados, los seca con su larga cabellera, los besa y los perfuma con su preciado unguento... Ninguna palabra, solo lágrimas, besos y caricias.

Y Jesús lo permite. No interrumpe ese llanto ni esos gestos sinceros impregnados de eros, de intensidad pasional. Por el contrario, aprecia la expresión genuina de la mujer, quejándose ante Simón por su comportamiento contrario: «Tú no me diste un beso, pero ella sí...» (Lc 7,45). La escena ofrece muchas interpretaciones, pero Jesús la indica como una mujer que encarna el ágape: «Ha amado mucho». Dios no desdeña el eros y al que tiene un corazón compasivo, sino que está **dispuesto a perdonar cuando encuentra pasión y arrepentimiento sincero**.

Son muchos los textos profundos donde Jesús, superando rígidas reglas sociales, se conecta sensiblemente con las mujeres. La samaritana, la hemorroisa, la hija de Jairo, Marta y María, la mujer encorvada a quien sana un sábado y muchas más. Con cada una se vincula libremente, dignificando y amando.

Finalmente —y llegamos a la última comida— se revela una intimidad sorprendente en el discípulo amado, que no tiene inconveniente en recostar su cabeza sobre el pecho de Jesús, bajo la mirada de los demás (Jn 13,25). Solamente así, en esta posición de especial intimidad, puede formular la inquietante pregunta: «Señor, ¿quién es?» y escuchar la singular respuesta de Cristo, que, utilizando de nuevo los símbolos, muestra toda su amistad hacia su propio traidor: «Es aquel por quien mojaré un bocado y se lo daré» (13,26). El amor de Cristo es pleno, da de comer y se deja comer (cf. Jn 6) y moja el bocado de la amistad también para el discípulo que lo traicionará con un beso (Mt 26,49-50).

Sensibilidad hacia los niños

«Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis, porque a los que son como ellos les pertenece el reino de Dios. En verdad os digo que quien no reciba el reino de Dios como un niño no entrará en él» (Mc 10,14-15).

Cortarse las manos y sacarse los ojos (Mt 5,29-30). El texto da a entender que el comportamiento sexual debe tomarse muy en serio. Hoy diríamos que hace hincapié en la importancia de prevenir los comportamientos sexualmente inapropiados. El texto, por supuesto, debe leerse en relación con la exhortación que se refiere al abuso de los niños (Mc 9,42). «Cualquiera que escandalizara a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgaran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al mar».

El castigo severo se refiere claramente al horrible delito de pedofilia (atracción sexual hacia niños menores, sin contacto físico) y la pederastia (con contacto físico y sexual): una piedra al cuello y arrojada a las profundidades del mar. El punto clave y central es que el niño es vulnerable a estos abusos y vulnerable a las relaciones de poder, incluso cuando se da el consentimiento, puesto que se trata de una relación que se aprovecha de los que tienen menos poder para satisfacer, a costa de ellos, sus propias necesidades.

También es necesario comprender el pasaje que se relaciona con el escándalo: Mt 18,6-20. El texto se encuentra en un contexto en el que se habla de los principios de compasión y perdón dentro de la comunidad y se menciona la protección de los ángeles y del Padre que todo lo ve (10-12). La comunidad cristiana debe ser un lugar seguro para los niños. Jesús los dejó venir a él, los bendijo y los acogió.

Sensibilidad hacia los vínculos y valores familiares

En los proverbios sobre el divorcio, Jesús se refiere a la intención de Dios más que a la ley. Los textos del Génesis, interpretados por Jesús, hablan no solo de un orden de creación, sino de una historia en la que Dios está comprometido. Son y se convertirán en

una sola carne (*Gén 2,24*), implica que Dios interviene directamente o, al menos, se produce un acontecimiento en las relaciones sexuales que crea algo sustancial, que se convierte en la base de la indisolubilidad del matrimonio.

La unión sexual crea algo singular a través de la unión de los cuerpos. La sexualidad conecta y une cuerpos y almas. En la cultura de Jesús, la sexualidad relacionada con lo genital se concibe solo dentro del matrimonio y con el fin de crear una familia. La familia tiene una fuerza esencial en la vida emocional, en la económica y en la supervivencia.

Las relaciones sexuales fuera del grupo familiar creaban la posibilidad de que nacieran niños que no pertenecían a la familia. Las hijas debían permanecer vírgenes hasta el matrimonio, lo cual aseguraba que ningún extraño entrara en la familia. En estas sociedades, no existía un sentido de autorrealización individual.

Jesús acoge con cariño muchas situaciones familiares:

- Padres que se preocupan por sus hijos enfermos: el niño epiléptico (*Mc 9,17-24*), la mujer cananea (*Mc 7,25-30*), la hija de Jairo (*Mc 5,22ss*), el funcionario real (*Jn 4,46-53*).
- Padres que lloran a sus hijos muertos: la viuda de Nain (*Lc 7,11-15*).
- Hermanos que lloran a su hermano muerto: Marta y María (*Jn 11,1 ss*).
- Padres hablando de su hijo ciego de nacimiento (*Jn 9,18-23*).
- La enfermedad de la suegra de Simón Pedro (*Mc 1,30-31*).
- La madre de los hijos de Zebedeo intercediendo por sus hijos (*Mt 20,20*).

Había una mayor preocupación por el bienestar de la familia y las reglas estrictas eran para proteger a la comunidad, a la familia. El ser humano es, esencialmente, familiar y la pertenencia a los demás es altamente apreciada. Esto incluye las relaciones íntimas, por eso se valoran y protegen las actitudes y acciones antes, dentro y fuera del matrimonio. Jesús quiere, sobre todo, proteger esta vivencia en la familia, en las relaciones familiares, aunque nunca las hace absolutas.

Sensibilidad hacia una sexualidad significativa

El celibato: la imagen del reino de los cielos. Las intervenciones y el ministerio de Jesús tenían que ver con el reino de los cielos; igualmente, sus curaciones y exorcismos. Es elocuente su discusión con los saduceos (*Mc 12,18-27*) sobre la aplicación del levirato, es decir, aquel tipo de matrimonio en el cual una mujer viuda que no ha tenido hijos se debe casar (obligatoriamente) con uno de los hermanos de su fallecido esposo. La respuesta

de Jesús: Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos: «Cuando resuciten de entre los muertos, no tomarán mujer ni marido, sino que serán como ángeles en el cielo» (v. 25).

Para Jesús, las relaciones sexuales no son lo último ni lo definitivo. Su celibato es un signo de ello. Muchos textos nos invitan a trascender y a ver que hay algo más. El celibato está vinculado a la idea de la resurrección en el futuro, entendida como transformación en un cuerpo espiritual.

En conclusión, Jesús nos ofrece una visión de la sexualidad más centrada en las actitudes que en los actos, poniendo énfasis en la compasión y la aceptación; una sexualidad no absolutizada, una preocupación por las relaciones entre adultos y el respeto por las mujeres, los niños, la familia y los no casados dentro de la comunidad. La comunidad cristiana debe ser un lugar donde se protejan los vínculos y se respete a las personas. ¿Puede ser esto importante para el siglo XXI?



PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Ecos y preguntas que surgen después de leer este capítulo:

1. ¿Te sentirías cómodo proponiendo episodios, pasajes evangélicos, dichos, relatos de Jesús relativos a la afectividad, la corporeidad, la acogida de las personas?
2. La amistad que unía íntimamente a Jesús con Lázaro, Marta y María, Juan, ¿qué sentimientos te produce? ¿Te sientes cerca de estas hermosas relaciones de amistad? ¿Lo presentarías, si nunca lo has hecho, a los adolescentes y jóvenes?
3. El respeto que Jesús tenía y enseñaba a las mujeres es realmente hermoso y revolucionario. ¿Crees que este tema tiene actualidad hoy en día?
4. Sobre la castidad entendida como autodominio, ¿hasta qué punto te sientes capaz, preparado, convencido de hablar de ella a los adolescentes y jóvenes? Una cierta castidad que se propone es ciertamente utópica hoy en día. Por tanto, ¿puede seguir siendo algo digno de proponerse hoy en día? ¿Crees que podría avergonzarte proponer esto?
5. El celibato para el reino de los cielos es otro de los temas significativos pero difíciles que propone la Biblia, ¿qué opinas al respecto? Si un adolescente o joven te preguntase sobre esto, ¿cómo responderías?

Espacios de libertad y la llamada al amor. El camino de la Iglesia

5.1 TRADICIÓN Y ENSEÑANZA DE LA IGLESIA

Hacia un diálogo eficaz y valiente con el Pueblo de Dios

[1] La enseñanza sobre el amor y la sexualidad en la Iglesia ha seguido un proceso muy complejo. Una reflexión que estaba casi ausente en los primeros Padres de la Iglesia, muy importante y decisiva en san Agustín, sistemática en santo Tomás, casi obsesiva en los teólogos morales de los siglos XVIII y XIX, y objeto de documentos oficiales de los Papas a partir del siglo XX. **El Concilio Vaticano II tiene una importancia decisiva en la reflexión moral sobre la sexualidad** en el contexto del matrimonio, definido como «comunidad de vida y amor». Su verdadera esencia es el amor de la pareja y, a partir de este amor, la apertura para generar y educar nuevas vidas. Además, después de san Juan Pablo II, también el papa Benedicto XVI, continuó la línea de profundizar en la sexualidad humana y más concretamente en la ética sexual (*Deus Caritas Est*).

Benedicto XVI combina la teología del cuerpo con la teología del amor, donde tiene su auténtico fundamento. También en el Magisterio del papa Francisco, como se resume ampliamente en la encíclica *Amoris Laetitia*, se destaca la urgencia y la llamada a la educación sexual en el marco de una educación en el amor humano.

[2] Tal vez es verdad que somos hijos de una tradición ambivalente, como todas las tradiciones (arte, política o filosofía) quizá, pero es una tradición que evoluciona y cada vez vamos conociendo mejor a la humanidad. Es posible que nuestra comprensión no sea aún perfecta, pero, como decía san Agustín, estamos evolucionando.

Como herederos, hemos recibido un legado cultural e ideológico que ha tenido un impacto considerable en nuestra relación con nuestros cuerpos, la sexualidad, la fertilidad y el amor. **La Iglesia ha actuado en el marco de los conocimientos filosóficos y científicos y de la experiencia humana de que dispone.** Por su parte, ha habido diferentes tipos de diálogos y silencios en torno a esta esfera afectivo-sexual: diálogos abiertos, en búsqueda, necesarios, limitados, más amplios, silenciosos conscientemente, impuestos, elocuentes, etc. Lo importante es darse cuenta de que esta tradición ha sido testigo de innumerables cambios en los últimos cien y, especialmente, cincuenta años. Respiramos y actuamos en un nuevo contexto cultural, al igual que las primeras comunidades cristianas tenían su propio entorno. De hecho, la fidelidad no es a la tradición como «comportamiento», sino a los valores que la tradición transmite a las generaciones siguientes. A menudo, la fidelidad al valor implica un cambio de comportamiento.

[3] Por otro lado, hay una especie de cortocircuito que realmente les impide a las personas captar el sentido de lo que la Iglesia intenta transmitir y que, en consecuencia, se recibe en otro registro y da lugar a una comprensión completamente diferente. Con respecto a estos temas, los jóvenes (y muchos adultos) sostienen haber escuchado valoraciones de otro planeta, irracionales e inverosímiles, cuando la moral sexual se construye sobre reglas detalladas. La convivencia y una nueva visión más positiva de la afectividad y sexualidad han cambiado enormemente nuestras opciones de vida en los últimos cincuenta años.

Es indiscutible que la Iglesia ha buscado, con una fuerza argumentativa y propositiva más o menos exitosa, **una comprensión teológica y antropológica de la sexualidad humana.** En muchos casos, estamos llamados a localizar nuevos caminos y nuevas metodologías pastorales para perfilar un marco revisado y renovado de la propuesta evangélica en el ámbito de la moral sexual. El Magisterio ha buscado un diálogo eficaz y valiente con la cultura, especialmente desde los años del Concilio Vaticano II hasta nuestros días.

[4] La espiritualidad cristiana de hoy, **haciendo un uso oportuno y fructífero de las ciencias humanas y teológicas,** nos invita a «sacar del pozo inagotable» del mundo afectivo palabras y actitudes que nos guían: atención, acercamiento, acompañamiento, criterio, estímulo al crecimiento, positividad y respeto de las conciencias, así como ayuda al discernimiento y a la reflexión junto a los demás.

Es la hora de una hermenéutica más amplia, orgánica y sintética, como pedía el propio San Pablo VI el 31 de julio de 1968 (Audience general, Premisa, motivos, objetivos de la encíclica *Humanae vitae*). Debemos dejar atrás las guerras de nuestros antepasados, volver a la herencia que nos une y saber callar en algunas cuestiones menores, respetando los diferentes caminos.

Unidad en lo necesario, libertad en lo discutible y caridad en todo, como nos recuerda la frase atribuida a san Agustín.

Espacios para la educación afectiva y sexual en *Amoris Laetitia*

[1] Podríamos decir que hoy comienza una nueva etapa con ese acontecimiento dialógico y ejemplo privilegiado de sinodalidad que es la exhortación apostólica *Amoris Laetitia*. Dicha exhortación nos sugiere nuevas formas de diálogo a partir del valor de la escucha, de palabras nuevas y positivas, de la necesidad de ir al corazón del amor, de lo que se comparte y lo que se debe integrar en la vida, respetando con un cuidadoso silencio los discernimientos de la mayoría del pueblo de Dios.

Podemos decir que *Amoris Laetitia* es el fruto de un largo y articulado camino de la Iglesia. La vehemente invitación del papa Francisco a una discusión amplia, franca y abierta de los problemas reales se hace eco a lo largo de la exhortación, que incorpora muchos textos de los documentos del Sínodo, de las catequesis de los miércoles de 2015 y del Magisterio papal del pasado reciente, en particular de san Juan Pablo II y Benedicto XVI.

La novedad de una descripción luminosa, lo «positivo del amor», se impone ampliamente a una visión negativa. En todos los pasajes más delicados —bíblicos, doctrinales, espirituales o disciplinarios— el texto mantiene esta «vocación de integración». En una Iglesia que ha conocido «dos caminos» —excluir o integrar— las contingencias actuales imponen **una opción muy clara a favor de la integración.** La proclamación de la primacía de la misericordia y la insuficiencia de una fría lógica «objetiva» aparecen en todos los pasajes del documento.

Esto requiere, como el propio documento lo reconoce en sus páginas finales, un compromiso no solo «pastoral» sino «teológico» de otro tipo. El texto reconoce, en su primera página, «la necesidad de seguir explorando con libertad ciertas cuestiones doctrinales, morales, espirituales y pastorales. La reflexión de los pastores de la Iglesia y de los teólogos, si es fiel a la Iglesia, honesta, realista y creativa, nos ayudará a conseguir una mayor claridad» (AL 2).

[2] Especialmente al principio y al final del documento hay muchas páginas —sin duda seguirán siendo entre las más importantes— que están destinadas a destacar **aspectos importantes de la dimensión afectiva y sexual** que pueden orientarnos en la educación de los jóvenes. Repasémoslos con las propias palabras de *Amoris Laetitia*:

- «También nos cuesta dejar espacio a la conciencia de los fieles, que muchas veces responden lo mejor posible al Evangelio en medio de sus límites y pueden

desarrollar su propio discernimiento ante situaciones donde se rompen todos los esquemas. Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas» (AL 37).

- «Cuando la búsqueda del placer es obsesiva, nos aprisiona y nos impide probar otros tipos de satisfacción. En cambio, la alegría amplía la capacidad de goce y nos permite encontrar el disfrute en diversas realidades, incluso en las etapas de la vida en las que el placer disminuye» (AL 126).
- «La plena y madura espontaneidad de las relaciones es fruto del discernimiento de los impulsos del corazón [...]. El más sano erotismo, si bien está unido a una búsqueda de placer, supone la admiración, y por eso puede humanizar los impulsos» (AL 151). «En ningún caso podemos entender la dimensión erótica del amor como un mal permitido o como una carga que hay que soportar por el bien de la familia, sino como un don de Dios que embellece el encuentro entre los esposos» (AL 152).
- «El camino implica pasar por distintas etapas que convocan a donarse con generosidad: del impacto inicial, caracterizado por una atracción marcadamente sensible, se pasa a la necesidad del otro percibido como parte de la propia vida» (AL 220).
- «Ciertamente, hay que alentar la maduración de una conciencia iluminada, formada y acompañada por el discernimiento responsable y serio del pastor, y proponer una confianza cada vez mayor en la gracia» (AL 303).
- «El discernimiento debe ayudar a encontrar los posibles caminos de respuesta a Dios y de crecimiento en medio de los límites. Por creer que todo es blanco o negro, a veces cerramos el camino de la gracia y del crecimiento y desalentamos caminos de santificación que dan gloria a Dios. Recordemos que un pequeño paso, en medio de grandes límites humanos, puede ser más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quien transcurre sus días sin enfrentar importantes dificultades. La pastoral concreta de los ministros y de las comunidades no puede dejar de incorporar esta realidad» (AL 305).

El corazón del Magisterio en los últimos 50 años

«La Iglesia es una madre, y una madre no hace preferencias entre sus hijos. No los trata de forma desigual, les da a todos el mismo cuidado, la misma atención, el mismo tiempo. Dedicar tiempo es un signo de amor: si no dedicamos tiempo a una persona es una señal de que no la amamos» (ICVM 8).

La Iglesia se enfrenta hoy a un archipiélago de situaciones complejas, pero también muy diferentes entre sí. Necesita de la verdad y la misericordia, del diálogo y la sabi-

duría, manteniendo la mirada fija en el ideal antropológico cristiano. Por eso, si habláramos hoy de los criterios que guían el paradigma postconciliar de la ética sexual cristiana, podríamos ver un camino pastoral más audaz, en una línea de profundización respecto a todo el magisterio anterior. **¿Y qué criterios fundamentales hay que destacar?** Hemos identificado cuatro:

[1] Al leer la Biblia podemos redescubrir **el significado de la corporeidad**. Los cristianos se sienten cómodos con su cuerpo y hoy en día incluso la teología lo ve positivamente como un **cuerpo integrado**. Se han superado los dualismos del pasado que rodeaban lo corpóreo y lo material como inferiores a lo espiritual y que veían el cuerpo solo como un medio utilizado por la razón y la voluntad. El propio san Juan Pablo II propuso una «teología del cuerpo» (véase la catequesis sobre el amor humano titulada «Hombre y mujer los creó», 1995) y muchos teólogos hablan de la teología del Cuerpo de Cristo.

Sentimos que el cuerpo es un lugar de expresión, de comunicación, de encuentro, de contacto, de escucha del otro, de acogida. *Es limitación y finitud, pero también es encarnación y posibilidad.*

[2] Hoy en día hay una exaltación del placer, aunque no todos son iguales. **Un placer que construye a la persona**, pero no un placer consumista que se convierte en un mero objeto o en un medio, sino el placer como un fin. El pensamiento cristiano actual habla del **placer que se da, que se disfruta en la entrega al otro**. «Por algo será que un amor sin placer ni pasión no es suficiente para simbolizar la unión del corazón humano con Dios» (AL 142). En esta cultura de la satisfacción y el bienestar, en la que muchos reclaman solo el derecho al placer físico, quizá nosotros, como comunidad cristiana, debemos hablar hoy no tanto del «derecho al placer» como del placer que tenemos al relacionarnos con los demás, del placer que nos devuelve la entrega a los demás, el compromiso del amor.

Esto presupone una concepción que incluye la superación de los miedos al placer. La sexualidad humana presupone una relación interpersonal basada en el amor y como tal tiene una dimensión significativa: el valor unitivo. En el acto de la unión física hay placer, alegría, amor, vida. Es cierto que los hombres y las mujeres pueden estropearlo reduciéndolo al deleite físico y limitando al otro a un «objeto» placentero, pero el gesto siempre conserva su belleza y su nobleza si está inspirado por el amor. Más allá y junto a esto se encuentra el inestimable valor de la procreación.

[3] También hablamos de amor, pero no de uno cualquiera, sino del **amor como un don precioso y concreto de sí mismo**. El amor cristiano tiene su propio carácter; es un amor concreto que saca al otro del anonimato, que habla del otro como un «tú». **Es un amor responsable, respetuoso**, vinculado a los valores más que a los deberes, que no niega la biología, la física y la química de nuestra sexualidad, sino que la integra a la

luz de la responsabilidad humana y de la dimensión social de la persona. Por encima de todo, es el amor de Jesús. Cuando hablamos de amor, es un amor concreto que encuentra expresión en tantas modalidades afectivas.

[4] También debemos hablar de **la fecundidad del amor**. El amor, la sexualidad y los afectos, en una teología postconciliar, implican un amor fecundo.

Generar vida es importante en el sentido amplio que implica no solo tener hijos. San Juan Pablo II en *Familiaris Consortio* dice que la vida puede generarse de muchas maneras y por muchas razones. Hay muchas formas de ser fecundos, desde sobresalir en actividades individuales hasta la generosidad con los más necesitados, un celibato bien integrado.

Sobre todo, ser progenitores no es algo que cae del cielo, sino algo que hay que discernir, pensar y crear. Ser padre es un regalo; muchas personas, cuando tienen un hijo, descubren la maravilla de lo que es la vida.

5.2 ÉTICA, PSICOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA CRISTIANA

[1] La Iglesia nos invita a hacer **un esfuerzo para pensar, discutir y proponer** cuestiones educativo-pastorales en el ámbito afectivo-sexual ya que comprometen la plena realización de toda persona humana. En efecto, es necesario dedicar estudio, compromiso y nuevas energías a la educación afectivo-sexual de los jóvenes de hoy. Abordar el debate y la reflexión interdisciplinar en la pastoral juvenil nos permite constatar y a la vez reafirmar la integración de dos dimensiones:

- **A la luz de la ética**, entablar un diálogo permanente con los jóvenes que buscan construir un sentido de realización existencial para su propia vida y la de los demás. El corazón —símbolo de la amistad y del amor— tiene también sus normas, su ética. Por otro lado, la ética no puede prescindir de los nuevos descubrimientos científicos.
- **A la luz de la psicología**, reconocer que cada individualidad es una dignidad que hay que respetar y acompañar en las relaciones humanas cordiales y afectuosas.

En primer lugar, **necesitamos un enfoque de la ética para la formación educativa**. Hoy en día, la palabra ética tiene varios significados, que van desde una experiencia teórica, reflexión o argumentación, hasta la propuesta de observar y comprometerse con una práctica de vida que incluye las acciones de una persona o un grupo humano/comunidad. En ambas acepciones hay un denominador común: **es una reflexión sobre la práctica de nuestra vida**.

Lo humano no es solo un hecho descriptivo, sino un reto por construir. *Humanizar la humanidad* es el reto ético que ha acompañado a la historia y es un objetivo perenne en la educación de los jóvenes. Podemos definir la moral como la práctica de humanizarse en la historia junto a otros. Esta afirmación humanista abre el camino a la trascendencia, pues en la aceptación de la propia humanidad, busca en Dios su fuente de sentido profundo.

Es en este principio donde descubrimos **la fuerza de la pedagogía salesiana**. Desde el Sistema Preventivo, como inspirador de toda nuestra acción educativo-pastoral, promovemos el cuidado y cultivo de una humanidad fuerte, de una personalidad unificada. En otras palabras, frente a los desafíos sociales, culturales, morales o de otro tipo, la pedagogía salesiana ayuda a los jóvenes a ocupar su lugar en el mundo. La clave educativo-pastoral está en la perspectiva integral que considera todas las dimensiones de la persona, anima a descubrir las potencialidades de cada uno y lo acompaña en su desarrollo.

[2] Pero, en segundo lugar, la vivencia y comprensión de la sexualidad, dimensión constitutiva de la persona humana, está directamente ligada a la concepción antropológica que la sustenta. Por ello, **es relevante la perspectiva antropológica cristiana** que reflexiona sobre la persona en su existencia concreta y revela una propuesta integral y humanizadora.

Reorientar la formación de los jóvenes significa, pues, hablar de sus energías espirituales. La espiritualidad cristiana entra de lleno en esta configuración de la persona, ofreciendo contribuciones considerables. Utilizamos el término espiritualidad en un triple sentido: el antropológico, es decir, la dimensión psíquica e interior de la persona; el religioso, es decir, la dimensión espiritual de las culturas; el propiamente cristiano, es decir, la experiencia espiritual ligada a la revelación y a Jesús de Nazaret.

Pero ¿cuáles son los significados centrales de la sexualidad en nuestra vida espiritual cristiana?

- La afectividad y la sexualidad se ven hoy como un dinamismo que otorga energía a nuestra vida espiritual y no como su principal enemigo. Ambos son una invitación a encontrar nuestro destino espiritual no en la soledad, sino en la relación profunda con los demás. Nos invitan, exhortan y persuaden a las personas espirituales a salir de nuestra soledad y entrar en relación con Dios y con nuestros hermanos a través de una sexualidad sana en nuestro proyecto de vida.

En consecuencia, *nuestra sexualidad es un don de Dios que debemos integrar plena y gozosamente en nuestra espiritualidad*, y hoy nuestro mundo lo exige a los cristianos como uno de los signos proféticos que más necesita.

- Es imposible establecer adecuadamente una perspectiva cristiana de nuestra vida espiritual sobre la sexualidad sin *volver primero al valor que Dios ha dado a la carne humana y a los cuerpos sexuales*, lugar privilegiado del encuentro divino con nosotros.

Estamos convencidos, en el ámbito de nuestra vida espiritual, de que muchos creyentes tienen, simplemente, demasiado miedo a tomarse en serio el misterio de la encarnación y a actuar con madurez y libertad en el ámbito de su vida afectiva y sexual.

Si Dios confió en el cuerpo humano y lo honró tomando forma humana y aceptando la sexualidad humana como forma de relacionarse con toda la humanidad, cuánto más debemos esforzarnos por imitar el modelo de espiritualidad y sexualidad que nos ofrece el Verbo hecho carne. Dios eligió libremente convertirse, en Jesús de Nazaret, en un cuerpo sexuado como nosotros.

- Desde la perspectiva cristiana de *un proyecto de vida espiritual para seguir a Jesús* en la construcción del Reino de Dios, la experiencia de la sexualidad humana recibe un nuevo enriquecimiento y se abre a nuevos horizontes, si se vive conscientemente y se incluye en una visión cristiana de la vida.

En conclusión, *aceptar nuestra afectividad y sexualidad, así como su «positividad» dentro de un proyecto de vida elegido libremente, vivirla con serenidad en el contexto de nuestra fe y religiosidad, integrada y ordenada hacia el reino de Dios y sus valores, constituye el objetivo fundamental para vivir y desarrollar nuestra vida espiritual a partir del Dios de Jesús.*

5.3

ENFOQUES EDUCATIVO-PASTORALES QUE DEBEN SER REVISADOS

La persona humana constituye una unidad misteriosa, compleja y profunda. Cualquier visión extremista o dualista no hace justicia a esta realidad insondable y multidimensional, a la vez unitaria y convergente. Ante esta realidad, debemos evitar ciertos extremos, especialmente en materia de moral sexual.

Rigorismo o énfasis en la defensa

El **rigorismo** ha sido la forma de educar la afectividad durante siglos. Creemos que este tipo de formación es inadecuada en la actualidad porque se apoya, fundamentalmente, en un pesimismo hacia la persona, una forma muy negativa de ver el mundo afectivo-sexual. Su único y principal propósito es evitar las ocasiones de pecado, que tiende a vincularlo íntimamente con la tentación. De esta manera, se corre el riesgo de cuestionar todos los niveles de relación y alteridad como dimensiones necesarias para una humanidad plena y completa.

Se trata, pues, de un pesimismo antropológico, centrado en una cultura del miedo y del pecado, en una visión nociva del cuerpo que tiende a reducir la ética cristiana a un discurso prohibitivo y condenatorio de la sexualidad, restringiéndola exclusivamente a la dimensión genital. Dicha dimensión forma parte de la sexualidad que, sin embargo, tiene un significado mucho más amplio porque denota una forma sexuada (como hombre o mujer) de situarse en la existencia y en la relación con los demás.

El mundo de las emociones no puede ser leído por una inteligencia de tipo geométrico. Esto no significa que el mundo de las pasiones y los sentimientos sea un mundo sin lógica, imposible de descifrar e interpretar: lo que se necesita es un *enfoque inductivo y sapiencial capaz de reconocer la razón de los afectos*.

Un educador aséptico y distante, analfabeto emocionalmente y rígido, tendrá más dificultades para acompañar a los adolescentes y jóvenes. En cambio, nos hace falta una lógica iluminada por el Evangelio, que para nosotros es siempre el punto de referencia insuperable y del que hemos aprendido que los afectos no pueden separarse de las acciones y las palabras.

Ahora bien, si dicho modelo ha dejado de ser válido hoy en día, hay que decir que tampoco lo es **el modelo que hace hincapié en la lógica de la defensa** que, a menudo, tiende a revelar un «efecto bumerán» contraproducente (Bellantoni, 2015). En este terreno del afecto y la intimidad, hay quienes solo adoptan una actitud protectora. El peligro hoy en día es pensar solo desde la perspectiva de «no sufrir daño», en connivencia con el miedo a amar, el miedo a enamorarse, el miedo a establecer una relación, exasperada por una necesidad de no contaminación e invulnerabilidad. Desde aquí, el enfoque de la educación afectivo-sexual es exclusivamente una respuesta desde un punto de vista científico-informativo. Asumir únicamente la lógica del miedo contradice la lógica del amor.

Liberación sexual

No creemos, por tanto, que haya desaparecido todo el rigorismo. Sin embargo, tampoco nos parece adecuado, a la hora de considerar la moral sexual, el otro extremo, lo relacionado con lo que podemos llamar los «**movimientos de liberación sexual**». Surgidos, sobre todo, en el período de entreguerras, en los años treinta, proponen dar a los jóvenes un salvoconducto para cualquier tipo de comportamiento sexual. En esta permisividad postmoderna del «todo vale», el amor se pervierte.

Esta posición tiene consecuencias muy concretas y se traduce en varios planteamientos: el libre acceso a los anticonceptivos para los jóvenes, el derecho al aborto, la creación de lugares para relaciones sexuales en condiciones dignas, la aceptación y el

fomento de la masturbación asociada a una buena salud física, sexual y emocional. Este enfoque considera que la actividad sexual es, sin más, una condición necesaria y recomendable para el bienestar personal. Se caracteriza por la desconfianza en la familia como educadora sexual (reproduce los valores dominantes), por el concepto de «liberación», gestionando así la propia sexualidad para un beneficio satisfactorio.

Si nos fijamos bien, podemos ver como telón de fondo *el fenómeno de la erotización de la sociedad*. Es un fenómeno que, en parte, responde al anterior rigorismo y al clamor de la modernidad tardía.

En suma, lo que es importante poner de relieve como educadores es que hay modelos extremos que actualmente son inviables: el de la liberación sexual y el del exceso de severidad. Pensemos en Don Bosco, aunque hijo de su tiempo y a pesar de la complejidad de aquellos tiempos, fue un precursor de la comprensión moderna de la relación educativa, gracias a su «inmersión carismática» en la espiritualidad del amor de san Francisco de Sales. En las coordenadas de la espiritualidad del amor, hecha de dulzura y mansedumbre, la educación al amor adquiere una luz nueva y convincente para todos, incluso para los lobos del sueño de los nueve años de Juanito Bosco.



EN RESUMEN

El desafío educativo salesiano sigue siendo conservar y actuar según esta mirada integral que valora toda la persona y la anima a desarrollar todos sus recursos. La clave educativo-pastoral se halla en esta perspectiva unificada del joven que tenga en cuenta todas las dimensiones, que infunda vigor para descubrir las potencialidades de cada uno y lo acompañe en su desarrollo.

Dentro de los modelos de educación sexual, se debería optar por un modelo biográfico y ético con las siguientes características:

- *Una visión positiva* que parta de todas las posibilidades que nos da la sexualidad, basadas en el conocimiento científico.
- *Una visión realista* que reconozca que existen riesgos y problemas asociados a la sexualidad, como, por ejemplo, abusos, violaciones, prácticas de riesgo, embarazos no deseados, violencia sexual, etc.
- *Una visión afectiva*, puesto que los afectos nos impulsan a los encuentros sexuales y amorosos y a aquellos de tipo social (apego, amistad, sistema

de cuidado y empatía-altruismo) que nos permiten sentirnos seguros y devolver amor y atenciones.

- *Una visión ética*, como dijimos, para vivir «virtuosamente» en una sociedad muy plural y diversa.
- *Una visión cristiana*, es decir, promover el amor como lo entiende el corazón de Dios, a saber: oblativo, generoso y constante.

A través de estos modelos, elegimos acompañar las diferentes realidades de cada historia personal, para que saquen a la luz sus principios y sus valores; para que los contrasten y, si es necesario, los distingan de los valores de su familia, de la sociedad; para que se planteen formas de vivir la sexualidad basadas en convicciones éticas y, en consecuencia, todo esto forme parte de su proyecto de vida.

Estas perspectivas nos permiten acercarnos y acompañar a todo tipo de personas (creyentes de diversas religiones, pero también no creyentes).



PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Ecós y preguntas que surgen después de leer este capítulo:

1. ¿Reconoces y admites que a su vez sientes la necesidad de ser acompañado/ayudado/apoyado por otros educadores/adultos/religiosos/hermanos?
2. ¿Sientes la necesidad, el deseo, incluso la fatiga, que no es negativa en sí misma, de ponerte al día en el acompañamiento? En caso afirmativo, ¿qué haces o pretendes hacer?
3. ¿Cómo te has posicionado en el pasado con respecto a las cuestiones de afectividad y sexualidad? ¿Cómo resonaban en ti? ¿Tuviste personas que te transmitieron conocimientos, sensibilidad, atenciones, prudencia? ¿Has sido acogido en tus dudas, asombros y temores en vistas a superar o gestionar los miedos, las ansiedades y las crisis?
4. ¿Hasta qué punto sigues creyendo en el significado y el valor del pudor, de la vergüenza? Los adolescentes y jóvenes de hoy no están formados en este aspecto. ¿Cómo se aborda? ¿Se podría transmitir algo en este sentido?
5. ¿Qué crees que has asumido y hecho tuyo de la vida de Don Bosco, de su estilo, de su forma de estar entre los jóvenes, de su acompañamiento? ¿Consideras que estás poniendo en práctica esta experiencia de algún modo?

Crecimiento personal del educador salesiano. Áreas para profundizar

6.1

LA «AMOREVOLEZZA»: UNA EXPRESIÓN FASCINANTE DE DON BOSCO

[1] El **potencial educativo del Sistema Preventivo de Don Bosco** se expresa de manera privilegiada en la relación bidireccional y personalizada entre el educador y el educando. El aspecto del amor educativo es particularmente importante y ha sido subrayado en numerosos testimonios de antiguos alumnos de Don Bosco que han hablado de su bondad paternal, que se expresaba en forma de innumerables atenciones.

Por eso, la esencia de la educación salesiana es precisamente la implicación del educador en *una relación viva y vivificante con los jóvenes*, orientada a construir un correcto camino de crecimiento humano y cristiano. Se trata de un auténtico amor afectuoso dirigido a todos, fundamentalmente universal y comunitario.

Podemos decir que la identidad del educador salesiano se compone principalmente de amor, de la intencionalidad responsable y desinteresada de desear y buscar el bien de los demás, de saber infundir confianza y manifestarla de manera claramente

«comprensible». El término específico de Don Bosco, «amorevolezza» (bondad o amabilidad amorosa), a diferencia de otros sinónimos, forma parte de una tríada que contiene los más altos valores humanos y educativos: la razón y la religión. Aparece no solo como un «medio» pedagógico, sino como una verdadera piedra angular, junto con las otras dos, de todo el Sistema Preventivo. Por tanto, según Don Bosco, esta amabilidad acaba representando una dimensión esencial de la acción salesiana a todos los niveles: **asistencia, educación, pastoral, espiritualidad, convivencia.**

[2] La «amorevolezza», considerada no solo como un método sino como estructura y dimensión afectiva de la personalidad del joven, no es expresada por Don Bosco a través de afirmaciones teóricas peculiares. Se trata más bien del presupuesto y del resultado natural de un proceso educativo destinado a **construir y reconstruir a los jóvenes, a menudo privados de amor.** Una experiencia fundamental para el desarrollo de la personalidad, especialmente de los niños huérfanos y abandonados, a merced de las circunstancias o de presiones destructivas. Los educadores y las comunidades de Don Bosco tienen precisamente esta tarea de formar o integrar las experiencias; entre ellas, el componente afectivo no es menos importante que el religioso y moral.

«Su deseo de poner remedio a los traumas producidos en los adolescentes por el desarraigo social y la inestabilidad familiar le hizo muy sensible a la necesidad de restaurar un “espacio transaccional”, gracias a su afecto y al ambiente del Oratorio. Esto lo consiguió de forma magistral y sigue siendo una de sus mejores intuiciones» (Thévenot, 1988).

Pedagógicamente es un «área transaccional» que tiende a convertirse en una forma estable de vida adulta. La experiencia del amor educativo por su potencialidad intrínseca se convierte en el joven que se aproxima a la madurez adulta, en la capacidad de recibir y dar amor al mismo tiempo. Por eso es fundamental que **los jóvenes perciban, sientan y experimenten el amor de forma duradera.**

[3] Esta caridad pastoral y educativa salesiana no solo exige predilección por los jóvenes, confianza en ellos y sabiduría paterna, sino que activa también un conocimiento rico en humanidad y en un amor manifiesto. En efecto, el amor, principio catalizador del método salesiano es, ante todo, **un auténtico amor humano como el de Cristo, un afecto educativo que hace crecer y genera correspondencia en las relaciones.** «Que los jóvenes no solo sean amados, sino que ellos mismos sepan que son amados». El *si vis amari, ama* (si quieres ser amado, ama) también se aplica a ellos. La necesidad de ser amado coincide progresivamente con la necesidad y la capacidad de amar.

Por tanto, la «amorevolezza» da un tono especial al aspecto interrelacional entre el educador y el joven. De todos los posibles ecos semánticos de esta palabra, podemos concluir diciendo que el significado salesiano más genuino es la idea de amistad fraterna y paterna, de afecto dado y recibido, de experiencia «amorosa» en las relaciones,

de amor demostrado (visible, perceptible). El amor que proponemos abre el corazón y la inteligencia del joven al educador, hace que nuestras propuestas e intervenciones sean bienvenidas y estimula su iniciativa y creatividad. El amor expresado en esta palabra podría definirse como el «principio supremo» del método educativo de Don Bosco, el «alma» de su estilo educativo». Se trata, pues, de un modo afectuoso de amistad, muy alejado de la «caridad» selectiva, formal e inflexible.

En palabras de Don Bosco, «el Sistema Preventivo brinda al alumno una lección que previene, de manera que el educador pueda seguir hablando en el lenguaje del corazón, tanto durante como después de su educación. El educador, habiendo ganado el respeto afectuoso de su protegido, podrá ejercer una gran influencia sobre él, para admonirle, aconsejarle e incluso corregirle cuando se encuentre en el empleo, en los cargos civiles y en el comercio. Por estas y otras muchas razones parece que debe preferirse el sistema Preventivo al Represivo» (FS 435).

[4] Solo el vínculo afectivo hace posible la «**familiaridad**» (término adoptado por Don Bosco y heredado en la tradición salesiana), que significa espontaneidad, naturalidad, cordialidad, conocimiento, convivencia, comunión de vida y de acción, relaciones amistosas y de confianza.

Más concretamente, razones psicológicas, históricas y religiosas llevaron a Don Bosco a concluir que la educación es obra de una estructura educativa esencialmente familiar. Fue descrita por Don Bosco sobre todo en la «*Carta de Roma*» de 1884 y para los educadores es un manifiesto por su insistencia en la pedagogía familiar, el ambiente original de afecto, respeto, socialización, diálogo y confianza: «La familiaridad trae el amor y el amor trae la confianza» (FS 445).

Para ser más precisos, las palabras de Don Bosco resumen la variedad de significados y matices de la «amorevolezza»: amor («ser amado»), corazón, benevolencia, afecto, mansedumbre, paciencia. Las expresiones como «los amo tanto», «los amo en el Señor», «la caridad, la paciencia, la mansedumbre, los reproches nunca humillantes» y otras más se repiten con frecuencia en su correspondencia en relación con los educadores y los jóvenes. Don Bosco no deja nunca de formar a sus colaboradores en la importancia de los modos afables y joviales, amables y sencillos, marcados por la piedad cristiana, con los que se puede conquistar la confianza de los jóvenes.

Esta es una exigencia universal e incondicionada. La acogida, el «amor demostrado» y la familiaridad salesiana son la base de la educación, el aceite y el vino que el buen samaritano usa para curar las heridas del hombre maltratado. A imagen de Dios, que hace llover sobre buenos y malos, la «bondad amorosa» salesiana se ofrece a todos, aún más a quienes llevan en sí las heridas causadas por la falta de acogida y afecto, aunque en primera instancia y desde el punto de vista humano, puede ser menos apete-

cible establecer un vínculo educativo afectivo con jóvenes heridos que tal vez tengan el «olor a oveja» (palabras del papa Francisco) mucho más fuerte.

A la luz de todo esto, **la reivindicación de la afectividad en la educación salesiana** conduce a nuevas relaciones, nuevas formas de estar juntos y nuevos tiempos y espacios.

6.2

EL AMOR A LA MANERA DE JESÚS: UNA ALTA MEDIDA DE LA CARIDAD

[1] Como acabamos de ver, un educador que acompaña debe necesariamente ponerse en la perspectiva de emprender un camino personal: **no podemos dar testimonio a los jóvenes de lo que no poseemos, no podemos entregar una herencia que no nos pertenece**. Este itinerario también es posible gracias al análisis y a la reflexión minuciosa y profunda sobre la realidad cotidiana y la experiencia personal.

No podemos pretender ayudar a más jóvenes si, en primer lugar, no nos sentimos implicados personal y activamente en este proceso de crecimiento. Es importante adquirir la mentalidad de que la educación para el amor es un camino que, ante todo, *debe recorrer el educador con la convicción de que nunca se acaba de transitar*.

Reflexionar sobre la realidad cotidiana y la experiencia personal implica una búsqueda cada vez más profunda y auténtica para responder a preguntas como «¿quién soy yo?», «¿quién es el otro para mí?», «¿qué quiero ser para el otro?». Cada uno de nosotros es parte integrante de **un proyecto único de amor** donde los otros deben ser un «terreno sagrado», puesto que la relación que nos une tiene que caracterizarse por la actitud de respeto y de escucha.

Aprendemos a amar solo haciéndonos don para los demás, lo cual significa despojarnos de nosotros mismos, de nuestras necesidades, miedos y tabúes y aprender a compartir realmente con los demás; con humildad y valentía nos mostramos como somos, sin avergonzarnos de expresar nuestra necesidad de ser amados.

[2] Para realizar este exigente camino, no debemos olvidar que, para los educadores salesianos, el amor significa lucha, desafío, conquista, que puede llegar a ser agotador y vano si no nos remitimos a la verdadera fuente del Amor que es Cristo. **El Señor Jesús amó y ama a todos, siempre y en primera persona**. ¿De dónde va a salir si no la Buena Noticia que los educadores salesianos podemos ofrecer a los jóvenes?

«El amor de Cristo nos urge» (2 Cor 5,14). En estas palabras de san Pablo a los cristianos de Corinto, el santo revela cuál es la fuerza interior que le sostiene en su ministerio de anunciar el Evangelio, que le ha llevado a afrontar peligros y persecuciones, que le ha dado el valor de predicar a Jesús. Es un apóstol por amor, por amor a Jesús que le ha ganado el corazón y por amor a sus hermanos y hermanas con quienes quiere compartir su mayor descubrimiento: Jesús y su Evangelio. Esta es el alma del servicio del educador salesiano.

La actitud del educador se inspira, pues, en el amor que viene de Dios, que siempre toma la iniciativa: crea, redime y perdona; de Cristo que viene entre nosotros, que provoca y escucha nuestras oraciones; del Espíritu Santo que previene inspirando, que continúa sosteniendo al principio, durante y al final de toda acción salvadora. Es el estilo universal de «estar presente», de «ser para».

Para un educador salesiano, crecer en el amor de Cristo significa amar cada vez más a los niños y jóvenes que se le confían con los mismos sentimientos de Jesús. Ama más a los que tienen dificultades. Se trata de vivir el amor de Jesús —una entrega total vivida con el cuerpo, el corazón, la mente y el alma— dando testimonio de ello y enseñándolo a los jóvenes. Pero para recibir y dar amor como Jesús, es necesario formarse para ello. Sin duda, es *un amor exigente que nos conmina a una conversión continua* para ampliar el tamaño de nuestro corazón, pero que nos da la recompensa de la verdadera alegría al descubrir que tenemos un ligero parecido al corazón misericordioso de Dios Padre y de Jesús.

6.3

ACTITUDES Y COMPETENCIAS DEL EDUCADOR QUE ACOMPAÑA

Adultos de referencia en términos de confianza

A partir del análisis contenido en las páginas siguientes, podemos identificar **algunas actitudes fundamentales con las que deberíamos contar como educadores salesianos, con la amplitud del corazón de Jesús:**

[1] Percibimos con claridad que los jóvenes manifiestan con fuerza la necesidad de apoyo y cercanía del mundo de los adultos. Pero, bien mirado, estamos hablando de educadores que sean **figuras positivas de referencia** en el proceso de crecimiento hacia la madurez, especialmente en el desarrollo de la afectividad; y todo ello en un

mundo, como hemos explorado, cada vez más marcado por la incertidumbre y la precariedad. Para llevar a cabo esta tarea de crecimiento, los jóvenes necesitan de un acompañamiento propositivo, persuasivo e incentivador, a condición de que no esté teñido de moralismo y actitudes enjuiciadoras o de intentos de manipulación y control. Si los jóvenes no se sienten acogidos, aceptados y comprendidos, les resulta difícil abrirse a formas de escucha y participación. Todo lo que queramos que adquiera su inteligencia se debe incluir en un contexto de interacción no solo con ellos, sino también con la cultura y las sensibilidades de nuestro tiempo.

Educar es creer en la vida, aun derramando lágrimas. Educar es tener esperanza en el futuro, aunque los jóvenes nos decepcionen en el presente. Educar es sembrar con sabiduría y cosechar con paciencia. Educar es ser un buscador de pepitas de oro que va tras los tesoros del corazón [...]. Un verdadero educador no es un ser humano perfecto, sino alguien que tiene serenidad para donarse y sensibilidad para aprender. [...] seres humanos que hablen su lenguaje y sean capaces de penetrar en su corazón (cf. Cury, 2013).

Educar significa desarrollar convicciones gracias a la palabra que penetra y transforma, a través del **ejemplo concreto y visible del adulto**. La experiencia acumulada y el conocimiento del mundo de los adolescentes que deriva de ellos nos convence cada vez más de que la educación afectiva y sexual pasa por relaciones concretas, maduras y duraderas. Por eso los jóvenes necesitan adultos de referencia con un deseo de autenticidad y de construir verdaderas relaciones. En busca de dichas referencias, los jóvenes, por lo general, más que escuchar, miran al adulto. De allí se desprende la necesidad y la responsabilidad de formar integralmente a los educadores, de brindar tanto modelos a los que aspirar como una significativa autoridad moral que respalda dicha tarea educativa. Es interesante analizar, en nuestros grupos de educadores, la educación que ya estamos llevando a cabo.

Somos conscientes de la sed que tienen los jóvenes de respuestas significativas y convincentes sobre la que reclaman nuestra atención; asimismo, de su necesidad de acercarse a formas de vida atractivas que interpelen al corazón y no sean simplemente «correctas». Los jóvenes necesitan el vínculo con un adulto en un «terreno firme, pero tranquilizador», que nunca se transforme en lejanía sino en un acompañamiento rico en proximidad y testimonio.

El educador que se entrega con voluntad y madurez a su responsabilidad educativa descubre, poco a poco, que se ha dejado involucrar *en una historia que le hace crecer a él también, que le devuelve cien veces*, en términos de madurez humana, lo que ha dado. Donarse libremente a la vida de los demás y a su crecimiento lleva a convertirse en adultos más libres, más capaces de amar a los demás con abnegación y, si es necesario, con sacrificio. **El educador adulto sigue aprendiendo «con» los jóvenes**, experimentando

la belleza de ver florecer la libertad del otro como mi interlocutor. Se convierte, él o ella, en posible testigo de historias humanas extraordinarias, cargadas de riqueza o de pobreza, de crecimiento o de regresión. Puede ver el desarrollo y la transformación de los jóvenes hacia el futuro adulto como si hablaran también de él mismo.

[2] La cultura actual estimula en los jóvenes la idea de la libre elección, pero lo que a menudo sucede es que no están capacitados para asumir ciertas responsabilidades. También hay que tener en cuenta que los jóvenes de hoy están atrapados en la contradicción entre lo que se les enseña y lo que realmente viven. A esta discrepancia, se suman otros aspectos personales, como la falta de experiencia de diálogo, el acentuado sentimiento de posesión y los apegos excesivos o la presencia de cambios bruscos. En cualquier caso, necesitan mucha ayuda para discernir sus opciones de vida. Pero teniendo en cuenta el crecimiento de cada joven y el acompañamiento que conlleva, es necesario entender que **educar con el corazón es confiar en el joven**, no caer en un dirigismo que invalide la relación ni en la trampa de «gestionar» la vida de la persona.

La actitud que parece prevalecer es la de la desconfianza en el joven y un cierto pesimismo respecto a la capacidad de la persona para entender, elegir y hacer el bien por sí misma. Es imprescindible transmitirles el poder del compromiso consigo mismo, con lo que se siente, con lo que se piensa y con el propio cuerpo. Como no hay libertad sin compromiso, tampoco se es libre si se desconocen plenamente todas las condiciones que implica una dinámica como la sexualidad.

El joven habla en la medida en que es escuchado, ama si es amado y tendrá confianza en sí mismo si a su vez la recibe.

Como hemos dicho, la «amorevolezza» de Don Bosco es un amor intensamente pedagógico por cuanto conlleva un consenso sobre los valores que el educador propone y, por tanto, va más allá de la persona, porque el adulto no «gana» el corazón del joven, sino que lo atrae hacia la bondad, la libertad y, en definitiva, hacia Dios. Solo entonces será posible crear una relación educativa verdaderamente digna de ese nombre, es decir, libre de formas sutiles de chantaje, violencia, compensación emocional y traición al verdadero bien del joven. Efectivamente, educar al amor con la pedagogía salesiana, como hemos visto más arriba, es una tarea difícil, un arte que se consigue con una larga formación y mucha paciencia. No hay respuestas preconfeccionadas. El educador está llamado a amar sin poseer, a servir sin dominar. Para elaborar la propia biografía afectivo-sexual, el niño, el adolescente y el joven deben experimentar la responsabilidad de hacerse cargo de sí mismos, de descubrir su propio camino.

[3] Una expresión típica de la caridad educativa salesiana es, sobre todo, **el encuentro personal con cada joven**. Don Bosco era un especialista de los primeros encuentros, que tenían lugar en la calle o en un sitio cualquiera. Era capaz de despertar inme-

diatamente la confianza, de eliminar las barreras, de provocar la alegría. Algunos de estos «primeros encuentros» han quedado en la historia como fundacionales. El propio Don Bosco lo atestigua:

«Lo que más atrae a los jóvenes es una acogida cordial. Una larga experiencia nos ha hecho entender que el buen resultado de la educación de los jóvenes consiste, sobre todo, en hacerse querer para que luego nadie pueda ser temido» (FS 42).

Don Bosco recuerda con gusto sus primeros encuentros con los chicos, se detiene a reconstruir paso por paso el intercambio de palabras y los propone como modelos pedagógicos. Tal era el recuerdo y la importancia que estos encuentros le habían dejado que los convierte en el centro de las biografías que Don Bosco escribe. Estaba convencido de la calidad de las relaciones del educador-pastor en cada encuentro personal. **La experiencia concreta es la asistencia salesiana.** Este enfoque requiere una *acogida a largo plazo*. La educación no es «aconsejar y desaparecer» sino que requiere de un acompañamiento a largo plazo. La amistad y la paternidad salesianas son manifestaciones de un amor que crece al educar y, al crecer, tiene un impacto aún mayor en la educación.

En la asistencia salesiana está el compendio de la pedagogía salesiana, entendida como:

- deseo de estar con los jóvenes y compartir la vida con ellos;
- presencia física dondequiera que se encuentren, dando el primer paso y haciendo el esfuerzo de conocerse;
- fuerza moral con capacidad de animar, estimular y recuperar (no es una fría vigilancia carente de interés);
- protección y desarrollo de las potencialidades mediante experiencias positivas (doble aspecto preventivo);
- estímulo a la convivencia con motivaciones inspiradas en la racionalidad de las normas;
- fortalecimiento de la capacidad de los jóvenes para responder de forma autónoma a los valores.

[4] En un mundo cada vez más variado, renovar la cultura del acompañamiento requiere también la valorización del potencial de todas las figuras que, por diferentes razones y de diversas maneras, desempeñan un papel de referencia en la vida de los jóvenes. La Comunidad Educativo-Pastoral desempeña un papel decisivo. No solamente los padres, sino también muchas otras figuras como profesores, educadores, entrenadores, animadores y, finalmente, los amigos y compañeros en su conjunto. En efecto,

la amistad-asistencia conduce, por parte de todas las figuras, a la responsabilidad compartida, otra de las manifestaciones muy especiales de la relación educativa salesiana.

Es importante que todos los miembros de las Comunidades Educativo-Pastorales asuman la responsabilidad de «hablar al corazón», de forma personalizada y personalizadora, pero con un lenguaje compartido. Esto significa asegurarse de que cada persona construya **una comunidad capaz de vivir y transmitir valores compartidos**. La «amistad y la paternidad» salesianas crean el contexto en el que los valores se hacen comprensibles y las necesidades aceptables. Sin embargo, es necesario compartir esta responsabilidad. Este camino requiere el testimonio de la vida comunitaria y las buenas relaciones interpersonales. La maduración de nuestra «comunidad» también influirá en el crecimiento de los jóvenes. Solo mejorando personalmente las Comunidades Educativo-Pastorales podremos ser una influencia positiva para ellos.

Los desafíos educativos de hoy necesitan **comunidades de adultos reconciliadas con su edad, sus límites, su afectividad y sexualidad**, dispuestas a exponerse con el otro en una relación compleja que requiere propuesta y espera, palabras y silencio, amabilidad y energía. Todo contextualizado según lo que sugiere cada situación, en la que el bien y el crecimiento del otro son los criterios de discernimiento. Cuando los jóvenes se confrontan con mensajes y modelos coherentes en todos los ámbitos de la vida, se crea a su alrededor una Comunidad Educativo-Pastoral saludable, en la que se entrelazan la libertad y la responsabilidad.

Por eso es importante, antes de afrontar los criterios educativos, tomar conciencia de las áreas de crecimiento y, por tanto, las competencias que hay que adquirir en los educadores. Estos elementos han surgido del estudio y examen atento con los delegados de pastoral juvenil de todo el mundo y son el resultado de la reflexión contenida en los capítulos anteriores del presente texto.

Las competencias del educador acompañante

La comunicación es siempre una red de relaciones auténticas (cf. Castells, 2004 y 2010; Buckingham, 2007, Pastor y Romano, 2015) y los lenguajes y sus criterios, a través de los cuales nos comunicamos con los niños, adolescentes y jóvenes, son tan o más importantes que los propios contenidos que proponemos los adultos. Los educadores no solo transmiten lo que piensan o lo que dicen, sino que más bien, a través de su comportamiento, comunican lo que hacen y lo que son. **Construir la relación es, por tanto, un objetivo educativo de importancia fundamental**. Gestionar las relaciones educativas implica gestionar la asimetría de roles entre los adultos y los jóvenes en crecimiento, las dinámicas emocionales y las experiencias. Como veremos, un buen acompañamiento de estos aspectos favorece la aceptación, entendida como dejar espacio a la libertad del otro, creando un *trait d'union*, es decir, un vínculo recíproco como proyecto para favorecer la construcción original de la identidad subjetiva y personal.

[1] Saber escuchar para poder educar. El diálogo, la escucha y el estímulo son necesarios como ejercicio de la competencia de saber interpretar la realidad e iluminar los problemas de forma precisa y objetiva. Implica atención, comprensión y esfuerzo por entender lo que dice el otro.

La escucha implica un cierto «descentramiento», en el que la atención se centra siempre en las experiencias, los sentimientos subyacentes y los movimientos internos de la persona acompañada. Tiene mucho que ver con la empatía, con *saber ponerse «en los zapatos» de la persona acompañada.*

Se escuchan toda la información y los «trozos de vida» que la persona quiere entregar y compartir en relación con lo que está viviendo, en la búsqueda de sus deseos más profundos. Lo que está en juego está más vinculado con la dimensión afectiva que con la cognitiva y expresa una voluntad mutua de introducir al otro en la propia vida. Lógicamente, esta actitud presupone tres condiciones:

- La primera, un silencio interior que toma la forma combinada de *paciencia y espera*, es decir, un silencio que sabe esperar con paciencia cuando la complejidad emocional de la persona acompañada no le permite describir con claridad, de inmediato, lo que le sucede, lo que desea o lo que la enajena. Requiere que la persona «cultive su mente y sus sentidos, que aprenda a escuchar, a hablar y a veces a callar» (AL 99). Como el proceso de maduración de los jóvenes requiere mucho tiempo, «es necesario acompañar con misericordia y paciencia las posibles etapas de crecimiento de la persona a medida que se va construyendo día a día y dejar espacio a la misericordia del Señor que nos anima a hacer todo el bien posible» (AL 308).
- La segunda no es menos importante y no puede darse por descontado, es decir, que *el acompañante haya hecho el ejercicio de escucharse a sí mismo, de conocerse* en sus puntos fuertes y débiles, y que no busque compensaciones ni cree dependencia de la persona acompañada. Requiere una gran libertad para desprenderse de la persona y una difícil combinación de cercanía/distancia, para poder ayudar mejor y de forma concreta a la persona acompañada. En otras palabras, es necesario tomar conciencia de lo que realmente somos (límites, posibilidades), dándonos tiempo para fortalecernos y comunicar lo que somos.
- Esto nos permite educar *utilizando palabras que expresan amor, afecto, cercanía*. Para el educador salesiano, el nervio central es el vínculo afectivo (la «familiaridad» de Don Bosco). La magia de este estilo educativo salesiano nos lleva a implicarnos en los procesos emocionales, reconociéndolos como igual de importantes (o más) que los racionales y dando la misma importancia a las acciones simbólicas y a los comportamientos formales.

[2] Para acompañar, es necesario tener siempre **una actitud de respeto y aceptación total de la persona del joven**. Se afronta algo sagrado de la persona y se experimenta la necesidad de tener que «quitarse los zapatos» ante la tierra sagrada que se va a pisar. Esto requiere la misma acogida y aceptación de Jesús en el Evangelio, tal como hemos visto en el cuarto capítulo, a saber, con amor, sin juzgar ni condenar y dejando que la persona exprese desde lo más profundo de su ser lo que siente y lo que sufre. Como a veces faltan las palabras, podemos proponer las opciones de escribir, dibujar, utilizar el símbolo con el arte u otras modalidades gráficas. Sea cual sea la forma, lo que se pretende es expresarse y sacar lo que bulle dentro, lo cual es ya liberatorio.

El acompañamiento es un proceso de transformación que se organiza en torno al sujeto para mostrarle que él es el protagonista de su propia historia. No se aprende *a priori*, como un método, sino que se trata de un itinerario de transformación cuyos frutos se verán *a posteriori*. Por tanto, ¡es de fundamental importancia *detenerse en los pronombres!* Y tomar el «tú» en serio.

La moral sexual es detenerse en los pronombres, tomarse en serio el «tú», reforzar la ética de la confianza, es decir, «entrar en la vida de otra persona incluso cuando forma parte de nuestra propia vida, exige la delicadeza y moderación que puedan renovar la confianza y el respeto. [...] Efectivamente, cuanto más íntimo y profundo es el amor, más exige el respeto por la libertad del otro y la capacidad de esperar a que abra la puerta de su corazón» (AL 99).

«Tomar en serio el tú» implica ser educadores reales y creíbles, comprensivos y físicamente presentes, con los cuales los jóvenes puedan compartir sus ansiedades, problemas y etapas de crecimiento (personal, social, sexual, afectivo, relaciones interpersonales, etc.). En efecto, «cuando una persona que ama puede hacer el bien a los demás o ve que son felices, ella misma vive felizmente y así da gloria a Dios, porque “Dios ama al que da con alegría” (2 Cor 9,7). Nuestro Señor aprecia de manera especial a quienes se alegran de la felicidad del otro» (AL 110).

Lo que se puede aprender, sobre todo, de la experiencia con los adolescentes y jóvenes no es solo la huella que dejamos los adultos en ellos sino cómo les acompañamos en el tratamiento de sus cuestiones más profundas, no solo las explícitas sino también las implícitas, que son incapaces de formular por sí mismos. Se trata de fomentar la alfabetización afectiva (aprender un vocabulario relacionado con sus estados de ánimo, sentimientos y emociones). El apoyo durante el desarrollo afectivo, más que «lecciones», es **un diálogo de profundización, un «análisis de su demanda»**, la acogida de ese deseo de autorrealización en una realidad completa, la de la propia persona y la del otro.

Es evidente que los jóvenes les piden a los adultos algo más que un «manual de instrucciones»: piden que se les «tome en serio», se les escuche y se les considere capaces

de criticar y evaluar, porque ellos mismos se sorprenden de su capacidad personal y recíproca de escuchar y dialogar, de la posibilidad de enfrentarse a cuestiones que plantean problemas que no tienen una respuesta de manual y dejan un vacío. Piden que se les considere capaces de enfrentarse a todo ello y asumirlo con responsabilidad.

[3] Es importante destacar **la formación en el arte del asesoramiento, la orientación educativa y el acompañamiento espiritual**. Los verbos transitivos «educar» y «orientar» deben utilizarse para significar que la orientación no es una cuestión teórica, sino operativa. Orientar significa educar y ayudar a la persona a alcanzar metas importantes en su desarrollo como, por ejemplo, la construcción de la identidad, la realización de un proyecto personal de vida, la dinámica de elección y decisión, una actividad laboral y profesional honesta y satisfactoria en respuesta a la búsqueda de sentido y a la llamada vocacional, que constituye la realización de toda existencia.

Por tanto, es necesario contar con educadores *competentes en los procesos educativos*. Consciente de ello, la formación de los educadores es cada vez más necesaria. En efecto, acompañar no es simplemente exhortar a hacer el bien, ya que para hacer el bien, hay que saber en qué consiste y hacerlo de la mejor manera posible.

La necesidad imperiosa es formar adultos referenciales, educadores íntegros que se animen a exponerse, a ser interpelados y acompañar a los otros, a salir de sí mismos; que sean capaces no solo de brindar narraciones excelentes sino también de dar testimonio creíble y visible en sus vidas de lo predicán con su voz.

La persona que desea acompañar en las esferas afectiva, relacional y sexual debe estar capacitada para ello. No basta con tener el deseo y la buena voluntad. En el terreno, necesitamos una seria preparación puesto que se nos pide **una elaboración antropológica, teológica y pastoral** más profunda sobre ciertas cuestiones relacionadas con el cuerpo, la afectividad y la sexualidad. Se nos exige que seamos personas de oración, en relación familiar con Dios: «Hoy más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos en los que prevalece la prudencia, la comprensión, el arte de la espera y la docilidad al Espíritu, para poder proteger las ovejas de los lobos que pretenden dispersar el rebaño» (EG 171).

[4] La Iglesia no se cansa de señalar el objetivo de una antropología basada en el valor de la diferencia, el respeto, la reciprocidad, el don, la armonía entre cuerpo y espíritu. «Pero —se pregunta el Papa en *Amoris laetitia*— ¿quién habla hoy de estas cosas? ¿Quién es capaz de tomar en serio a los jóvenes? ¿Quién les ayuda a prepararse seriamente para un amor grande y generoso? La educación sexual se toma demasiado a la ligera» (n. 284). Por lo tanto, la afectividad y la sexualidad, más aún para nosotros los educadores del amor, no son tema prohibido o escondido.

«Los jóvenes reconocen que el cuerpo y la sexualidad tienen una importancia esencial para su vida y en el camino de crecimiento de su identidad [...]. Al mismo tiempo, los jóvenes expresan un explícito deseo de confrontarse sobre las cuestiones relativas a la diferencia entre identidad masculina y femenina, a la reciprocidad entre hombres y mujeres y a la homosexualidad» (CV 34).

En este contexto, el educador debe desarrollar **la capacidad de acompañar a todos y cada uno de ellos, de forma serena y abierta, considerándoles únicos**. Al hablar del proceso de descubrimiento y construcción de la propia identidad, está cada vez más claro que no podemos analizar el curso de una persona desde un solo punto de vista, dado que todos están interconectados y en constante interacción. Si la raza, el estatus social, la religión o la orientación sexual son algunos de los elementos que subyacen a la identidad, la interacción entre homosexualidad y cristianismo son elementos esenciales en la autocomprensión y autoaceptación de la persona.

Es a través de los testimonios personales, sobre todo, como podemos percibir las dificultades, en relación con la fe y su orientación sexual, que ya desde la infancia habían vivido algunos jóvenes. En ocasiones, la lucha contra uno mismo y los propios sentimientos frente a planteamientos morales que los excluyen, es una constante.

Y a partir de esta realidad, el sufrimiento se hace mayor porque se experimenta el bagaje de lo que significa sentirse perdido, así como la soledad de experimentarlo, y el peso de la herida que a duras penas se comparte.

Cuando hablamos de este tipo de acompañamiento, nos referimos, a menudo, a personas generalmente muy afectadas o, al menos, con experiencias vitales, cuyo desenlace es una experiencia interior psicológica, afectiva y/o espiritual negativa. Son personas que posiblemente han desarrollado una cierta autoconciencia y se consideran incapaces de un amor fiel y oblativo porque no están «a la altura» como seres humanos y como cristianos. El desconocimiento lleva al miedo y este genera toda una serie de actitudes como no escuchar, prejuzgar, cerrarse a la defensiva y demonizar al otro e incluso a la violencia.

Ser homosexual en cualquier contexto cultural y religioso implica un camino de opciones personales —que evidencian la propia condición libre del ser humano— y requiere la búsqueda de formas de vivir la fe que uno no suele plantearse. Por consiguiente, cuando se habla de acompañamiento de la unicidad o singularidad, está claro que no se trata de un proceso más, sino que se necesita **un acompañamiento especializado y sostenible en el tiempo**. En particular, al superar con decisión la visión «patológica» de la homosexualidad, hemos de estar atentos al modo como la persona consigue integrar este «rasgo» particular y hacerlo interactuar en el camino global de la maduración personal. Y en esto debe concentrarse la tarea del educador.

Por eso se trata de un acompañamiento que pretende no solo la toma de conciencia de la propia orientación homosexual, sino también su aceptación. Es necesario aceptarse por lo que uno es, bajo la mirada sanadora de Dios que no tiene «hijos equivocados», sino, simplemente, hijos, y cada uno único y digno. *Superar este conflicto interior es esencial para la integración personal y para apoyar su propio camino espiritual. Asimismo, se convierte en una premisa importante para la creación de una sana unidad interior.*

La gama de jóvenes «pobres y abandonados» de los que se ocupa Don Bosco es amplia y de muchos matices. Y es aún más amplia la que entra en el radio de su imaginación hasta coincidir casi con todo el mundo juvenil. Según Don Bosco, tratándose de **una «edad delicada», se ve amenazada con mayor facilidad, por lo que es más necesitada de atención, protección y cuidado.** En Don Bosco hay también una conciencia viva, y experimentada, de la gran variedad de niveles morales, religiosos, culturales y sociales en el mundo de los jóvenes: pobres, sociables, acomodados y ricos; analfabetos, educados y cultos; buenos, indiferentes, difíciles, malos y delincuentes. Ninguno de los protagonistas de los libros biográficos y narrativos de Don Bosco es idéntico a otro: Domingo Savio, Miguel Magone, Francisco Besucco, Valentín, Severino, así como personajes menores en otros opúsculos. Cada uno tiene su propio carácter, sus propios antecedentes familiares y su propia historia.

Por eso Don Bosco no solo propone objetivos y programas de manera gradual, sino que escribe, habla y se ocupa de los jóvenes de forma diferenciada. Es un requisito de esa racionalidad que es uno de los fundamentos de su sistema.



PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Ecós y preguntas que surgen después de leer este capítulo:

1. Si piensas en tu pasado como adolescente, como joven en una parroquia, oratorio, escuela salesiana o no, ¿qué modelos, qué figuras de referencia, qué testimonios recuerdas haber tenido y qué huella crees que han dejado en ti, en tu crecimiento y maduración?
2. Partiendo de tu realidad, ¿crees que trabajamos por la formación permanente de los educadores, para que sean no solo mediadores competentes, activos y conscientes, sino también personas capaces de vivir la exigente opción de la vida afectiva con suficiente libertad y madurez?
3. ¿Las personas que forman nuestras Comunidades Educativo-Pastorales son coherentes a la hora de proponer relaciones auténticas, alentadoras y serenas que permitan que florezca el amor auténtico en los jóvenes?

Educar a los jóvenes en el amor. Diez criterios educativos

7.1 ACOMPAÑAR LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD

[1] El tema de la identidad es, sin duda, fundamental en la educación contemporánea. En el mundo actual, educar significa, a menudo, trabajar sobre los problemas, dejar que las personas experimenten las posibilidades y los límites, abrirse al otro, a lo nuevo, a lo esperado y a lo inédito. Y también significa, frecuentemente, ahondar en nosotros mismos, en nuestro mundo interior, en los muchos «yoes» que aparecen en nuestra conciencia, aceptando sus diferencias, particularidades y necesidades.

En una situación de complejidad, pluralismo, diferencias y multiculturalidad, la labor educativa consiste en ayudar a **componer la «sinfonía de los muchos “yoes” personales»**, dado que la primera pluralidad, alteridad o diferencia sería intrapersonal antes que interpersonal y social. Este trabajo debería incluir la formación y el compromiso para construir una identidad personal válida. Quizá se debería concebir la educación como un conformar nuestras oportunidades y potencialidades en una buena estructura, pero humana y, por tanto, limitada e incluso imperfecta, afrontando activamente las oportunidades contextuales de desarrollo.

Efectivamente, la formación de la identidad es uno de los temas principales sobre los que versan los interrogantes de los jóvenes. En su mundo afectivo y sexual, la pregunta «¿quién soy?» adquiere, inevitablemente, una nueva connotación y concreción

con relación a la diversidad sexual y de comportamiento. También esto se encamina en dirección del modelo biográfico y de acompañamiento. Cada joven desarrolla su propia biografía sexual en la cual define su identidad.

Se trata de cuestiones que se refieren principalmente a la diversidad entre niños y niñas, tanto biológica como psicorrelacional. Los adolescentes se dan cuenta enseguida de que la elaboración de su propia transformación no puede separarse de la elaboración de la diversidad del otro. Los cambios propios son significativos no solo en ellos mismos, sino también cuando son «vistos» por el otro, lo cual puede crear problemas en algunas etapas del crecimiento. Es una tarea difícil asumir la propia feminidad o masculinidad y expresarla plenamente a través de la personalidad adulta.

Surge una multitud de preguntas sobre el amor, el enamoramiento y la relación de «pareja», por ejemplo: «¿Existe el amor? ¿Qué es? ¿De dónde viene el amor? ¿El amor siempre hace feliz a la gente? ¿Qué es lo que realmente hace que una persona se enamore?».

Será importante también revalorizar la familia, presentándola como una escuela de amor, sin excluidos ni discriminados. Y con la certeza de que cada realidad familiar es particular, se aleja de utopías perfeccionistas que deshumanizan o de la esencia misma del mensaje evangélico.

La verdadera cuestión es la de la identidad: «¿Quién soy?». Debemos ayudar a los jóvenes a encontrar una respuesta a esta pregunta, desarrollar su personalidad y desplegar su individualidad para que hoy y mañana sean capaces de vivir relaciones auténticas.

La esfera afectivo-sexual debe integrarse con las demás necesidades de la persona y convertirla no solo en una expresión del conjunto de la dimensión relacional de la persona. Como se ha señalado anteriormente, desde la perspectiva antropológica cristiana la educación afectivo-sexual debe considerar la totalidad de la persona (enfoque personalista y humanista) y, por tanto, tener como **objetivo educativo la integración de los elementos biológicos, psicoafectivos, sociales y espirituales**. El proceso de construcción de la identidad del ser humano no se encuentra únicamente en un aspecto de la persona, sino que **incluye y abarca la totalidad de su ser y, en ella, la identidad sexual**.

[2] La madurez afectiva conduce no solo a la superación de los prejuicios, ingenuidad e ignorancia, sino también a un dominio equilibrado de sí mismo y del propio mundo emocional. Por consiguiente, son fundamentales **las vías de autoconocimiento, destinadas a favorecer la escucha de uno mismo y la autocomprensión afectiva**. Los deseos son poderosos, positivos, energéticos y llenos de dinamismo. Sin ellos no somos nada, no existe exploración ni salida de sí ni pasión. Los instintos, en cambio, pueden ser ciegos, imprecisos, excesivos, insaciables e ilimitados, que desean cada vez más y con mayor rapidez, y pueden terminar en codicia y envidia.

Los deseos pueden ser regulados, moldeados más allá de la represión y la liberación, más allá de la negación o la ocultación. *El impulso sexual no canalizado puede ser una fuente de violencia; no hay placer sin barreras.*

El acompañamiento personal implica poder ayudar a la persona concreta a desarrollar una relación afectiva e íntima con Dios a partir de lo que es y cómo es. De ahí la importancia de seguir con todos los jóvenes un proceso de autodescubrimiento y autoaceptación y, al mismo tiempo, desarrollar una relación con el Dios que los ama como son y en el que «viven, se mueven y existen» (Act 17, 28).

Las dos condiciones para esta experiencia de autoconocimiento son:

- En primer lugar, que **la persona acuda libre y voluntariamente al acompañamiento** y quiera encontrar la profundidad de sí misma para caminar desde ahí hacia un horizonte de plenitud y madurez humana y cristiana.
- Luego, es fundamental que **la persona quiera conocer su mundo afectivo-sexual**, que sea capaz de nombrarlo e identificar los movimientos internos que se producen en él. Esto es importante y un camino por recorrer conscientemente. Si no ocurriera así, se pasaría fácilmente al mundo de las ideas, los pensamientos y las acciones, pero no a los sentimientos.

7.2 ACOMPAÑAR SU CONCIENCIA Y SUS DECISIONES

[1] ¿Basta con educar a los niños y jóvenes para que «se comporten bien»? ¿Enseñar el comportamiento o educar la conciencia? Más que formar una persona en abstracto, la educación consiste en ayudar a los demás y a nosotros mismos a impulsar, de forma humanamente digna, lo mejor de lo que se nos ha dado y que está en nuestro «limitado» poder. En cualquier caso, el punto de partida educativo no es ni los conceptos ni los proyectos, sino las situaciones vitales y las posibilidades concretas en las que vive cada persona. Educar es estimular y ayudar a crecer y vivir la propia vida con dignidad; a entablar relaciones, participar y desarrollar las potencialidades propias y ajenas; a vivir la especificidad de los momentos vitales propios y ajenos. En términos de valor, **la educación trabaja para hacer «virtuosas» las potencialidades y opciones de cada persona.**

En este marco, es importante *educar para desarrollar el pensamiento crítico*. El pensamiento crítico es la habilidad que nos permite analizar objetivamente la información, los datos, las experiencias y, por tanto, es un pensamiento racional y reflexivo centra-

do en decidir qué pensar o hacer. Protege en gran medida contra los estereotipos y los prejuicios porque implica el desarrollo de un comportamiento cuestionador y, al entrenarnos para tener en cuenta muchas más variables, amplía nuestros horizontes intelectuales y despeja el campo de esos errores con los que tropezamos cuando damos por sentada una noticia o una situación sin ninguna comprobación. De hecho, la crítica no solo significa buscar errores, incoherencias, debilidades, sino que significa juzgar lo que es apreciable (y por qué) y lo que no, en lo que escuchamos y leemos. Es una habilidad intelectual que podemos mejorar y perfeccionar.

En este sentido, nos parece que el desarrollo de esta competencia también se alinea con la visión que promueve el educador salesiano, ya que se aleja del dogmatismo y se acerca a una visión respetuosa y dialogante con los jóvenes. Esto requiere un trabajo permanente como comunidad formativa que permita generar un espacio de reflexión sobre los propios pensamientos e ideas, sobre las formas de relación y los vínculos. Un espacio que fomenta el debate sobre el acompañamiento, su potencial y sus límites. **La formación, en cualquier campo, requiere espacios para la reflexión honesta**, donde se discutan los propios juicios, los recelos, las contradicciones y los errores percibidos en el propio trabajo. De esta manera, es la comunidad la que crece y ajusta sus acciones, en este caso, a la luz de la perspectiva salesiana.

En realidad, para ser más precisos, el reto más importante para las Comunidades Educativo-Pastorales es asumir la responsabilidad de **acompañar a los jóvenes para que puedan elegir en libertad**, plenamente conscientes de los contextos de donde provienen, cargados, a menudo, de situaciones de soledad, desconfianza, fragilidad de las propias figuras educativas y de la lógica del consumismo y de la irresponsabilidad. Todo esto hace que cada elección sea extremadamente difícil. La autonomía debe ser «conquistada» antes de poder elegir. Este es un aspecto audaz y arriesgado. Quien sabe realmente educar a los jóvenes a elegir en libertad, respondiendo a su propia conciencia, ha realizado, principalmente, la obra maestra de su acción educativa.

«En el fondo de su conciencia, el hombre descubre una ley que no se da a sí mismo, pero a la que, en cambio, debe obedecer. Esta voz, que le llama siempre a amar, a hacer el bien y a evitar el mal, resuena, en el momento oportuno, en la intimidad de su corazón: haz esto, evita aquello [...]. La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, donde él está a solas con Dios, cuya voz resuena en su intimidad» (*Gaudium et Spes* 16).

Hoy, como siempre, la conciencia es el lugar de nuestro ser interior, un espacio para estar solos con nosotros mismos, para experimentar la libertad como dimensión, riesgo o incluso odisea. Von Balthasar (1986) diría que el ejercicio de la libertad es siempre

un «drama». Pero ¿cómo hablar de conciencia en una época en la que todo parece depender de lo que es visible, inmediato, concreto? ¿Cuánta libertad tienen los jóvenes en su interior para hacer de su conciencia personal el punto de referencia de sus elecciones, al margen de las modas y de la presión de los comportamientos generalizados? En realidad, «la libertad nos da miedo». En un mundo tan condicionado por las adicciones y la virtualidad, nos asusta ser libres (cf. Spadaro, 2021).

[2] Y, sin embargo, en el momento en que los reguladores externos de la conducta son apartados, es decisivo lo que la educación consigue construir en el interior de la persona, su capacidad de orientarse autónomamente y encontrar en sí misma los valores y criterios de sus propias elecciones. Educar para la libertad es un gran espacio que se abre ante la educación.

La historia de toda vida humana es una historia de libertad. Es a través de sus elecciones libres cuando el hombre lleva su ser a la plenitud. Lo que el hombre llega a ser, lo que hace con su vida, es a la vez e inseparablemente fruto del amor de Dios y obra de su libertad. Pero precisamente porque es creativa, la libertad del hombre es una libertad responsable.

Dentro de la conciencia, el educador enseña a conjugar concretamente *el encuentro entre libertad y verdad*, a ejercer el esfuerzo de las decisiones libres, a conocer la dinámica del encuentro entre los valores en su absolutez y las opciones históricas en su parcialidad.

Por tanto, es importante **educar para amarse a sí mismo y amar bien en libertad**. «La libertad es algo grandioso, pero podemos echarla a perder. La educación moral es un cultivo de la libertad a través de propuestas, motivaciones, aplicaciones prácticas, estímulos, premios, ejemplos, modelos, símbolos, reflexiones, exhortaciones, revisiones del modo de actuar y diálogos que ayuden a las personas a desarrollar esos principios interiores estables que mueven a obrar espontáneamente el bien. La virtud es una convicción que se ha transformado en un principio interno y estable del obrar. La vida virtuosa, por tanto, construye la libertad, la fortalece y la educa, evitando que la persona se vuelva esclava de inclinaciones compulsivas deshumanizantes y antisociales. Porque la misma dignidad humana exige que cada uno actúe según una elección consciente y libre, es decir, movido e inducido personalmente desde dentro» (AL 267).

En nombre de la libertad del joven, estamos llamados a ser «malabaristas» para esquivar dos riesgos muy reales. El primero de ellos, el «todo vale en nombre de la libertad» (se cae, por tanto, el contraste moral), lleva a un acompañamiento laxista que no ayuda al joven a formar su conciencia. El segundo es el que sustituye la libertad del joven, incluso de formas muy sutiles e inconscientes, en nombre de su propia libertad, aludiendo al influjo que la cultura y los condicionantes externos pueden ejercer sobre su conciencia todavía en formación (aquí se daña la libertad).

7.3 EDUCACIÓN AL AUTODOMINIO

[1] Sin embargo, en cierta medida, y en algunos contextos específicos, puede darse el caso de que esta búsqueda generalizada del equilibrio psicofísico tienda a **alimentar más el negocio del bienestar que la educación del corazón**. En otras palabras, podemos observar una larga lista de «bienes y servicios» que está relacionada no solo con la salud física de las personas, sino también con factores como el bienestar social y comunitario y, sobre todo, el bienestar mental, emocional, espiritual y financiero. El exceso de estímulos sensoriales en el que estamos inmersos tiene, en efecto, características paradójicas, pues no amplían nuestra capacidad de sentir, sino que la contaminan hasta paralizarla. A pesar de la atracción de los jóvenes por las experiencias interiores, la propuesta de espiritualidad cristiana podría parecer inverosímil a la luz de lo dicho anteriormente. Sin embargo, «pidamos al Señor que libere a la Iglesia de los que quieren avejentarla, esclerotizarla en el pasado, detenerla, volverla inmóvil. También pidamos que la libere de otra tentación: creer que es joven porque cede a todo lo que el mundo le ofrece, creer que se renueva porque esconde su mensaje y se mimetiza con los demás» (CV 35).

Como siempre, Francisco nos invita a volver a la realidad: **ni estar alejados ni homologarnos a ella:**

«Es cierto que los miembros de la Iglesia no debemos ser tipos extraños. Todos deben poder sentirse hermanos y vecinos, como los Apóstoles, que gozaban del “favor de todo el pueblo”. Pero, al mismo tiempo, debemos tener la valentía de ser diferentes, de mostrar a los demás los sueños que este mundo no ofrece, de dar testimonio de la belleza de la generosidad, del servicio, de la pureza, de la fortaleza, del perdón, de la fidelidad a la propia vocación, de la oración, de la lucha por la justicia y el bien común, del amor a los pobres, de la amistad social» (CV 36).

[2] Para el futuro del cristianismo, la elección a favor o en contra del cuerpo se manifestará en abundantes repercusiones. En efecto, cambiar de perspectiva implica reconocer que estamos atrapados entre dos extremos: por un lado, la idea de que el camino hacia Dios nos obliga a relativizar nuestros sentidos o incluso renunciar a ellos; por otro, una indiferencia hacia el cuerpo que llega después de haberlo «probado todo». La palabra clave entre los dos extremos podría ser **«castidad»**, es decir, *«la vía privilegiada para aprender a respetar la individualidad y dignidad del otro, sin subordinarlo a los propios deseos»* (ICVM 58).

El autocontrol enseña la autodisciplina del corazón, así como la de los ojos, de la palabra, de todos los sentidos. Este control (autorregulación emotiva) no es algo solamente negativo, sino un *auténtico dominio sobre nosotros mismos*. Ser conscientes y

dueños de sí mismos y reconocer a cada persona como sujeto único e irrepetible, como un fin en sí mismo y nunca como un medio.

En consecuencia, la castidad comporta la formación y el entrenamiento para *superar cualquier mentalidad posesiva y de control con respecto a otra persona*. Se opone frontalmente a la mentalidad utilitaria y narcisista que tiende a usar y a abusar de todo como si fuéramos árbitros supremos de nosotros mismos, de nuestros cuerpos y de nuestras pulsiones, así como de las personas del mundo que nos rodea. El amor que quiere poseer y que instrumentaliza al otro, al final siempre termina siendo peligroso, aprieta, asfixia y hace infeliz. La lógica del amor es siempre una lógica de libertad.

Hay que reconocer que no hemos dado a la castidad el valor que merece. Por el contrario, la cultura y la sociedad actuales ya no contemplan en absoluto un determinado tipo de castidad, que se hace cada vez más «impropia de los jóvenes» y de los adultos, como castidad prematrimonial durante el noviazgo o en su vida en general. Se denigran la modestia y la castidad y los «ingenuos» son mirados por encima del hombro por sus coetáneos.

La castidad intenta describir *un equilibrio en continua evolución*, la armonía entre los apetitos corporales y la profundidad de los vínculos. La castidad no debe identificarse con la abstinencia ni con la virginidad, a la que pocos se sienten justamente llamados. En cambio, es **un camino de verdad y armonía** en el que el cuerpo se educa a una gama muy amplia de expresiones, frenando el instinto primordial de posesión. Algunas formas de contacto se adaptan a cada estación, situación y relación, mientras que otras pueden ser insuficientes o destructivas. La energía sexual es, de hecho, una energía vital que, para calificarse de humana, debe canalizarse por referencia a los valores.

[3] Por último, hay que recordar a los educadores la necesidad de ayudar a los adolescentes a perfeccionar su capacidad crítica y a adquirir nuevas herramientas culturales. De este modo, podrán evaluar las raíces de aquellos fenómenos que, a menudo, les causan confusión, sugestión y condicionamiento (en otros, la permisividad, la práctica lúdica y precoz de la sexualidad, el narcisismo, la pornografía, la pérdida de evidencias éticas consolidadas, la ridiculización de la moral cristiana, etc.). **Todavía no se ha escrito una fenomenología del amor casto para los jóvenes**, pertinente para cada etapa, basada en la realidad y guiada por los criterios del Evangelio. Por otro lado, sabemos que las palabras siempre serán insuficientes cuando queramos verbalizar nuestras experiencias, especialmente las sexuales y afectivas.

Para llegar a ser capaz de mantener relaciones humanamente significativas, hay que aprender gradualmente la gramática del afecto, hay que «iniciarse» en el arte de amar.

[1] Es importante **educar para reconocer los diferentes sentimientos**. Platón decía que «el propósito de la educación es enseñar a desear lo que es conveniente». Por tanto, un acompañamiento serio *educa a la lectura e interpretación del deseo*. Educar el deseo no quiere decir reprimirlo ni ridiculizarlo ni negarlo, sino, más bien, orientarlo desde dentro, apoyando el intento del joven de abrirse a una forma diferente y más profunda de ver y descifrar la realidad. El joven entiende, de este modo, que la sexualidad no debe ser ni ignorada ni instrumentalizada, ni mucho menos desperdiciada o violada, sino que debe ser comprendida y asumida en función del significado que esta revela y que la atraviesa. De esta nueva lectura pueden surgir nuevas motivaciones, sensibilidades y un nuevo aprecio de la estupenda riqueza de la sexualidad. Así, el deseo sexual redescubre su finalidad última y su significado, sin banalizarlo ni minimizarlo.

Los deseos no son todos iguales, al igual que los sentimientos, son diferentes: sensoriales, psíquicos, espirituales; transitorios y permanentes; profundos y superficiales; simples y complejos; positivos y negativos; activos y pasivos; impulsivos y reflexivos; etc.

[2] En este sentido, es importante destacar **el problema del analfabetismo sentimental**, es decir, por un lado, *el sentimiento ante todo* y, por el otro, *el miedo al sentimiento*. La primera forma de analfabetismo implica la incapacidad de control y dominio de los sentimientos y las pasiones, «se goza del sentimiento cualquiera que este sea». Esta «hambre de emociones» se presenta en forma de fanatismo, droga, culto al riesgo, consumismo, éxtasis de la velocidad, compulsividad sexual. Es como si tuviéramos miedo de la «anestesia emocional». Queremos morir de amor.

En el extremo opuesto está la persona segmentada e incompleta, que no habla, que está solo concentrada en su trabajo, que es inexpresiva, poco afectuosa, fría, objetiva y crítica con la realidad, a quien la gente le aburre.

Detrás de estas dos actitudes, se encuentra, a menudo, la incapacidad de reconocer y «leer» los propios sentimientos y los de los demás. Esa aparente ausencia de sentimientos conduce a la búsqueda de emociones fuertes, por una parte, y, por otra, a la huida del mundo. Un primer paso en la educación para el amor será, entonces, ayudar a los jóvenes a saber reconocer cómo se sienten en realidad, y a llamar a los sentimientos por su nombre (por ejemplo, es muy común confundir el enfado con el miedo y la

tristeza con el enfado). Solo a partir de ahí podrán actuar de forma coherente con su punto de partida actual.

[3] Templanza-moderación. Templar es regular la altura de una nota, de un acorde o de un instrumento. En la vida cotidiana, este constructo nos ayuda a aprender a poner límites y a reducir la avidez de consumo. El desenfreno y la voluntad de no aplazar la satisfacción del deseo es un elemento central de las sociedades de consumo. Esto es claramente una imprudencia. La sociedad convierte el placer sexual en un deseo clave que exige ser satisfecho una vez aparezca, viene reivindicado como un derecho del individuo y no comporta ningún problema hasta que no sea un peligro para la salud y para terceros.

Nos hace falta un ejercicio razonable de la templanza, un ejercicio moderado, el camino medio (*'in medio virtus'*). Educar significa equilibrar, ordenar, regular.

[4] Educar a la prudencia y al realismo. La prudencia es la adaptación a la realidad, a la persona y a la situación. No comporta sacralizar la sexualidad ni liquidarla como algo insignificante; tampoco reducirla a un tabú ni a meras apariencias; ni decir a todo sí ni reprimir o dejar pasar; ni renunciar a ella ni negarla ni permitirle siempre; ni ponerle siempre un freno ni acelerarla. La sexualidad tampoco es romanticismo idealista ni posturas materialistas, es la apertura a un encuentro, bueno o malo, con personas concretas, que nos ayuda a la valoración y autorrealización propia y de los demás.

En el plano operativo, en todas las decisiones prácticas, viene a la mente la «prudencia», que presupone la «ciencia», lo que Don Bosco llama, en un término general, la «razón». De hecho, la «bondad amorosa» con todos sus matices no podría realizarse si no existiera la capacidad de intuir el «momento adecuado» para cada individuo, que debe ser afrontado virtuosamente con equilibrio, atención, respeto, en justicia y caridad y, naturalmente, con el apoyo de las virtudes morales de la fortaleza y la templanza.

[5] Educar para el vínculo significa enseñar a salir de uno mismo y de lo propio hacia el otro y hacia todos. Es el vínculo, no la instrumentalización-objeto-abuso. Es educar al consentimiento y a la distancia adecuada. Los afectos necesitan educación, es decir, aprender que el espacio de encuentro con el otro no debe ser la expresión exclusiva de las propias necesidades y deseos ni de la búsqueda de la satisfacción inmediata del placer personal. Las dos grandes motivaciones del ser humano son integrarse y diferenciarse. Para algunos, el control está en uno mismo y para otros, es el entorno el que controla el comportamiento. Aquí está la clave de las tensiones entre el individuo y la comunidad. Enseñar a acercarse, más allá del miedo, el nerviosismo, la sumisión, el silencio y la timidez.

«Los jóvenes también necesitan momentos personalizados, dedicados a cada uno individualmente, para iluminar las dudas y perplejidades, para enfrentarse a los miedos e inseguridades, para ser ayudados a reflexionar sobre la posible inmadurez, para aprender a superar la cerrazón del ego y abrirse al amor concreto de otra persona» (ICVM 34).

Por otra parte, es necesario promover el consentimiento a la intimidad. Hay que tomar conciencia de los diferentes niveles en la relación, a saber, el de la atracción, del enamoramiento y del compromiso. Implica respetar lo que el otro quiere, pero también educar a los jóvenes a respetar y a aceptar un «no», sin manipulación ni seducción de personas con capacidades limitadas, inmaduras, menores o con dependencias.

Educar para entablar vínculos es educar para emprender un camino hacia el otro. Es un camino largo durante el cual no hay que detenerse ni forzar la marcha, calculando paso a paso si avanzar o detenerse, según la reciprocidad de los sentimientos. Los vínculos, por tanto, representan la historia de nuestros encuentros y relaciones con los demás. Una historia que abarca las necesidades de amar y ser amado, de proteger y ser protegido, de acoger y ser acogido, y se manifiesta a través de múltiples expresiones, como el contacto social, la relación con el entorno y con otras personas y la relación con Dios.

[6] Para una **introducción al significado de la corporeidad**, es necesario fomentar un trabajo sobre la veracidad o falsedad del lenguaje corporal. La verdad consiste en la consonancia entre la acción externa y la disposición interna. Hoy es muy fácil utilizar el cuerpo como instrumento de placer, de seducción fácil, de mentira, de engaño... ¿Qué hago con mi cuerpo?

Entregar el cuerpo a una persona con la que no se comparte una historia, un vínculo afectivo, un conocimiento y un recíproco amor profundo tiene sus costes pues empobrece, impide o hace difícil que dicha entrega sexual sea el símbolo de una comunión profunda y de un compromiso personal.

Una persona «se expresa» a través de su cuerpo y su personalidad no puede comunicarse sino a través de esto. El educador ayuda a que el joven se familiarice con el cuerpo como lenguaje e imagen, recordando, en particular, que en el cuerpo «joven», la edad va creando cambios y sensaciones confusas, desarrollos sorprendentes y aceleraciones llenas de interrogantes.

Ciertamente, el lenguaje del cuerpo es un lenguaje que cambia históricamente y se ve afectado por la diversidad de culturas, pero la castidad puede abrir un universo simbólico y sensitivo extremadamente rico en comparación con una cultura saturada de pornografía, que identifica la sexualidad solo con determinados actos sexuales y par-

tes del cuerpo. Sintiendo el inmenso valor de la entrega en el matrimonio, la sexualidad distingue y salvaguarda su particularidad, dando forma física a muchas otras manifestaciones de ternura, afecto, empatía y pasión.

7.5 EDUCAR PARA LA VIDA COMUNITARIA

[1] Para construir la identidad comunitaria de cada joven que entraba en Valdocco, Don Bosco puso en práctica algunas de sus intuiciones educativo-pastorales:

- en primer lugar, la aceptación incondicional del joven, la escucha proactiva dirigida a provocar, activar y producir su crecimiento en los niveles cognitivo, afectivo-relacional, espiritual y social;
- en segundo lugar, el cuidado del clima familiar, un entorno afectivo salesiano en el que el joven pueda asimilar un sentimiento de seguridad y confianza, tanto personal como con los demás;
- y, en tercer lugar, la personalización del enfoque educativo, es decir, la capacidad de crear espacios físicos y simbólicos para la formación en valores, la comunicación y el diálogo constructivo.

Por consiguiente, la cultura del encuentro en los distintos ámbitos salesianos es **la construcción de un «nosotros»**; no es un contrato, sino un vínculo de afecto profundo; no es una fusión, sino una unidad de dos; no es algo preestablecido, sino un espacio que se va construyendo y recreando.

[2] Del mismo modo, toda obra salesiana quiere ser un ambiente en el que todos (salesianos, educadores, jóvenes, familias) estén invitados a sentirse como en casa, aportando su propia y específica contribución. Este principio educativo se materializa en una **Comunidad Educativo-Pastoral**: una comunidad de personas, un espacio educativo en el que se comparten valores vitales, un ecosistema que armoniza el carácter familiar propio del estilo salesiano con los vínculos afectivos.

«En definitiva, una “casa” es, en última instancia, “crear una familia” y aprender a sentirse unido a los demás, más allá de las relaciones utilitarias o funcionales, unido de tal manera que se sienta la vida un poco más humana. Es, asimismo, experimentar en la acogida y el amor de los demás, la incondicionalidad del amor de Dios. Crear un hogar es [...] crear vínculos que se construyen con gestos sencillos y cotidianos que todos podemos hacer. Un hogar, como todos sabemos muy bien, necesita la colaboración de todos. Nadie puede ser indiferente o sentirse ajeno, porque todos son una piedra necesaria en su construcción. [...] Crear relaciones sólidas requiere una confianza que se alimenta cada día con la paciencia y el perdón. Y así se realiza el milagro de experi-

mentar que aquí se nace de nuevo, que aquí nacemos todos de nuevo porque sentimos la caricia efectiva de Dios que nos hace posible soñar con un mundo más humano y, por tanto, más divino» (CV217).

[3] El Oratorio-Centro Juvenil y otros tipos de asociaciones son una escuela para la vida, un punto de referencia para el crecimiento integral de generaciones enteras. Se trata de un lugar real y concreto para jugar, hacer deporte, rezar, reunirse, charlar, divertirse, implicarse, enamorarse. En definitiva, para vivir y crecer. Hablamos de «lugares que los jóvenes pueden sentir como propios, donde pueden moverse libremente, sentirse acogidos y encontrarse con otros jóvenes, tanto en momentos de sufrimiento o aburrimiento como de alegría y fiesta [...]. En estos lugares, se puede brindar mucho a los jóvenes, y sin grandes dispendios. Así se establece, además, el contacto de persona a persona, imprescindible para la transmisión del mensaje, algo que no puede ser sustituido por ningún recurso o estrategia pastoral» (CV218).

Efectivamente, **el Oratorio-Centro Juvenil** promueve algunas características esenciales del ambiente familiar y expresión de la amabilidad salesiana:

- *La pedagogía de la alegría y de la fiesta* es un elemento constitutivo del Sistema Preventivo de Don Bosco, inseparable del estudio, el trabajo y la piedad y la «religión». A menudo, él repetía a sus jóvenes el dicho de san Felipe Neri: «Cuando llegue el momento, corre, salta, diviértete todo lo que quieras, pero por caridad no peques». La alegría se convierte en un elemento de primer orden para el crecimiento de los educadores y de los jóvenes porque no es solo un recreo, un entretenimiento, sino una auténtica e insustituible realidad pedagógica. No en vano, como hemos visto, la «familiaridad con los jóvenes, sobre todo, en los recreos» es un punto capital del sistema reafirmado en la carta a los educadores de mayo de 1884.
- De todo ello se desprende el rol «pedagógico» del *teatro en sus diversas expresiones*, de fundamental importancia en el sistema educativo de Don Bosco como elemento integrante, de manera práctica y vital, de la creación de un ambiente de alegría con una finalidad educativa. El teatro es una forma de conectarse con los sentimientos de lo que se representa y con las historias y experiencias de amor de otras personas.
- En tercer lugar, la *función de la música instrumental y vocal* también está estrechamente vinculada a su concepto de educar a través de una atmósfera tranquilizadora y el refinamiento del gusto estético y los sentimientos. Por eso encuentra un amplio espacio en la vida cotidiana de Don Bosco en Valdocco.
- Por último, las *excursiones y peregrinaciones* también contribuyen a crear un clima de alegría cristiana, que es parte esencial de la formación integral del joven. Por tanto, tienen un valor educativo fundamental.

[4] En nuestras escuelas e instituciones educativas y profesionales, estamos frente al siguiente reto, en palabras del papa Francisco: «Tenemos que desarrollar y reforzar mucho más nuestra capacidad de acogida amistosa, porque muchos jóvenes que llegan se encuentran en una profunda situación de orfandad. Y no me refiero a determinados conflictos familiares, sino a una experiencia que afecta por igual a niños, jóvenes y adultos, madres, padres e hijos. Para tantos de nuestros huérfanos contemporáneos —quizá para nosotros mismos—, las comunidades como la parroquia y la escuela deberían ofrecer caminos de amor generoso y promoción, de afirmación y crecimiento» (CV 216).

Es necesario suministrar una educación en las escuelas que ayude a comprender y apreciar la importancia de las dimensiones afectiva, espiritual, ética y social de un sano desarrollo sexual. Se necesita un plan de estudios para la enseñanza y el aprendizaje de los aspectos cognitivos, psicológicos, físicos y sociales de la sexualidad.

En otras palabras, dotar a los niños y a los jóvenes de los conocimientos, habilidades, actitudes y valores que les permitan alcanzar salud, bienestar y dignidad, desarrollar relaciones respetuosas y considerar cómo afectan sus elecciones a su propio bienestar y al de los demás.

[5] Esto significa reafirmar el derecho de las instituciones pedagógicas y las escuelas católicas a orientar sus programas de enseñanza y educación según la antropología cristiana, rechazando así aquellos programas educativos de género que son puramente ideológicos.

Es indudable que hay programas educativos e incluso formas de activismo político que parecen profundamente problemáticas. En un tono muy polémico y agresivo, con demasiada frecuencia estas propuestas no muestran la intención de abordar antropológica y científicamente la temática. Por eso es realmente necesaria una confrontación crítica con este tema. Está claro que los padres no solo tienen el derecho de educar a sus hijos sino que también son sus primeros responsables. Sin embargo, necesitan contar asimismo con el apoyo de las instituciones educativas, en lo que se refiere, por ejemplo, a la educación sobre la afectividad y la sexualidad.

Los padres son los primeros y adecuados educadores en materia de sexualidad y afectividad. Seguramente deben ser apoyados e instruidos en las competencias y enfoques necesarios en su inestimable tarea de educar en el amor, especialmente en la sexualidad. También deben sentir y aceptar esta responsabilidad y deberían adquirir, como se ha indicado anteriormente, las competencias y los enfoques adecuados, abordando personalmente el estudio de esta temática.

En consecuencia, *es necesaria una buena cooperación y confianza entre los padres y las instituciones educativas*. Al mismo tiempo, ambos deben ser guiados, integrando las aportaciones actualizadas que nos ofrecen las ciencias humanas en un marco antropológico cristiano. Esto es especialmente importante en el ámbito de la sexualidad y la afectividad que, seguramente, no deben limitarse a los aspectos biológicos y médicos, sino que han de reconocerse en su valor humano y espiritual.

7.6 EDUCAR AL RECONOCIMIENTO DEL LÍMITE

[1] Educar a personas acostumbradas al sacrificio y al sentido del límite ha sido, claramente, más fácil que educar a las nuevas generaciones actuales, acostumbradas a tenerlo todo, incluso lo superfluo, y a querer tenerlo inmediatamente. Pero **no se puede llegar a ser adulto sin haber aprendido a tener en cuenta los límites** que, tarde o temprano, hay que afrontar, porque las enfermedades, los fracasos o las situaciones críticas se pueden presentar para todos en algún momento, más o menos próximo. Y frente a estas situaciones, las personas de escasa fuerza moral son las que no habían imaginado nunca que sufrirían tal experiencia de fragilidad en la vida.

Educar es, además, saber decir «no» con cariño como así también sostener esa postura. Y la maduración afectiva implica transitar por este camino a lo largo de toda la vida. Educar conlleva el fortalecimiento de la tolerancia de las frustraciones de la existencia. Para ello será imprescindible la presencia y la experiencia de un afecto genuino, que evite la dinámica frustración-agresión y nos lance hacia posicionamientos con más vida o adaptados a la realidad.

En el modo de vida común, podemos ver los signos de la espontaneidad con los que se consideran y tratan los límites, por ejemplo, las transgresiones en el mundo de la juventud, la evanescencia de las diferencias generacionales, la contaminación de roles y géneros, el creciente antagonismo entre individuos, pueblos y sujetos sociales. No obstante, todo esto no parece haber dado a la vida de las personas —cuya identidad viene disuelta— una mayor realización.

El primer límite es mi propio ser. En el descubrimiento y la construcción de la propia identidad, el joven ha de ir tomando decisiones que lo construyan tal y como está llamado a ser y nunca podrá llegar a ser otra persona. Este es el primer gran límite. Pero no se trata de un límite que impide la felicidad; al contrario, es un límite que la hace posible. Como afirmaba san Francisco de Sales: «No deseas no ser lo que eres, sino desea ser muy bien lo que eres. Créeme. Este es el punto más importante y menos comprendido de la vida espiritual».

«Es necesario educar las emociones y los instintos, y para ello a veces es imprescindible poner límites. Los excesos, la falta de control, la obsesión por un tipo de placer acaba debilitando y enfermando al propio placer, y perjudican la vida de la familia. En realidad, es posible recorrer un buen camino con las pasiones, lo cual significa orientarlas cada vez más hacia un proyecto de entrega y de autorrealización plena que enriquezca las relaciones interpersonales en el seno de la familia. No implica renunciar a los momentos de intensa alegría, sino asumirlos entrelazados con otros momentos de generosa entrega, de paciente esperanza, de inevitable cansancio y de lucha por un ideal. La vida familiar es todo esto y merece ser vivida en su totalidad (AL 148).

[2] Hoy en día nos hemos dado cuenta de que hay que enseñar lo que ya no se puede aprender del contexto: **pensar la vida y vivirla dentro de los límites que la constituyen**. Esto no significa renunciar, sino buscar la manera de ser uno mismo, en la tensión de superarse en el encuentro con el otro, en la reciprocidad, en el intercambio, en el diálogo y en el deseo. También es necesario educar a las personas para que vivan los límites de las cosas y de la realidad. Esta es la experiencia de la paciencia y el deseo. La lógica del «todo y rápido» es infantil y caprichosa. Para superarla, debemos aprender a desear, a ser creativos, pero también a disciplinarnos y a ser coherentes en ir en la dirección que el deseo indica. Educar para vivir el límite significa también saber aprender del fracaso, sin dejarse vencer por los propios errores y recomenzando cada día sin claudicar.

Educación implica afrontar los conflictos y las contradicciones de la vida. La verdadera madurez afectiva conlleva el fortalecimiento de la tolerancia ante las frustraciones propias de la existencia. En esta experiencia, resulta imprescindible contar con el referente y la experiencia de un afecto auténtico que nos permita aprender de un modo más humanizante.

[3] Hacen falta **la fuerza de carácter y el valor del sacrificio**. Desde un punto de vista psicológico, es fatal aprobar la gratificación de los deseos instintivos de forma inmadura. Lo importante es hacer madurar las formas infantiles y satisfacer los deseos con maneras culturalmente adecuadas. La satisfacción acelerada de los deseos instintivos puede privar al individuo del desarrollo indispensable para realizar y madurar la psique. Satisfacer todos los deseos a los 15 o 16 años puede ser perjudicial y desembocar en superficialidad. Ya sabemos que aprender a bailar o a cantar bien, por ejemplo, supone una opción que requiere sacrificio y autoestima, de ahí que el ejercicio y la perseverancia se nos exijan aún más en este campo.

[1] La sociedad actual, cada vez más impregnada de medios tecnológicos y digitales, constituye el hábitat natural de las generaciones más jóvenes, denominadas con acierto como «nativos digitales», «generación digital», «generación pantalla». Estas denominaciones ponen de manifiesto, en primer lugar, la mayor facilidad con la que los nacidos en los últimos veinte años se acercan a la tecnología respecto a la generación de los adultos, los así llamados «inmigrantes digitales», que necesitan ser alfabetizados e iniciados en los nuevos lenguajes mediáticos.

Pero eso no es todo. Lenguajes hasta ahora desconocidos, el manejo cada vez más frecuente de dispositivos tecnológicos y de nuevas aplicaciones, comportan a la larga nuevas habilidades y estilos cognitivos diferentes de los anteriores; se perfila así una cultura diversa que desafía especialmente al sistema educativo y lo llama a renovar radicalmente su estructura, contenidos y metodologías.

La llegada de la era digital y la evolución tecnológica de los medios de comunicación están revolucionando literalmente todo el sistema de comunicación, tanto en lo que se refiere a las herramientas (cada vez más miniaturizadas y potentes) como a la forma de utilizarlas. Son estas últimas, sobre todo, las que desafían a los educadores. Es necesario invertir en formación, presencia y discernimiento en esta nueva «ágora» universal habitada por los jóvenes.

En efecto, las nuevas características de los dispositivos de última generación están mirando algunos de los pilares de la pedagogía. Se trata de «una cultura ampliamente digitaliza que tiene un profundo impacto en la noción de tiempo y espacio, en la percepción de uno mismo, de los demás y del mundo, en la forma de comunicarse, de aprender, de informarse y de relacionarse con los demás [...]. Una aproximación a la realidad que tiende a privilegiar las imágenes sobre la escucha y la lectura, y afecta a la forma de aprender y al desarrollo del sentido crítico» (CV86).

Es innegable que las redes sociales ofrezcan posibilidades, pero, al mismo tiempo, imponen su propia lógica. La comunicación virtual se caracteriza por la hipertextualidad, los contenidos hipermediales, la alta velocidad, el anonimato significativo, los juegos de identidad y la superación de los límites normales de tiempo y espacio. Asimismo, se caracteriza por la equiparación del estatus social, el acceso a múltiples relaciones, la aparición de emociones imprevisibles y la anarquía y libertad de transgresión. Todos ellos como ingredientes extraordinarios que transforman el ciberespacio en una dimensión fascinante de nuestra propia vida. En la Red, por tanto, es posible amar, estudiar, comprar, soñar, es decir, vivir.

[2] Los educadores salesianos contamos con una dimensión educativo-pastoral muy relevante en la que la educación a la afectividad se combina con la educación al mundo digital, la cual incluye tanto **la educación al respeto a sí mismo y al otro** como el efecto de estas tecnologías de la información y comunicación como **generadoras de conectividad entre los jóvenes**. Se ha impuesto un modo de relación más complejo, multicanal, multiconectado, en constante movimiento y redefinición, sin patrones fijos. Esta revolución debe convertirse en un interesante objeto de atención puesto que cambia la forma de pensar, aprender y gestionar el conocimiento, pero en la acción educativo-pastoral, la presencia de las tecnologías y de lo digital aparece también como un modo de creer, de rezar e incluso de organizarse como comunidad o grupo.

De hecho, las redes sociales ejercen una fuerte dimensión emocional en nuestros jóvenes, la «Generación App». El hecho de no verse ni oírse directamente, o de no establecer un contacto visual, disminuye la timidez y las inhibiciones, de modo que en la comunicación en línea se alcanzan, a menudo, altos niveles de confianza e intimidad y, a veces, de seducción, precisamente porque el otro puede ser un desconocido y, como tal, libremente imaginado e idealizado. El odio, la venganza y la provocación están presentes, pero también las emociones agradables forman parte del muestrario emotivo que los jóvenes expresan en Internet. Ejemplos de ello son las historias, los selfis diarios en las redes sociales, los microclips de fotos o vídeos que se envían a todos los propios contactos, sin ningún motivo racional concreto. Los jóvenes se informan, se relacionan, aprenden y experimentan sentimientos en línea.

Hoy más que nunca, el uso de Internet supone una dimensión afectiva, emocional y relacional para nuestros jóvenes, pero debemos recordarles la necesidad de tener cuidado y proteger su intimidad.

También es importante tener en cuenta el control cada vez menor que los adultos pueden ejercer sobre los dispositivos que, a veces, no están ubicados en zonas específicas de la casa, la institución educativa o el Oratorio-Centro Juvenil. En estos casos, especialmente, los dispositivos que se guardan en bolsillos o mochilas, siempre accesibles y personalizados, no son fácilmente «monitoreados» en relación con el tiempo de utilización y los contenidos consultados. Si la *bedroom-culture* o cultura del dormitorio (expresión que indica el uso de los ordenadores por parte de los jóvenes en sus habitaciones, en soledad y aislamiento) ya planteaba un problema a la hora de compartir y socializar la información buscada en Internet, ¿cómo hacer frente a la *pocket culture* o cultura de bolsillo, aún más individualizada y que escapa a cualquier control? Es importante, al mismo tiempo, darse cuenta y acompañar el aislamiento de una «comunicación sin comunidad».

Se trata de una educación que se convierte en *Media Education* o educación mediática, por lo que es tarea de los educadores actuar en este contexto renovado.

[3] Se hace necesario identificar los pilares sobre los que reconstruir una posible trama que nos permita dar **respuestas inteligentes y creativas que los paraísos telemáticos venideros no estarán en condiciones de satisfacer**. Es necesario centrarse en ciertos procesos inalienables:

- *la necesidad de reconstruir itinerarios narrativos de la identidad*, es decir, dar la posibilidad de elaborar tramas narrativas en las que se pueden conectar los múltiples fragmentos de identidad del hombre «fluido», lo cual implica recuperar la fascinación por el relato de sí mismo, del propio grupo y del mundo, como un modo de construir la identidad (facilitar espacios, momentos, materiales y compañeros para que los jóvenes desarrollen la propia biografía);
- *la necesidad de educar a la interpretación crítica*. Es importante educar a los jóvenes a ser capaces de leer con inteligencia y sentido crítico textos e imágenes para poder evaluar y discernir los posibles engaños y manipulaciones que subyacen en la producción y distribución de los mensajes. Hoy en día, gracias a la facilidad con la que los nuevos teléfonos inteligentes permiten crear y difundir textos, imágenes y vídeos, es fundamental, además de la lectura, educar en la escritura crítica, que les permita no únicamente descodificar los mensajes, sino producirlos con sentido de responsabilidad y respeto hacia uno mismo y hacia los demás;
- *la necesidad de redescubrir el gusto por la belleza*. La tecnología muestra todo y utiliza la percepción de forma global, la belleza siempre remite a algo distinto y se utiliza la percepción de forma simbólica y metafórica;
- *la necesidad absoluta e inalienable de acoger al otro en el contexto de relaciones interpersonales sanas y curativas*, redescubriendo el potencial terapéutico de las relaciones humanas;
- *la necesidad de poner fin a todo tipo de ambigüedad*. La virtualización es la forma más elevada de ambigüedad puesto que permite superar vínculos y encuentros y se abre a dimensiones narcisistas dominantes y potentes. De hecho, existe una profunda crisis en las relaciones interpersonales que, cada vez más, adquieren modalidades «fluidas», indefinidas, inestables y provisionales. En este sentido, la tecnomediación de las relaciones (chat, blogs, mensajes de texto, redes sociales) ofrece al hombre del tercer milenio una respuesta formidable y fascinante, es decir, la relación es sustituida por la «conexión», que es la nueva forma privilegiada de relación interpersonal. Se trata de una relación fluida, que permite la autoexpresión narcisista, exalta la «emotividad», es provisional, líquida y sin garantía de duración, ambigua e indefinida.

La conexión referida a toda la tecnomediación de las relaciones gracias a la tecnología digital es, por tanto, la forma de relación más extraordinaria y eficaz para el hombre «fluido». El reto consiste en ayudar a los jóvenes a construir dimensiones identitarias estables y sin ambigüedades, estableciendo relaciones sólidas que se desarrollen a lo largo de proyectos existenciales y permitan la apertura a

la generatividad y al altruismo. Todo ello constituye, en definitiva, el único horizonte de esperanza para el ser humano del tercer milenio, inmerso en el oscuro y doloroso paradigma de «lo fluido».

7.8

ACOMPañAR LA SINGULARIDAD Y NO VERLA COMO MOTIVO DE EXCLUSIÓN

[1] Lo primero es reconocer las propias dificultades ante la diversidad sexual. Debemos tener el valor de ser conscientes de nuestra historia y nuestras convicciones. Solo reconociendo mi actitud hacia la diversidad sexual, puedo entrenarme para entrar en estos ámbitos. Todos estamos en el proceso y todos tenemos que *educarnos para educar*. **Educar a la aceptación y el acompañamiento de la unicidad o singularidad** es una tarea de todos los educadores y agentes de pastoral. Crecer es también agrandar nuestros corazones y educar nos lleva a ello.

[2] El primer reto educativo es acercarse a la realidad social y evitar la invisibilidad. El silencio es lo que conduce al chantaje, a la doble moral, a las distorsiones y al sufrimiento de muchos. Hay silencios vividos por las propias personas, sus compañeros, sus profesores o incluso sus familias que son devastadores y comportan mucho sufrimiento. Se debe ayudar a superar este miedo a la diversidad y capacitar a las personas que están emocionalmente bloqueadas. La diversidad perturba a muchas personas que no están plenamente integradas en su sexualidad. **Lo mejor es siempre aceptar la realidad**, lo cual significa luchar contra la desinformación y los prejuicios. Un primer paso es proporcionar información fiable, rigurosa, científica y actualizada. Todo el mundo tiene derecho a la información.

Y es precisamente en este ámbito de la diversidad sexual donde como educadores hemos de prepararnos para decir una palabra sensata y bien fundada, en medio de un mar de desinformación ideológica. No basta con la buena intención ni con la experiencia personal y de mi entorno, sino que lo necesario es *una formación equilibrada, científica y actualizada, sensible a la cultura actual, pero también al mensaje cristiano y a la buena noticia que queremos llevar a todos*.

[3] Hoy en día, la diversidad sexual entre los jóvenes es una realidad que pide a gritos ser comprendida y acompañada. Hay muchos jóvenes que se sienten lejos del corazón de Dios e indignos de su amor porque se les ha enseñado que su vida es una carga, una condena de la naturaleza y una culpa muy difícil de soportar. Estos jóvenes han vivido tantas situaciones de rechazo, exclusión y violencia, que se han olvidado de ser dignos del amor de Dios que, en realidad, los ama tal como son, porque son sus hijos e hijas,

son su imagen y semejanza. Permitir el encuentro con la misericordia de Dios es una llamada a todos los cristianos para que sean promotores y facilitadores de este diálogo amoroso.

Si aportamos a los jóvenes la revelación de un Dios que abunda en misericordia, estamos educando en concordancia con el núcleo del anuncio de la Buena Nueva, conscientes de que **misericordia no significa relativismo**. Esta misión aparece como uno de los retos más desafiantes en la tarea salesiana actual. Y educar en la afectividad siempre conlleva un posicionamiento personal que, si bien prioriza la comprensión empática, supera toda neutralidad o ambivalencia de orientación.

El acompañamiento es una de las formas de ayudar al joven a encontrarse a sí mismo, a los demás y a Dios, y a darse cuenta de que su vida y toda su realidad son una manifestación de la misericordia divina y un lugar de salvación.

Dios es misericordia, es Él quien nos acoge como somos. En estos temas, a menudo parece que afirmar la Buena Noticia del Evangelio cause extrañeza o a veces se corre el riesgo de ser acusados de un cierto relativismo. Educar en la afectividad siempre implica un posicionamiento desde donde se mira, se analiza, se acompaña y se decide. Por ello, privilegiar la empatía nos permite acoger sin juzgar, escuchar con comprensión, respetar la libertad y proponer por medio del acompañando.

Es imprescindible **crear espacios de escucha y atención** a las necesidades, inquietudes, problemas y dudas, tanto de los adolescentes y jóvenes como de los educadores y profesores, etc. Cuando la identidad se ha consolidado, es necesario crear espacios donde las personas no se sientan en minoría y puedan expresarse físicamente en algún aspecto; espacios donde se acepte la afectividad de los jóvenes, donde puedan reconocerse con naturalidad y sin miedo, y donde prime la fiesta sobre el dolor y la angustia. Necesitamos espacios en los que encontrar guías preparadas intelectual y emocionalmente.

Esto nos desafía a todos a agrandar el corazón y reconocer la vida como viene, a no ser selectivos ni discriminadores ni excluir a nadie, sino a aceptar la tarea de acoger e incluir a todos.

[4] La diversidad sexual debe estar vinculada al bienestar y no al miedo. Todos debemos aprender a experimentar el placer de forma diversa, a través de la comunicación, el afecto, la fertilidad, el deseo, la atracción, el enamoramiento y el encuentro íntimo. No se trata únicamente de respetar las diferentes ideas, sino también las distintas formas de sentir y ser. Debemos **evitar de considerar patológica la diversidad sexual**, puesto que no es simplemente una cuestión de orientación sexual sino la condición de personas que están llamadas a la plenitud humana de lo que son. Nadie cambia su orientación sexual simplemente por una influencia externa.

Los casos concretos que aparecen en los medios de comunicación, las narraciones, las películas, los documentales, las páginas web, las dinámicas de grupo o los juegos de rol son buenas herramientas educativas. Hoy en día no hay verdadera educación si se presenta solo de forma teórica, abstracta y alejada de la realidad.

Hay que cultivar *las habilidades interpersonales para cambiar la agresividad, la timidez o los bloqueos*. Es necesario tratar de forma práctica la negación, la denigración y la discriminación.

El mundo de lo sexual despierta miedos, curiosidades, sentimientos de culpa, deseos no expresados, insatisfacciones y hasta agresividad. Todo ello se va forjando a través de la educación, la cultura, la experiencia e incluso la religión. No es fácil lograr un equilibrio perfecto y, aunque se consiga, su coherencia no está garantizada de manera definitiva porque son siempre posibles sucesivas regresiones. La **configuración de la sexualidad humana comienza muy pronto y pasa por varias etapas**. Las viejas heridas, a veces, no terminan de cicatrizar y dejan algunas huellas de su presencia, ya que forman parte de la vulnerabilidad del ser humano, en la que se entremezclan condicionantes externos y carencias personales. En resumen, nadie puede convertirse en un modelo de madurez sexual-afectiva plena. Maduro y equilibrado no es el sujeto sin defectos, sino el que es capaz de aceptar con humor, benevolencia y cariño sus propios límites y carencias. La meta no es un punto de llegada ideal y estático, la meta es el camino.

7.9 UNA ÉTICA BÁSICA DE LAS RELACIONES AFECTIVAS

La dimensión ética es un aspecto ineludible de la sexualidad humana. El reto es cómo vivir una «buena» sexualidad, cómo comportarnos y resolver las situaciones humanas y vitales en las que la sexualidad nos coloca. El reto está ahí y no se ha resuelto, le corresponde al ser humano elegir y resolver qué hacer con las diferentes posibilidades para integrarlas en su vida y experiencia.

Deberíamos educar a algunos estándares mínimos:

- *Ética del consentimiento*. Tanto en las relaciones afectivas como en las sexuales, debemos reconocer la dignidad y la libertad de nosotros mismos y de nuestras parejas. En otras palabras, las relaciones sexuales son posibles solo en la medida en que la otra persona consienta con libertad compartirlas. Todas las personas tienen pleno derecho a decir SÍ, así como a decir NO. Lo contrario es violencia sexual en cualquiera de sus formas. Es una ética del consentimiento a la que deberíamos educar.

- *Ética del placer y bienestar compartido.* La búsqueda del placer tiene lugar en una relación compartida, por consiguiente, ya no es posible pensar exclusivamente en términos de YO, sino en términos de NOSOTROS.

Se trata de comprender que *cada persona es responsable del bienestar de la otra*. Significa ponerse en el lugar de la otra persona, escuchar y experimentar sus alegrías, su dolor, compartir la ternura, las emociones y el afecto. Lo contrario es convertir a la otra persona en puro objeto.

- *Ética de la honestidad.* En las relaciones sexuales y amorosas debemos ser leales y lo suficientemente honestos como para decirle a la otra persona lo que realmente queremos de ella, los verdaderos sentimientos que experimenta y los verdaderos compromisos que asumimos. Cuando lo que está en juego es la satisfacción de las necesidades personales, deben ser muy claros los objetivos de lo que se persigue en la relación.
- *Ética sanitaria.* En las relaciones sexuales y sentimentales hay que cuidar la propia salud y la del otro, no incurrir en prácticas imprudentes que puedan provocar infecciones, otros problemas de salud o hijos no deseados. Se trata de asumir la responsabilidad de velar por uno mismo y por la otra persona. No únicamente en el ámbito de la salud física, sino también en el de la salud psicológica, la calidad de las experiencias, el crecimiento personal, los valores, la autonomía y el logro del bienestar personal y colectivo. Hacer lo contrario es, obviamente, aumentar los riesgos asociados al comportamiento sexual.
- *Ética de la vinculación.* Una de las necesidades más importantes del ser humano es la de establecer vínculos con los demás. Estos vínculos pueden ser particularmente estrechos con los miembros de la familia, los amigos o la pareja. La ética de la vinculación y la desvinculación afirma que todo ser humano tiene derecho a relacionarse para satisfacer sus necesidades emocionales y afectivas. Al mismo tiempo, se reconoce el derecho al desapego o alejamiento.
- *Ética del cuidado.* En las relaciones de pareja, ambos cónyuges deben cuidarse mutuamente, además, deben aceptarse, ayudarse y protegerse, teniendo como punto de referencia el bienestar del otro y de los dos a la vez, en la salud y en la enfermedad.

La pareja desempeña una serie de funciones, como apoyar el crecimiento personal del otro y satisfacer las necesidades recíprocas. Cuidar es también atender a los hijos, satisfacer sus necesidades básicas para su bienestar. Cuidar, amar a alguien, significa dar sentido a la propia existencia, ser consciente de este estado y compartir la alegría de un viaje construido juntos. Se trata de custodiar el vínculo.

- *Ética de la diversidad.* Abordar la diversidad significa que en nuestros contextos educativos no pueden ser tolerados el acoso, la coacción, el abuso y el ensañamiento contra las personas homosexuales y transexuales, pero también contra las personas de otras etnias, clases sociales, religiones, etc. Abordar la diversidad significa que, en nuestras escuelas y espacios de tiempo libre, no se puede tolerar el lenguaje y las bromas discriminatorias. Debemos, pues, tener mucho cuidado con el lenguaje que utilizamos y no perder la oportunidad pedagógica de denunciar la gravedad de una burla. No podemos pactar con el silencio porque ninguno tiene la prerrogativa de la ofensa. Por eso es también importante hacer públicas las medidas disciplinarias concretas para sancionar o suspender los comportamientos discriminatorios y los insultos hacia las personas que «se piensa» que son diversas incluso ante las familias y la sociedad.
- *Ética de la igualdad.* En las relaciones, las personas implicadas en las mismas tienen iguales derechos y deberes. Las reglas y la ética deben ser igualitarias, tratando a ambos con justicia y equidad. La igualdad se refiere también a la consideración del valor y la dignidad de la otra persona. Lo contrario es la desigualdad, el abuso de poder y la instrumentalización. La antropología cultural nos enseña las diferentes formas en que las sociedades interpretan los cuerpos sexuales y los roles de género.

Toda constitución civil reconoce el derecho a no ser discriminado por cualquier «circunstancia personal y social». Es necesario educar en la igualdad de género para hombres y mujeres, desterrar el sexismo de las aulas, del patio de recreo, evitar la condición invisible de las aportaciones de las mujeres (en la ciencia, en la empresa) y educar al valor del reconocimiento de igualdad.

Sin embargo, educar para la igualdad no se refiere a un reconocimiento formal del papel de la mujer en la vida pública y social. Se trata de dar un verdadero reconocimiento histórico a las prácticas que son femeninas —o relegadas como tales— dentro de la vida social, como, por ejemplo, las de dispensar cuidado y afecto. En este sentido, se trata de una educación integral para la igualdad.

En lo que respecta al género, hay que tener en cuenta varios niveles y fases. Un primer paso es la reivindicación de la **igualdad de género**. Hay una lucha por la igualdad de derechos, contra la discriminación y la infravaloración, y por una cierta emancipación femenina. Las categorías principales son la igualdad y la singularidad que implica la paridad de derechos, pero también la distinción y la especificidad de ser mujer o varón. Este patrón de igualdad y especificidad debe ser incuestionable. *Podemos hablar de igualdad frente a la excesiva desigualdad.*

Hay que reflexionar sobre las ofensivas desigualdades relacionadas con el estatus económico, la edad, la madurez, la concepción de los roles, la ocupación y el tratamiento del otro como una mercancía. No es posible dominar al otro negándolo o negándose a sí mismo y dejándose dominar. No es necesario ser perfecto porque es algo imposible de alcanzar, solo se requiere un equilibrio para apreciar la singularidad y la diferencia del otro.

7.10 ABORDAR DOS ÁREAS DE IMPACTO EDUCATIVO

[1] En primer lugar, ponemos en evidencia **la importancia de la familia** en sí misma, su contribución con el ecosistema de la formación de los jóvenes, destacando positivamente su aportación a la vida cotidiana de la Comunidad Educativo-Pastoral. La familia es el lugar del vínculo afectivo por excelencia, un sujeto activo de la pastoral en las Comunidades Educativo-Pastorales y un espacio de experiencia de diálogo, respeto, amor y atención para los jóvenes que quieren invertir en las relaciones y vínculos familiares (cf. PGF, capítulo III). La familia «es la primera escuela de valores humanos, donde se aprende el buen uso de la libertad. Hay inclinaciones desarrolladas en la infancia que impregnan lo más profundo de la persona y permanecen a lo largo de la vida como emoción favorable a un valor o como rechazo espontáneo a determinados comportamientos» (AL 274).

Esto nos lleva a acoger la presencia de la diversidad familiar en las Comunidades Educativo-Pastorales y a reconocer su gran valor, a través del cual nuestros jóvenes pueden conocer la alegría del amor y de la entrega. *Los jóvenes provienen de una familia que debería ser guía, escuela, ambiente de fe y lugar privilegiado para la formación permanente.*

[2] Por último, podemos decir que **la afectividad-sexualidad puede estar moldeada por la influencia de sus pares**. Es cierto que, por lo general, en la concepción de la sexualidad hay una clara influencia de la cultura, la raza, el país, los antecedentes personales, la experiencia religiosa y los vínculos familiares. El peso de los «significados» es dictado por el entorno, pero la sexualidad se vive, en cierto modo, en grupo y es moldeada por el grupo de iguales (amigos, pareja, etc.). Esto también impacta en el sentido que el joven da a su vida y, en consecuencia, en la lógica que asigna al mundo emocional, a las relaciones y al amor.

Por consiguiente, **el valor de la amistad** es un punto definitivo de las relaciones en las casas salesianas. Juan Bosco descubrió a sus amigos cuando era adolescente y nunca los olvidó durante el resto de su vida. Estas amistades fueron un impulso para su formación espiritual e intelectual. Incluso hoy en día, nuestros adolescentes buscan amigos que beneficien su alma, que sean afines a ellos, que sean capaces de integrarlos y que valga la pena cultivar. La necesidad de un amigo se agudiza extraordinariamente a medida que el adolescente construye su personalidad. El afecto impulsa al adolescente a la conquista de un ser que se apegue a él de manera especial.

Debemos hacer entender a los jóvenes que la amistad es una planta que hay que atender, regar y cuidar si queremos que dé frutos dulces y sanos. Hay que enseñar a los jóvenes que la amistad es un don de la vida y un regalo de Dios. A través de los ami-

gos, el Señor nos pule y nos hace madurar. Al mismo tiempo, los amigos fieles, los que están a nuestro lado en los momentos difíciles, son un reflejo del afecto, el consuelo y la presencia amorosa del Señor.

La experiencia de la amistad nos enseña a abrirnos, a comprender, a preocuparnos por los demás, a salir de nuestra comodidad y aislamiento y a compartir nuestra vida con los demás. Por eso «para un amigo fiel no hay precio» (Sir 6, 15).

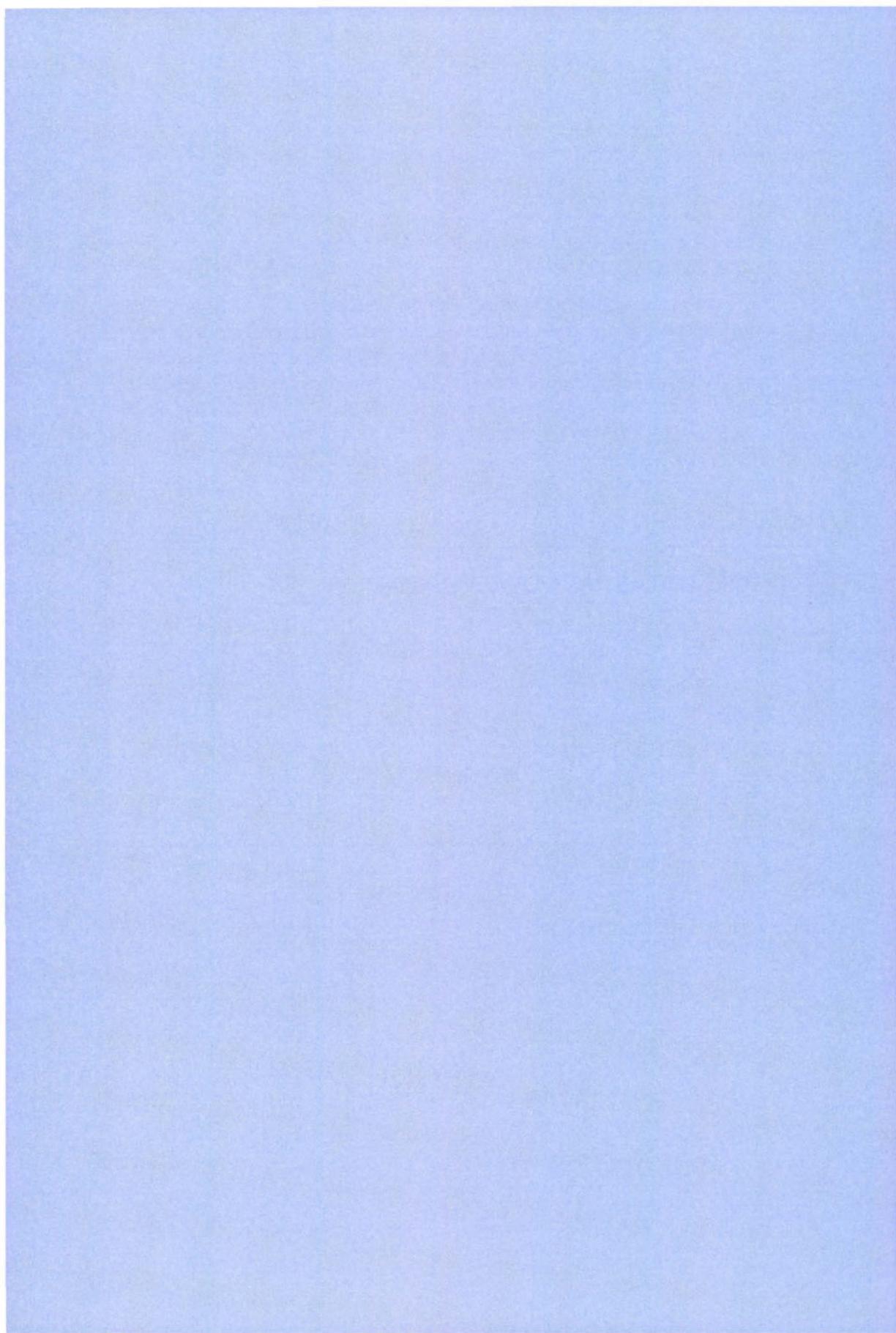
La amistad ofrece una firme promesa allí donde otras relaciones amorosas y sexuales se hacen y deshacen según el *modelo fast-food* (comida que se prepara, se sirve y se consume con rapidez). La amistad no es una relación fugaz y transitoria, sino «una relación estable, firme y fiel que madura con el tiempo. Es una relación de afecto que nos hace sentir unidos y, al mismo tiempo, es un amor generoso que nos hace buscar el bien de nuestro amigo. Los amigos pueden ser muy diferentes entre sí, pero siempre tienen algo en común que los acerca con recíproca apertura y confianza» (CV 152).



PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Ecos y preguntas que surgen después de leer este capítulo:

1. Con respecto a los criterios enumerados, ¿cuáles consideras prioritarios en tu misión como educador?
2. Según tu experiencia, ¿podrían activarse algunas intervenciones concretas, con la participación de todos los actores mencionados, para concretar las prioridades que has destacado? ¿Cuáles?



Reflexiones finales para poner en marcha Itinerarios de Pastoral Juvenil

La «prevención» tiene una amplia gama de significados que no corresponden únicamente a proteger, aislar o separar. Desde el punto de vista del léxico, cabe emplear otros términos, como, por ejemplo, prever, llegar antes, preceder, preocuparse, acoger, anticiparse, avisar con tiempo, actuar antes y proveer.

Significa, concretamente, dar el primer paso, buscar, salir al encuentro, acercarse, ser accesible, amable, acogedor, inspirar confianza y animar. Asimismo, preceder como un buen guía para luego aceptar, acompañar y aconsejar.

Es el estilo universal de estar «presente» y de existir «a favor de». En este horizonte humano, los significados de límite, discreción, riesgo y éxito no se dan por descontado; incluso los efectos pueden ser lo no esperados, pero ciertamente forman parte de toda acción educativa.

[1] En estas páginas hemos intentado mostrar **lo importante que es nuestro papel y nuestra presencia para acompañar a todos los jóvenes**. Un itinerario equilibrado de educación en el amor para adolescentes/jóvenes no puede privilegiar únicamente la transmisión científica de nociones relativas a los aspectos psicológicos, sociales, culturales, anatómicos y fisiológicos. También es indispensable trabajar a nivel de modelos de comportamiento, de valores, éticos y espirituales, tanto en quienes realizan este tipo de educación como en los propios destinatarios. Para que la información adquiera también un valor educativo-pastoral y cumpla una verdadera función estimulante y enriquecedora, debe estar integrada en el contexto afectivo-emocional del joven y, por tanto, ser compatible con sus experiencias y su capacidad de comprensión. La información y la vida deben estar integradas.

Para desarrollar una adecuada comprensión de la sexualidad, de los límites de sus deseos, de las dificultades de la convivencia y de los riesgos de la violencia, los jóvenes necesitan no solo información sobre la sexualidad, sino sobre todo espacios y pautas

de reflexión y comunicación. Como ya se ha mencionado, necesitan adultos capaces de transmitir el valor y el significado de la sexualidad.

Quisiéramos resumir estas reflexiones en dos actitudes que hay que cultivar para abrir el corazón de nuestros jóvenes que esperan únicamente ser acogidos:

- Para educar a los jóvenes al amor es necesario, en primer lugar, **ser testigos significativos de la experiencia de amor que vivimos**, cada uno según su vocación, es decir, los que han elegido un camino en pareja, los solteros o los consagrados y religiosos en la comunidad. La primera propuesta es ser una prueba transparente de amor con la propia vida y, por tanto, creer en el valor del amor que queremos proponer.
- En segundo lugar, es necesario retomar uno de los puntos fundamentales del Sistema Preventivo de Don Bosco, a saber, el de la asistencia que hemos preferido llamar **«presencia con el corazón»**. Debemos pasar más tiempo con los jóvenes, considerarlos más como «terreno sagrado» que como «recipientes que hay que llenar». Debemos ir adonde están, acogerlos tal como son, escuchar lo que nos tienen que decir y ofrecerles un modelo válido y fascinante que seguir.

Concretamente, significa:

1. En primer lugar, ser una presencia significativa entre los jóvenes, capaz de confiar en ellos y «escucharlos», estar con sus problemas, poner en práctica la «amorevolezza» salesiana.
2. El que ama está siempre disponible, no puede decir «no tengo tiempo».
3. Dar más espacio para escuchar a los jóvenes, pues sus preguntas no siempre son claras.
4. Profundo respeto por la persona, cualquiera que sea su edad y situación.
5. Profundizar en el significado de la «amorevolezza» que es inherente a nuestra espiritualidad y que, por tanto, debe destacarse en la formación espiritual del educador.
6. Mostrar de un modo concreto la felicidad de nuestra vocación, que sea expresión de una fe auténtica y que se convierta en un compromiso hasta el sacrificio con los jóvenes.

Ser fiel a Don Bosco hoy no significa «copiarlo» con una actitud de absoluta pasividad, sino revivir su experiencia reinterpretándola con nuestro propio rostro e individualidad. Como observa Giorgio La Pira, también a nosotros se nos pide hoy que «construyamos una ciudad nueva alrededor de una fuente antigua».

Por eso es muy importante centrarse en la formación de los educadores y animadores, que **nunca deberían sentirse solos o desorientados en su servicio**.

Bibliografía

- Albera, P. (1921). *Lettere circolari ai salesiani*. Torino: SEI.
- American Psychological Association (2012). «Guidelines for psychological practice with lesbian, gay and bisexual clients». *American Psychologist*, 67 (1), 10-42.
- Andreoli, V. (2004). *Lettera ad un adolescente*. Milano: Rizzoli.
- Arendt, H. (1993). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- (1995). «La crisis en la cultura: su significación social y política». *Agora*, 3.
- (1996). *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre reflexión política*. Barcelona: Península.
- Attali, J. (2008). *Amori. Storia del rapporto uomo-donna*. Roma: Fazi Editore.
- Baile, J. I. (2008). *Estudiando la homosexualidad: teoría e investigación*. Madrid: Pirámide.
- Batini, F. (2011). *Comprendere la differenza. Verso una pedagogia dell'identità sessuale*. Roma: Armando Editore.
- Bauman, Z. (2003). *Amore liquido*. Roma: Edizioni Laterza.
- Beckstead, A. L. (2012). «Can we change sexual orientation?». *Archives of Sexual Behavior*, 41(1), 121-134.
- Bellantoni, D. (2017). *Roles de género. Por una educación afectivo-sexual libre y responsable*. Madrid: Editorial CCS.
- (2019). *Religione, spiritualità e senso della vita. La dimensione trascendente come fattore di promozione dell'umano*. Milano: FrancoAngeli.
- Berástegui Pedro-Viejo, A. (2016). «Homosexualidad y familia». *Sal Terrae: Revista de teología pastoral*, 104 (1215), 831-843.
- (2020). «La homosexualidad: de la patología a la diversidad sexual». *Homosexualidades y cristianismo en el siglo XXI*. Logroño: Dialnet, 261-275.

- Berástegui Pedro-Viejo, A. y Lucas Coca, A. (2018). «Acompañamiento y orientación en la era de la diversidad sexual». *Sal Terrae: Revista de teología pastoral*, 106 (1235), 613-628.
- Berger, P. L., Berger, B., Kellner, H. y García-Abril, J. (1979). *Un mundo sin hogar (modernización y conciencia)*. Madrid: Sal Terrae.
- Bignardi, P. (2015). «Cambiamientos sociales e sfide educative», en V. Orlando (ed.), *Con Don Bosco educatori dei giovani del nostro tempo. Atti del Convegno Internazionale di Pedagogia Salesiana 19-21 marzo 2015*, Roma Salesianum/UPS. Roma: LAS, 48-56.
- Bowlby J. (1979). *Costruzione e rottura dei legami affettivi*. Milano: Raffaello Cortina Editore.
- (1989). *Una base sicura*. Milano: Raffaello Cortina Editore.
- Brazelton, B. T. y Greenspan S. I. (2001). *I bisogni irrinunciabili dei bambini. Ciò che un bambino deve avere per crescere e imparare*. Milano: Raffaello Cortina Editore.
- Broche-Pérez, Y. y Cruz-López, D. (2014). «Toma de decisiones en la adolescencia: Entre la razón y la emoción». *Ciencia Cognitiva*, 8 (3), 70-72.
- Buckingham, D. (2007). *Beyond Technology. Children's Learning in the Age of Digital Culture*. Cambridge: Polity Press.
- Castells, M. (2010). *The Rise of the Network Society. Second Edition with a New Preface*. West Sussex: Wiley-Blackwell.
- Castells, M. et al. (2004). *Mobile Communication and Society. A Global Perspective*. Cambridge: The Massachusetts Institute of Technology Press.
- Cortina, A. (2010). *Justicia Cordial*. Madrid: Trotta.
- Confalonieri, E. y Grazzani Gavazzi, I. (2002). *Adolescenza e compiti di sviluppo*. Milano: Unicopli.
- Coordinadora Estatal de Plataformas Sociales (2009). *Educación para vivir. Plan de educación en situaciones de exclusión social*. Madrid: Editorial CCS.
- Crespo-Bueis, SDB (coord.) (2021). *Acompañar a jóvenes. Un itinerario formativo para el acompañamiento espiritual*. Madrid: Editorial CCS.
- Cury, A. (2013). *Padres brillantes, maestros fascinantes. No hay jóvenes difíciles, sino una educación inadecuada*. Barcelona: Booket.
- D'Ors, P. (2012). *Sendino se muere*. Barcelona: Fragmenta.
- De la Torre Díaz, J. (2018). «Cincuenta años de la *humanae vitae*: una meditación sobre el silencio y el diálogo de la iglesia con la experiencia humana de la sexualidad». *Perspectiva Teológica*, 50 (2), 219-219.
- (2020). *Homosexualidades y cristianismo en el s. XXI*. Madrid: Dykinson.
- (2020). «Interpretar las grietas de la carne. Las heridas abiertas del cuerpo joven». *Misión joven: revista de pastoral juvenil*, (521), 17-28.

- (2021). «Hacia una renovada teología de la sexualidad: Quince propuestas». *Selecciones de teología*, 60 (237), 3-14.
- De la Torre Díaz, J., Terrazas, S. M., Galán, M. J. C. y Morán, L. G. (2018). *Sexo, sexualidad y bioética*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- De Liguori, A. (1912). *Opera Moralia. I. Theologia Moralis*. Editio nova cum antiquis editionibus diligenter collata, in singulis actorum allegationibus recognita, notisque criticis et commentariis illustrata cura et studio P. Leonardi Gausé, C.Ss.R. Tomus IV: Tractus 114 de Matrimonio et Censuris, Praxim confessarii, Examen Ordinandorum ac Indices generales. Roma: Typis Polyglottis Vaticanis.
- De Pieri, S. (ed.). (2015). *Psicologia dell'orientamento educativo e vocazionale. Fondamenti teorici e buone pratiche*. Milano: FrancoAngeli.
- Ding, L. (2014). «Verification of causal influences of reasoning skills and epistemology on physics conceptual learning». *Phys. Rev. St Phys. Educ. Res.* 10 (2), 1-5.
- Domínguez, C. (1997). El debate psicológico sobre la homosexualidad, en Gafo, F., Domínguez, C., Trechera, J. I., Iacadena, J. R. y Gimeno, A. *La homosexualidad: un debate abierto*. Bilbao: DDB, 13-95.
- Elzo, J., Megías, E. (dirs.) (2014). *Jóvenes y valores I. Un ensayo de tipología*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud (FAD).
- Faggioni, M. P. (2010). *Sessualità, matrimonio, famiglia*. Bologna: Dehoniane.
- Fizzotti, E. (1990). *Logoterapia applicata. Da una vita senza senso a un senso nella vita*. Brezno di Bedero: Ed. Salcom.
- Foucault, M. (1976). *Histoire de la sexualité 1. La volonté de savoir*. Paris: Gallimard.
- (1986). *História da sexualidade 1. A vontade de saber*. Edição atualizada. Paris: Gallimard.
- (1997). «Il vero sesso», en *Michel Foucault e il divenire donna*. Milano: Mimesis.
- Freud, S. (1976). *Más allá del principio del placer*, en *Obra completa* (tomo XVIII). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Fromm, E. (2000). *The art of loving: The centennial edition*. London: A&C Black.
- (2002). *Fuga dalla libertà* (trad. it. di C. Mannucci). Roma: Edizioni di Comunità.
- Fumagalli, A. (2017). *La questione gender. Una sfida antropologica*. Brescia: Queriniana.
- (2020). *L'amore possibile. Persone omosessuali e morale cristiana*. Assisi: Cittadella.
- Giannini Belotti, E. (1980). *Dalla parte delle bambine. L'influenza dei condizionamenti sociali nella formazione del ruolo femminile nei primi anni di vita*. Milano: Feltrinelli.
- Goleman, D. (2002). *Essere Leader*. Milano: Rizzoli.

- Giovanni Paolo II (1995). *Uomo e donna lo creò. Catechesi sull'amore umano*. Roma: Città Nuova Editrice Libreria Editrice Vaticana.
- Haldeman, D. C. (2004). «When sexual and religious orientations collide considerations in working with conflicted same sex attracted male clients». *Counseling psychologist*, 32, 691-715.
- Holgado, J. M. (1998). «Homosexualidad (I): ¿Trastorno psicopatológico?», *Miscelánea Comillas: Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, 56 (109), 439-477.
- (1999). «Homosexualidad (II): ¿Anomalía evolutiva?», *Miscelánea Comillas: Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, 57 (110), 145-168.
- Horvat, S. (2016). *The radicality of love*. Cambridge: Polity Press.
- Imbamba, J. M. (2010). *Uma Nova Cultura: Para Mulheres e Homens Novos*. Um projecto Filosófico para Angola do 3º Milénio à Luz da Filosofia de Battista Mondin. Luanda: Paulinas.
- Iribarren Vidorreta, M. (2017). «¿Puedo ser educador/a afectivo-sexual?», *Misión Joven* 485, 29-57.
- Jódar, R. (2013). «Las emociones que nos hacen vulnerables y los procesos de superación». *Crisis, vulnerabilidad y superación*. Logroño: Dialnet, 81-98.
- Leone, S. (2018). «¿Existe una espiritualidad del erotismo?». *Sal Terrae: Revista de teología pastoral*, 106 (1235), 601-612.
- Lévinas, E. (2004). *Difícil libertad: ensayos sobre el judaísmo* (Vol. 51). Madrid: Caparrós Editores.
- (2012). *Totalidad e infinito*. Salamanca: Sígueme.
- Lipovetsky, G. (1992). *Le crépuscule du devoir*. Paris: Gallimard.
- López, F. (2006). *Homosexualidad y familia. Lo que los padres, madres, homosexuales y profesionales deben saber y hacer*. Barcelona: Grao.
- López, M. G. B. y Ezcurra, A. V. (2008). *Pensar la compasión* (Vol. 1). Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- López Sánchez, F. (2020). *Mitos viejos y nuevos sobre sexualidad. El rol de la educación sexual*. Madrid: Pirámide.
- Maynard, E. A. y Gorsuch, R. L. (2001). «Gay and lesbian Christians: Faith and coping in the church». *American journal of pastoral counseling*, 3 (3-4), 59-70.
- Madariaga, P. y Schaffernicht, M. (2013). «Uso de objetos de aprendizaje para el desarrollo del pensamiento crítico». *Revista de Ciencias Sociales*, 19 (3), 472-484. Recuperado de: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28028572010>>.
- Marina, J. A. (2003). «La sexualidad y la ética». *Estudios de Juventud*, 63, 9-17.
- Massironi, S. y Smerilli, A. (2019). *L'adesso di Dio*. Milano: Vita e Pensiero.
- McLuhan, M. y Capriolo, E. (1986). *Gli strumenti del comunicare*. Milano: Garzanti.

- Medina, A. y Domínguez, M. (2006). «Los procesos de observación del prácticum: análisis de las competencias». *Revista Española de Pedagogía*, 44 (233), 69-104.
- Melina, L. (a cura di) (2010). *Amare nella differenza. Le forme della sessualità e il pensiero cattolico: studio interdisciplinare*. Siena – Città del Vaticano: Cantagalli – Editrice Vaticana.
- Nussbaum, M. C. y Glover, J. (eds.) (1995). *Women, Culture, and Development: A Study of Human Capabilities*. New York: Oxford University Press.
- OMS / Organizzazione Mondiale della Salute (eds.) (2010). *Standard per l'Educazione Sessuale in Europa, Quadro di riferimento per responsabili delle politiche, autorità scolastiche e sanitarie, specialisti*. Colonia: BZgA.
- Oliva, A. y Antolín, L. (2010). «Cambios en el cerebro adolescente y conductas agresivas y de asunción de riesgos». *Revista Estudios de Psicología* 31 (1), 53-66.
- Orehek, E., Vazeou-Nieuwenhuis, A., Quick, E. y Weaverling, G. C. (2017). «Attachment and self-regulation». *Personality and Social Psychology Bulletin*, 43 (3), 365-380.
- Palmonari, A. (2001). *Gli adolescenti*. Bologna: Il Mulino.
- (2011). *Psicologia dell'adolescenza*. Bologna: Il Mulino.
- Papalia, D. y Martorell, G. (2017). *Desarrollo humano*. Madrid: McGraw-Hill Interamericana de España.
- Pastore, C. y Romano, A. (eds.) (2015). *La catechesi dei giovani e i new media. Nel contesto del cambio di paradigma antropologico-culturale*. Torino: Leumann.
- Pietropolli Charmet, G. (2000). *I nuovi adolescenti, padri e madri di fronte ad una sfida*. Milano: Raffaello Cortina Editore.
- Pinto Feytor, V. (2014). *Sexualidade Humana*. Lisboa: Paulus.
- Porcile Santiso, M. T. (1999). *Con occhi di donna*. Bologna: EDB.
- Rivoltella, P.C. (2015). *La Media education, fra tradizione e sfida del nuovo*, en: <http://www.unipegaso.it/materiali/PostLaurea/Rivoltella/Lezione_1.pdf>.
- Rossi, B. (2002). *Pedagogia e affetti*. Roma-Bari: Laterza.
- Russo, G. (2018) (ed.) *Nuova Enciclopedia di Bioetica e sessuologia*. Torino: Elledici.
- Salinas, P. (2005). *La voz a ti debida* (ed. N. González Nieto). Madrid: El País.
- Sánchez, F. L. (2006). *Homosexualidad y familia: Lo que los padres, madres, homosexuales y profesionales deben saber y hacer* (Vol. 8). Barcelona: Graó.
- Sánchez, F. L., Rouco, N. F. y González, R. J. C. (2017). *Educación sexual y ética de las relaciones sexuales y amorosas*. Madrid: Comercial Grupo ANAYA.
- Spadaro, A. (2021). «La libertà ci fa paura». *Civiltà Cattolica*, 411, 10-16.
- Squillace, M., Picón J. y Schmidh, V. (2011). «Concepto de impulsividad y su ubicación en las teorías psicobiológicas de la personalidad». *Neuropsicología Latinoamericana* 3, 8-18.

- Sternberg, K. (2014). *Psychology of love 101*. New York: Springer Publishing Company.
- Thévenot, X. (1988). «Don Bosco éducateur et le "système préventif". Un examen mené à partir de l'anthropologie psychanalytique», en *Éducation et pédagogie chez don Bosco*, 95-133 (ediz. ital. in *Orientamenti Pedagogici* 35, 701-730).
- Todella, R. (2015). «Adolescenza e sessualità: i rischi dell'imprinting», en *Varchi – Tracce per la Psicoanalisi*, 12. Genova: Stefano Termanini Editore.
- Vaccaro, S. y Coglitore, M. (ed.) (1997). *Michel Foucault e il divenire donna*, Milano: Mimesis.
- Von Balthasar, H. U. (1986). *Teodrammatica* (Vol. 11). Milano: Editoriale Jaca Book.
- Valéry, Paul (1956). *Variedad (III) – Ensayos casi políticos – Teoría poética y estética – Memorias del poeta*. Traducción de Aurora Bernárdez y Jorge Zalamea. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Vigotsky, L. S. (1987). *Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores*. La Habana: Editorial Científico-Técnica.
- Weinstein, E. y Rosen, E. (1991). «The development of adolescent sexual intimacy: Implications for counseling». *Adolescence*, 26 (102), 331-339.

Don Bosco optó conscientemente por implicarse directamente en la vida y en las situaciones físicas, emocionales, mentales y espirituales de sus muchachos. Muchas de sus historias de abandono y soledad escondían situaciones complejas que él mismo ayudaba a iluminar y orientar. La atención a la dimensión afectiva estaba constantemente contemplada en su Sistema Preventivo



Apartado 101 F.D. / 28028 MADRID

☎ 91 725 20 00 / 📠 91 726 25 70

www.editorialccs.com / sei@editorialccs.com

ISBN: 978-84-1379-139-5



9 788413 791395